

Avanzando en Cristo

Como el pueblo de Nehemías, vivimos en tiempos de restauración y grandes necesidades. El propósito del Señor con su pueblo aún no se ha completado, y la tarea aún está inconclusa. Hay todavía mucho por hacer y reparar. Ante la magnitud de la tarea pendiente, nuestro corazón tiende a desfallecer. ¿Dónde están los recursos para una tarea tan grande? Gracias a Dios, la repuesta del Cielo es siempre la misma: en Cristo. Porque, en inmenso contraste con nuestra pequeñez y limitación, él es una fuente inagotable de recursos para su pueblo.

El gran misionero Hudson Taylor preguntaba una vez: «¿Puede Él ser rico y yo pobre?». Por supuesto, la respuesta es un rotundo No; pues él es la vid y nosotros sus pámpanos. Y la riqueza de la vid es también la riqueza de los pámpanos.

Por ello, estamos profundamente agradecidos al Señor por la oportunidad de presentar este nuevo número de Aguas Vivas a Su pueblo, con el propósito de contribuir a que el cuerpo de Cristo se vuelva cada vez más consciente de su posición, naturaleza y destino en Cristo Jesús, y se disponga a remover todos los obstáculos que le impiden apropiarse en plenitud de las insondables riquezas de Cristo, su cabeza; pues solamente así será capaz de seguir al Cordero por donde quiera que él va, y acabar su tarea en la tierra.

Entregamos esta edición con una oración que viene desde muy lejos: *«...para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él»* (Ef. 1:17).

INDICE

TEMA DE PORTADA

- 3** **LAS OBRAS DEL HIJO** / Gonzalo Sepúlveda
- 10** **OLVIDANDO... PARA FRUCTIFICAR** / César Albino
- 17** **LA GRACIA DE PERDONAR** / Pedro Alarcón
- 25** **UNA SALVACION TAN GRANDE** / Mario Contreras
- 32** **UNA VICTORIA SINGULAR** / Rubén Chacón
- 43** **PESCADORES DE HOMBRES (2)** / Rodrigo Abarca

LEGADO

- 51** **CARTAS SOBRE LA OBRA DE LA EVANGELIZACION** / C. H. Mackintosh

REFLEXION

- 65** **EL MINISTERIO DE LA PREDICACION** / G. Campbell Morgan

PALABRA DE FE

- 66** **VISION PANORAMICA DEL PLAN DE DIOS (2)** / Roberto Sáez

ESTUDIO BIBLICO

- 73** **VIENDO A CRISTO A TRAVES DE LA APOSTASIA** / Stephen Kaung

VIDA CRISTIANA

- 85** **COMO LLEVAR PERSONAS A CRISTO** / Watchman Nee

FAMILIA

- 90** **CRISIS VS. CRISIS** / Marcelo Díaz

JOVENES

- 94** **EL QUERER Y EL HACER** / Harry Foster

TESTIMONIO

- 97** **DESDE EL DESIERTO A LAS AGUAS VIVAS** / William Raccah

PAGINA DEL LECTOR

- 104** **CARTAS**

AGUAS VIVAS · UNA REVISTA PARA TODO EL CUERPO DE CRISTO · **Nº 62**

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda. **DISEÑO:** Mario Contreras.
IMPRESA EN CHILE EN AGOSTO DE 2010.



Las obras del Hijo

Gonzalo Sepúlveda

El capítulo 14 del evangelio de Juan contiene una gran riqueza, imposible de calcular. Nosotros seríamos insensatos si no nos apropiamos de ella. Para nosotros, toda la palabra del Señor es un tesoro;

pero, específicamente este capítulo, contiene verdades que no podemos pasar por alto.

Hay muchas palabras que han marcado la historia de nuestra vida cristiana, a través del tiempo. Algu-

na palabra quedó de tal manera grabada en nuestros corazones, y esa palabra le ha ido trazando rumbo a nuestra vida. Mediante el socorro del Señor, deseamos que esta palabra también pase a ser parte de nuestra riqueza.

«Señor, muéstranos el Padre, y nos basta» pregunta Felipe (v. 8). Recordemos que Felipe está viendo, en el Señor Jesús, una realidad incomprendible para él en ese momento, lo cual no es igual para nosotros hoy. Estamos en mejor posición que Felipe, por la gracia del Señor.

«Jesús le dijo: *¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?*» (v. 9-10). Esas palabras son familiares para nosotros, pues ya se nos ha revelado que estamos en Cristo, y Cris-

Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. Jesús le dijo: *¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí?* Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también...

(Juan 14:8-12).

to está en nosotros. Luego, el Señor dice: «*Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras*» (v. 10). Que se nos quede muy grabada esta palabra: «...*el Padre que mora en mí, él hace las obras*». «*Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras*» (v. 11). Y el versículo 12 dice algo todavía más cercano a nosotros: «*El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también...*».

El resto del capítulo habla de la presencia del Espíritu Santo, el Consolador, que no nos dejaría huérfanos, que vendría a nosotros, que nos guardaría, que haría morada con nosotros, que nos enseñaría y nos recordaría todas las cosas.

Las Obras que Yo Hago

Pero el punto central de todo esto se puede resumir en estas palabras. El Señor dice: «...*el Padre que mora en mí, él hace las obras*». Hermanos, si tan sólo esta palabra tuviese una aplicación en cada uno de nosotros, si pudiésemos vivir algo de esta palabra, ¡cuántas cosas podrían ser hechas!

«*El que en mí cree...*». Yo he creído en el Señor. Estamos hablando a creyentes. Creemos al Señor. El Señor dice: «...*las obras que yo hago, él las hará también...*». Y nos detenemos intencionalmente ahí, porque, lo que dice a continuación: «...*y aun mayores hará...*», nos lleva en el pensamiento a hacer más que el Señor.

Pero, la verdad es que, para hacer más, primero deberíamos hacer las mismas obras del Señor.

Pero, al mismo tiempo, si por la gracia del Señor, logramos hacer las obras que él hizo, entonces podrán venir las otras también. Díganme si no es grande meditar sólo en esto, en el potencial que esto tiene.

Admiramos al Señor Jesús, cada palabra dulce de su boca, sus hechos, su poder y autoridad. Tenemos una profunda admiración por cuanto nuestro Señor ha hecho. Nos llaman mucho la atención sus milagros. Y muchas veces sufrimos cuando no los vemos a nuestro alrededor. Nos gustaría ver milagros. En eso, nos parecemos a los judíos. Ellos buscaban señales; a ellos les gustó mucho la multiplicación de los panes y los peces. Les gustaban los hechos portentosos...

Y a veces, sufrimos nosotros, como iglesia, y decimos: 'Pero, ¿y cuándo? ¿Alguna vez habrá una iglesia que reproduzca las obras poderosas del Señor? Sufrimos. Y podemos decir con sinceridad que podemos tener una especie de frustración, cuando no se han sanado los enfermos o cuando no se han liberado las personas.

Pero, lo que está en el corazón del Señor es: «*De cierto, de cierto, os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también...*». Cuando dice esto, está afirmando: 'Esto va a ocurrir'. No lo está dando como una opción; él lo da por hecho. No es algo irrealizable. Está imprimien-

do una certeza, una seguridad, en lo que dice. «*De cierto, de cierto, os digo...*».

Oh, hermanos, ¿cómo serían nuestras vidas, y la vida de la iglesia? ¿Cómo serían veinte o cuarenta hermanos, haciendo las mismas obras del Señor? ¿Cómo sería una iglesia donde cincuenta hermanos y hermanas hacen sus mismas obras? ¿Una iglesia de cien o doscientos hermanos haciendo las mismas obras? Soñemos, pero más bien 'creamos', porque es la palabra del Señor. Él ha comprometido su palabra.

Creyentes

El creyente es alguien que tuvo un encuentro con el Señor, independientemente de su historia. Pudo haber sido el hombre más perdido, el más fracasado; pudo haber sido el peor hombre de la sociedad. Pero un creyente tuvo un encuentro verdadero con el Señor; se encontró con Alguien que transformó su vida. Es una persona que, habiendo sido el más deforme de todos, viene ahora a ser alguien que está en una posición gloriosa frente al Señor. ¡Es un hijo de Dios! ¡El cielo se le abrió! Como a Saulo de Tarso, que era un enemigo de la fe; pero después vino a ser un creyente, ¡y cómo se abrió el cielo para él, y cómo le utilizó el Señor! Hasta hoy, disfrutamos de su ministerio.

«...*el que en mí cree...*». O sea, ¡nosotros haciendo las mismas obras que nuestro Señor Jesucristo hizo! «*El que en mí cree, las obras que yo hago,*

él las hará también...». Hermanos, el cielo está esperando, El Señor no está satisfecho. El Padre desplegó todos sus recursos para que se reprodujera esto en la tierra – que las mismas obras que nuestro Señor Jesucristo hizo, alguien más las pueda hacer.

Ha habido muchos siervos del Señor en la historia que han hecho obras grandes, y han sido poderosamente usados por el Señor.

El Señor necesita hombres llenos del Espíritu Santo, hoy día. Él necesita una iglesia, hoy día. Necesitamos, no hacer las mismas obras que hicieron los santos del pasado, sino el Señor necesita que tú y yo, hoy día, podamos hacer Sus obras.

Conciencia de Su Vida

El Señor Jesús, varón aprobado por Dios, es un hombre que vivió en la tierra con plena conciencia de la vida y presencia del Padre en él. Esto es lo que ocurría por dentro del Señor Jesús. Esto es algo en lo que cada uno de nosotros tiene que avanzar. Permita el Señor que sea mucho.

¿En qué consistió ser aprobado por Dios? ¿Cómo él reprodujo las obras del Padre? ¿Cómo se expresó Dios a través de él? «...el Padre que mora en mí, él hace las obras». «Varón aprobado por Dios», un hombre que vivió en la tierra con plena conciencia de la vida del Señor y de la presencia del Padre dentro de él.

Nosotros tenemos al Señor. Nosotros no estamos aspirando a tenerlo; pero, no hemos avanzado mucho en esto. Hay cosas en las que hemos

avanzado; pero no hemos avanzado mucho en esta conciencia de su vida en nosotros.

¿Cuánta conciencia tenemos de la Persona que nos habita? Recordemos las palabras de nuestro Señor: «Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras». Todo es atribuido a otra persona. Podemos decir de la persona del Señor Jesús que él tenía gracia en sí mismo; tenía poder en sí mismo; tenía autoridad en sí mismo; tenía justicia en sí mismo... pero no la usó. No la usó, justamente para darnos a todos nosotros esta opción maravillosa, gloriosa, formidable, de obrar y vivir por la «otra persona que nos habita». ¿No es esto un poderoso consuelo? Ciertamente lo es, pues cuando nosotros pensamos en reproducir sus obras, nos frustramos, pues siempre partimos de nuestra deformidad.

Del Señor Jesús, se podía esperar que hiciera las obras correctas, porque él era el Señor. Pero él, pudiendo hacerlo, no lo hizo, para que nosotros, los deformes, sí aprendiésemos a depender de Otro, para que aquellas obras sean hechas. ¿No es esto maravilloso?

¿Cuánta conciencia tenemos de la gloria recibida, de la presencia del Señor en nosotros, de que los recursos están, porque el Señor está? ¿De que el poder está, porque el Señor está? ¿De que la santidad está, porque el Señor está? Si él no está, ¿qué esperanza hay? O sea, no podríamos

pedirle a un cristiano ninguna cosa, ninguna conducta cristiana, si no tiene al Señor. Si es cristiano de nombre, si es cristiano de religión, de barniz, no podemos pedirle nada. Entonces, pecará y reincidirá, y volverá a caer una y mil veces, porque no tiene al Señor. ¡Es religioso, pero no cristiano!

Pero, si está presente la santa y poderosa vida del Señor, si está esa gracia, si está Dios mismo dentro, ¡que nos socorra el Señor, para crecer en la conciencia de su vida y su presencia en nosotros!

Compasión por las Multitudes

Cuando pensamos en las obras, pensamos inmediatamente en los milagros. Por favor, no piense en la multiplicación de los panes, ni en la liberación del gadareno, ni pensemos en la resurrección de Lázaro.

Pensemos en estas tres obras:

«Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas» (Mateo 9:36). Reconozcamos cuánto nos

falta de la manifestación de este carácter de Cristo en nosotros. ¿Vivimos conscientes sólo de nuestras necesidades, de nuestros problemas? Estamos muchas veces buscando al Señor sólo porque tenemos problemas en la casa. Tal vez, si no tuviésemos problemas, no nos reuniríamos. Pero, esta obra, este precioso carácter compasivo, el Señor Jesús se lo atribuye al Padre. De la mis-

ma manera, el Señor no espera que tú tengas compasión. Yo no podría tenerla. Porque, hermano, mi naturaleza humana me alcanza apenas para mí y para las personas que yo estimo.

Pero el Señor no me está pidiendo que yo produzca nada. ¿Quién tiene compasión por las almas? ¡El Señor Jesús! «Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor» (Mat. 9:36). Y eso aparece en Mateo, en Marcos y en Lucas – el Señor, compasivo por las almas.

Hermano, el Señor no te lo está pidiendo a ti. El Señor nos está llamando la atención, a través de esta palabra que estamos compartiendo, de que el poder es de él, la compasión es de él. ¿Qué diría el Señor?

Si va a haber un fruto, un cambio glorioso en lo que nos resta por vivir, es algo que va a pasar por dentro de nosotros.

«...el Padre que mora en mí, él hace las obras». El Señor que mora en mí, él tiene compasión por las almas. En la medida **que crezcamos en la conciencia de la vida y la presencia del Señor en nosotros**, sentiremos lo mismo que él.

Santidad

Otra obra. Díganme si no es obra esto: el Señor Jesús «fue tentado en

todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Heb. 4:15). «...según nuestra semejanza...». ¡Se asoció tanto con nosotros! «...fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado». Pero el Señor Jesús vuelve a decir lo mismo del principio: «El Padre que mora en mí, él hace las obras».

Claro, pensando en la persona del Señor Jesús, podríamos argumentar que él sí podía exhibir justicia y santidad, partiendo de sí mismo. Pero, cuando él dice: «El Padre que mora en mí, él hace las obras», le está atribuyendo esta característica, de poder ser tentado en todo y haberse mantenido santo, al Padre, a la presencia gloriosa y poderosa del Padre en él.

Hermanos, nosotros tenemos al bendito Espíritu Santo. Y en el mismo contexto de Juan 14, nos dice: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros» (v. 18). «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (v. 23). A esta altura de nuestro caminar, esto es un cristiano para nosotros. No es alguien que asiste a una reunión dominical, ¡sino aquel en cuyo corazón la Trinidad misma habita!

Reconozcamos humildemente que tenemos poca conciencia del tesoro que llevamos dentro, tenemos poca conciencia de la gloriosa realidad de que Juan 14 es para vivirlo en este cuerpo, en este tiempo, con estas tentaciones, con el diablo presente. Con todas las tentaciones que nos rodean, es posible vivir la vida de Cristo.

No Respondía con Maldición

Otra obra: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1ª Pedro 2:21-23). Esta es una obra: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas».

Si seguimos las pisadas del Maestro, llegaremos al mismo fin que él llegó – un varón aprobado por Dios, un hombre poderosamente usado por el Señor. Si el Padre se agrada, ¡qué obras serán hechas!

«...el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición...». Nuevamente, reconozcamos con humildad nuestra falta. Yo debo reconocer que a mí me cuesta. Cuando sé que alguien opinó negativamente de mí, me duele, y ando deprimido varios días, hasta que se me pasa el dolor. Somos lerdos, nosotros. Nuestra primera reacción es decir: ‘¡Cómo pudo este hermano...!’ Tal vez no lo decimos, pero lo pensamos, y ya pecamos. «...cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente».

Hermanos amados, no podemos pretender ejercer poder y autoridad sobre enfermos o sobre el resto de los hombres para traerlos a Cristo, sin que, en primer lugar, el poder de Dios sea aplicado a nosotros mismos.

La escasez de poder en la vida de la iglesia es una enfermedad de cada uno de sus miembros en particular. Hoy, el Espíritu Santo nos está exhortando a echar mano a todos los recursos que están disponibles.

Entonces, ¿qué tiene que ocurrir con nosotros? Que cada uno camine por las pisadas del Maestro, y el poder del Señor, la presencia del Señor en el corazón, sea vivida de tal forma, con tal conciencia, que obtengamos un tipo de personas que pueda hacer las obras del Señor.

Su Carácter y Sus Obras

«*De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también...*». Qué podemos decir, sino: ¡Señor, ayúdanos! Nosotros, haciendo las mismas obras que nuestro Señor Jesucristo hizo. Esto es lo que el Padre espera de nosotros. Jesús, el varón aprobado por Dios, un hombre que vivió en la tierra con plena conciencia de la vida y presencia del Padre en él, nos dejó ejemplo para que sigamos sus pisadas.

Primero: tuvo compasión por las almas. Segundo: fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Tercero: él no respondía con maldición. Podríamos agregar muchas otras. Pero, en cuanto a nosotros hermanos, la esperanza está en estas palabras del Señor: «*El Padre que mora en mí, él hace las obras*».

O sea, para que se cumplan estos puntos difíciles para nosotros, todas estas obras, tenemos el mismo recurso que tenía el Señor Jesús. ¡El recur-

so del Señor Jesús era el Padre en él! Así lo dijo: «*Creedme por las mismas obras*». Nosotros pensamos siempre en esas obras o milagros objetivos, como las sanidades, liberaciones y efectos sobre la naturaleza. Pero si estas no están acompañadas de aquella otra obra, que tiene que ver con el carácter del varón aprobado, el resultado es un hombre vanidoso, que finalmente termina haciéndole daño a la obra del Señor. Los milagros suelen arrastrar multitudes, las cuales, muchas veces, terminan siendo multitudes manipuladas. Lo hemos visto en nuestros días. El Señor rechazó tal práctica (Juan 6: 26). Nosotros deseamos seguirle a él y aprender a depender de la vida y del poder del Espíritu Santo que nos habita.

Palabra de Aliento

Pero, hermano, hay un aliento grande para usted y para mí. Porque, ¿cómo puede alguien no responder con maldición? ¿Cómo puede alguien ser tentado sin pecar? ¿Cómo puede alguien tener compasión por las multitudes? Naturalmente, no me lo pida a mí. Yo no se lo puedo pedir a usted, porque en nosotros no mora el bien. ¿Estamos de acuerdo en eso? ¿Podemos esperar que alguien sea tentado y nunca peque? ¿Podemos esperar que alguien nunca responda con maldición?

Hermanos, el único que puede hacer esto es el Señor Jesucristo. Y lo que nuestro Señor Jesucristo hizo fue precisamente esto: «*El Padre que mora en mí, él hace las obras*». El Señor atri-

buyó todas sus obras a la realidad del Padre viviendo en él.

La pregunta es ahora: ¿Qué va a pasar contigo y conmigo? ¡Hermano, la buena noticia es que podemos, porque los mismos recursos del Padre nos han sido dados por gracia! Esto es lo que Felipe no tenía, porque el Señor Jesús aún no había muerto, aún no había resucitado y no había ascendido, y el Espíritu Santo aún no había venido.

Pero, ¿cuál es nuestra realidad hoy día? El Señor Jesús murió y resucitó. ¡Aleluya! Venció a la muerte y al que tenía el imperio de la muerte. Y, sentado a la diestra del Padre, derramó el Espíritu Santo, que hoy día nos habita. De tal manera, hermano, que usted puede, y yo puedo. ¿En qué medida será esto posible? En la medida en que crezca en nosotros la conciencia de la vida y de la presencia del Señor dentro de nosotros. ¡Socórrenos, Señor!

Esto ya lo dijimos: Poder y autoridad, para **ser** un tipo de personas, antes de manifestar ese poder sobre demonios, sobre enfermedades, o sobre la naturaleza misma.

Palabras que Trazan Rumbo

¿Recuerdan que hace años atrás, la palabra de la sangre de Cristo nos trajo una liberación tan grande?: «*La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*» (1ª Juan 1:7). ¡Es como si un borrador gigante hubiese limpiado nuestras conciencias! Nos dio autoridad para orar contra el enemigo. Antes, nos daba miedo. Ahora

decimos: '¡En el nombre del Señor Jesús, fuera los espíritus inmundos!' . Oramos por los enfermos, con autoridad, con resolución. ¡Ya le perdimos el miedo al diablo, porque la sangre del Señor le venció! Y las oraciones en la iglesia cambiaron.

Eso fue una revolución en nuestras vidas. Esas vidas cristianas tambaleantes que teníamos antiguamente, cambiaron, el día que hubo una revelación del poder efectivo, glorioso, de la sangre preciosa del Cordero. ¿Revolucionó su vida? Sí, es un hito firme. Usted puede estar muy debilitado espiritualmente, ¡pero nunca tanto como para desconfiar de la eficacia de la sangre de Cristo que le abrió un camino nuevo y vivo hasta el mismo trono de la gracia! (Heb. 10:19-20).

Subimos después otro escalón. ¿Recuerdan cuando se nos ministró la palabra de que Dios nos puso en Cristo? ¡Hermanos, encontramos esa expresión, «...en Cristo», en todo el Nuevo Testamento! Dios nos escogió *en Cristo*, nos predestinó *en él*. «*Mas por él estáis vosotros en Cristo*» (1ª Cor. 1:30). ¡Estamos en Cristo! Esta verdad nos revolucionó la vida. La Palabra nos ha ido cambiando la vida. Y luego, avanzamos un poco más. Hablamos de «*Cristo en nosotros*». Y quizás, ahí ha costado un poco más.

Sin Jubilación Posible

Esta palabra debería trazarnos un rumbo poderoso. Creo que eternamente cantaremos: '¡Gloria al Corde-ro, que con su sangre nos redimió

para Dios!'. Pero, hermanos, no nos quedemos estancados en una sola verdad básica. Vamos avanzando por la otra verdad, también básica: Estamos en Cristo, y Cristo en nosotros, y avancemos hacia esta palabra, porque, si no avanzamos, nos vamos a quedar ahí, como una especie de 'jubilados espirituales'.

«...*las obras que yo hago, él las hará también*». Si el Señor dijo esta palabra, hagamos cuenta que somos mineros. Si nosotros sabemos que hay una veta de oro, que hay un mapa del tesoro –¡y qué mejor mapa que las Escrituras!–, y sabemos que aquí hay un filón de oro, una veta riquísima, ¿qué hacemos pidiendo limosna? Yo creo que hay que agarrar la picota y empezar a cavar, hasta dar con el filón.

¿Qué es lo que estorba, para que esta palabra no se cumpla? Recuerden que el Señor les dijo a los fariseos: «...*mi palabra no halla cabida en vosotros*» (Juan 8:37). Cuando el Señor dijo esa palabra, los fariseos estaban llenos de sus tradiciones, llenos de sus formas, y entonces la palabra del Señor no hallaba lugar. Siendo una palabra de vida, no encontró cabida en ellos. Es como cuando un saco está lleno. ¿Dónde usted mete algo más? ¿Qué está estorbando para que esta palabra no entre a lo profundo y produzca fruto?

Manifestando Su Vida

Si va a haber un fruto, un cambio glorioso en lo que nos resta por vivir, es algo que va a pasar por den-

tro de nosotros. O sea, ¿quién podría ponerle tropiezo a una manifestación de la vida y del poder del Señor Jesucristo a través de tu vida y de mi vida? «*Las obras que yo hago, él las hará también*».

Si el día de mañana, el hermano que consideramos más carnal, o la hermana que consideramos más fracasada, aparece actuando como el Señor, diremos que descubrió algo grande. Entonces se dirá: 'Hermano, no es por mí; el que mora en mí lo hizo'. ¡Gloria a Dios! El más fracasado entre nosotros puede, mañana o pasado mañana, el mes venidero o el año venidero, si no ha regresado el Señor, aparecer reproduciendo este carácter del Señor, esta santidad del Señor, esta compasión del Señor, esta pureza de Cristo, y podrá decir: 'No es por mí, hermano; el que mora en mí lo hizo'.

El Poder Disponible

¿Nos podemos imaginar una gran represa? ¿Qué potencia acumulada hay para generar miles de mega watts, para iluminar ciudades y naciones enteras! ¿Cuánto mas, todo el poder del cielo está disponible hoy, para que, a través de un débil hombre o mujer como tú o yo, pueda pasar algo de la vida del Señor? «*Las obras que yo hago, él las hará también*». ¿Sabes que me llena de esperanza esto? ¡Hermano, no hay jubilación posible, lo siento!

El Señor tenga misericordia de nosotros. ¡Hay mucho que vivir de Cristo! Todavía Cristo puede fluir a

través de nosotros; todavía esta palabra puede tener cumplimiento en nosotros.

Llenémonos de esperanza, y leamos una y otra vez Juan capítulo 14. Está toda la Biblia disponible, pero Juan capítulo 14 debe ser una palabra que marque tu vida y mi vida. Cada vez que aparezcas tú ahí: «*El que en mí cree...*», dijo el Señor. Ahí

estás tú. «...*las obras que yo hago, él las hará también*». Y nos atrevemos a decir, mediante el Espíritu del Señor, que después vendrán las otras cosas; después vendrán los milagros, las sanidades. Todo aquello vendrá después. Pero, partamos por esto: «...*las obras que yo hago...*». ¡Bendito sea el Señor!

*Síntesis de un mensaje oral
compartido en Temuco en julio de 2010.*

A muchos cristianos les parece imposible pensar en aceptar toda la voluntad de Dios, o su unidad con ella. Estos contemplan la voluntad de Dios y ven miles de mandamientos e innumerables ordenanzas providenciales...

Imaginan que necesitarían ser mil veces más santos y fuertes en gracia, antes de poder hacer o soportar toda la voluntad de Dios. No entienden que la dificultad proviene de su falta de comprensión de la voluntad de Dios. La ven como contraria a su propia voluntad natural y sienten que su voluntad natural nunca se deleitará en la voluntad de Dios.

Olvidan que el cristiano tiene una voluntad renovada. Esta nueva voluntad se deleita en la voluntad de Dios, porque nace de él. Esta nueva voluntad ve la belleza y la gloria de la voluntad de Dios y está en armonía con ella.

Si ellos son realmente hijos de Dios, el primer impulso real del espíritu de un hijo es ciertamente hacer la voluntad del Padre celestial. Y ellos no hacen otra cosa sino rendirse sincera y totalmente a este espíritu de adopción, y no necesitan temer aceptar la voluntad de Dios como suya propia.

Andrew Murray

Anhela la voluntad de Dios para tu vida en lugar de la propia. No te lances al mar de la vida con rumbo a un puerto de tu propia elección, guiado por un mapa de tu propia confección, impulsado por el poder de tus propios placeres o ambiciones egoístas.

Ven a Dios. Ríndele tu vida en un acto de entrega confiada, irrevocable... Así vendrás a conocer y ver firmemente la voluntad de Dios para tu vida... Sin una sombra de duda, empezaremos a conocer la voluntad de Dios tan pronto comencemos a elegir para nuestras vidas Su voluntad, en lugar de la nuestra.

James McConkey

Olvidando... para fructificar

César Albino

Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras. De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre.

(Juan 14:10-12).

Siempre que el Señor Jesucristo usa la expresión: «*De cierto, de cierto...*», es porque está afirmando una verdad indesmentible. Es algo que, en su esencia, es reali-



dad; no puede ser cambiado. Lo dijo él. Y las palabras del Señor, aparte de ser espíritu y vida, también son autoridad.

El Señor Jesús hizo las obras del Padre, porque el Padre moraba en él. Por su bendita gracia, los creyentes poseemos hoy esta maravillosa realidad: que ahora, en nosotros, mora la vida del Hijo. Eso es indesmentible; no tenemos que hacer un esfuerzo para asumirlo. Creo que todos nosotros sabemos, y el mismo Espíritu da testimonio de esto, ¡que el Señor Jesucristo vive en nosotros!

El problema está en que nos falta asumir, o más bien asimilar, la segunda parte. De que, el Cristo que nos mora, tiene que hacer las obras en nosotros. Y muchas veces hemos pensado que nosotros, por el conocimiento que tenemos del Señor, pretendemos hacer cosas, y nos hemos pasado años en el intento, tratando de ser buenos cristianos, tratando de ser como el Señor e imitarlo en alguna medida. Pero ha pasado el tiempo, y, tristemente, hemos fracasado.

Dos Aspectos

Bendicimos al Señor pues en estos días, el Espíritu Santo está trayéndonos luz sobre esta palabra de Juan capítulo 14, y tenemos expectación por el rumbo que le está dando el Señor a la iglesia. Y si llegamos a creerlo y asumirlo, entonces, en estos días que vienen, vamos a comenzar a experimentar las primeras obras, el estilo de vida, la forma cómo el Señor vivió y obró.

Pero también está el segundo aspecto, esas obras maravillosas, las sanidades, las proezas, los milagros, en que al Señor hasta la naturaleza le obedecía. Bien decía nuestro hermano: ¿Cómo podremos hacer milagros como los que hizo el Señor, si antes no vivimos las obras primeras? ¿Cómo es posible que podamos hacer milagros y seguir siendo cristianos mediocres, tibios y carnales? No se puede hacer obras milagrosas, sin primero expresar Su vida maravillosa en nuestros corazones.

Rogamos al Señor que en estos días podamos experimentar esta doble obra del Señor: nuestra manera de obrar aquí en la tierra como cristianos, santos, piadosos y justos, y las otras obras maravillosas, los milagros y las proezas. Dios tenga misericordia, y pueda hacer fructificar su palabra entre nosotros.

Vamos a volver a poner los ojos en este versículo. «*El Padre que mora en mí, él hace las obras*» (v. 10). Y en el versículo 12, dice: «*...las obras que yo hago, él las hará también*». La pregunta es: ¿Por qué el Señor no puede obrar en nosotros? ¿Por qué no podemos proyectar o expresar la vida de Aquel que mora en nosotros? ¿Dónde está el problema? ¿Dónde están anidados los conflictos, los obstáculos, aquello que ahoga la poderosa vida del Señor en nosotros?

La Soberbia de Moab

Vamos a Jeremías capítulo 48. En la gracia del Señor, vamos a buscar los obstáculos. Que el Espíritu Santo

escudriñe todas las cosas y pueda manifestárnoslo a cada uno en particular. Siento que todos nosotros estamos obstaculizados, desde los mayores hasta los menores, y hemos estado tristes por no poder expresar la vida preciosa del Señor. Nos conviene, por tanto, en estos tiempos, identificar, de alguna manera aquello que nos ahoga.

«Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado» (Jer. 48:11). *«Hemos oído la soberbia de Moab; muy grandes son su soberbia, su arrogancia y su altivez; pero sus mentiras no serán firmes»* (Isaías 16:6).

Después de recibir esta palabra, creo que el Señor nos va a pedir que nos vaciemos de muchas cosas que tenemos arraigadas por muchos años, que nos vaciemos y nos trasvasijemos de cosas que están escondidas en el laberinto de nuestra alma, aquellas que muchas veces encubrimos o negamos. Se dice de Moab que quedó con su olor y su sabor, porque no se trasvasijó.

Y de alguna manera, el capítulo 16 de Isaías nos muestra de qué no se vació, por qué quedó su olor y su sabor en él. Era soberbio, arrogante, altivo y mentiroso. A todos los cristianos nos persiguen esas cosas terribles con las cuales luchamos a diario. Si somos sinceros, a la luz de la verdad, tenemos que decir que es así. La arrogancia, muy escondida; la al-

uvez y la soberbia están allí solapadas, y de vez en cuando nos juegan malas pasadas; cuando enfrentamos situaciones difíciles, entonces salen a relucir con todas sus fuerzas. Y de repente, desconocemos al que pensábamos que era un hermano, amigo o conocido, por sus reacciones tan violentas que a veces nos sorprenden.

Moab se solapó allí, no quiso sufrir. Cuando dice que nunca estuvo en cautiverio, no conoció el desierto, sino sólo las cosas buenas; nunca conoció el afligirse, el restringirse, sino que vivió siempre libre, esto es figura del cristiano que evade la cruz.

Hay arrogancia cuando exhibimos un exaltado concepto de nosotros mismos (y muchas veces luchamos contra aquello). Pensamos que lo hacemos mejor que otros, que si no decimos la última palabra, la última opinión, pareciera que las cosas no van a ir bien y que la iglesia no va a tener rumbo. Parece que la firma nuestra es la que tiene que definir y trazarle rumbo a la obra y a la iglesia. El alto concepto, es aquello que creemos ser, no siendo nada. Estas son cosas que están anidadas en el alma, y todavía no nos hemos vaciado de ellas.

Experiencia de Pablo

Hay algo que nos ilustra mejor esto, en Filipenses 3:13. *«Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la*

meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús».

Otra forma de vaciarse de aquello que estorba y ahoga, es la que aquí alude el apóstol Pablo. Nos da una chispa de esperanza. Cuando dice que 'no pretende haberlo alcanzado', está hablando de su carrera cristiana, de que él ha llegado a una medida de gracia, de obra, ha llegado a una medida de crecimiento espiritual, de morir o menguar para que Cristo viva.

Hasta aquí, según Filipenses 3, él había avanzado bastante, había explorado el territorio de Cristo, había tomado mucho de él, y de la misma manera lo había expresado y proyectado. Pero él da a entender que pudiera quedarse con esa medida de crecimiento y alegrarse con todo lo que ha vivido, y quizás tendría mucha recompensa, en el tribunal de Cristo, hasta ese punto de su carrera. Sin embargo, él ve que hay cosas que le están estorbando, y nos da dos opciones: o quedarnos con la medida que hasta aquí tenemos, o seguir extendiéndonos hacia adelante.

Muchos de entre nosotros también se han conformado con vivir una vida de cristianos salvados, viviendo de alguna gracia, manifestando algunos dones a medias, como cristianos en un círculo vicioso.

Una Cosa Hago

La expresión: «*Una cosa hago...*», se podría definir de esta manera: 'Voy a poner todo mi esfuerzo, toda mi atención y mi mirada, voy a pro-

yectar toda mi vida en el tramo de la carrera que me queda'. «*Una cosa hago...*». Es decir, me detengo en el camino y tengo dos opciones: Me quedo hasta aquí, o sigo explorando la maravillosa vida de Cristo.

Nosotros también tenemos tal opción hoy. Hoy estamos aquí, somos cristianos, nos reunimos, cantamos, oramos. Y pareciera que eso es todo, hasta cuando el Señor vuelva. Pero, hermanos, todavía no hemos vivido ni siquiera las primeras obras, de las cuales ya se nos ha compartido, y menos aun las segundas obras, las proezas y milagros.

Al parecer, tenemos que coincidir con el apóstol Pablo aquí, y decir: 'Sí, yo también quiero esta opción; yo quiero más de Cristo. Quiero extenderme un poco más adelante; no quiero seguir dando vueltas, conformarme como estoy ahora. Quiero mucho más del Señor. Quiero consagrarme mucho más aún'.

«...*olvidando ciertamente lo que queda atrás*». Pablo olvidaba lo que quedaba atrás, incluyendo todas las glorias humanas y espirituales que había vivido, todas sus victorias, toda la reputación que tuvo en el fariseísmo, y aun todo cuanto pudo hacer como cristiano hasta ese momento. Teniendo la posibilidad de quedarse recordando y gloriarse en aquello, él opta por proseguir, dándonos la idea de una proyección, hacia lo que él define como «*el premio del supremo llamamiento*».

Pablo tenía mucho de qué gloriarse, había superado con creces a sus

Es bueno poder bendecir a quien nos traicionó, al que nos maldijo y al que nos hirió la mejilla. Qué bien le hace esto al cristiano, porque entonces empieza la vida de Cristo a aflorar desde adentro.

contemporáneos. Pero, en cuanto a ser hallado en Cristo, en participar de sus padecimientos, en cuanto a tomar la cruz, etc., ¿qué diremos de él? Sin embargo, él decía: 'Olvidaré aquello. Me conviene olvidarme de todas las victorias pasadas, de las glorias, y no vivir de recuerdos maravillosos. Me conviene seguir explorando más a Cristo, y tener cada día una experiencia nueva con él'.

Sanando Heridas

Pero, ¿de qué otra cosa también se olvidaba? Se olvidaba de todos los azotes, de todos los engaños, de las traiciones de sus amados consiervos. En algunos pasajes de la Escritura, dice: «Todos me han desamparado, no les sea tomado en cuenta... Demas me ha desamparado... Alejandro me ha causado muchos males», etc. (2ª Tim. 4:10, 14, 16).

Y aún más, Filipenses capítulo 2 revela que, estando en la cárcel, necesitando tanta compañía y aliento, dice que los únicos que estaban con él eran dos personas fieles, pero ninguno más había con él, porque todos los demás buscaban lo suyo propio y no lo que era de Cristo Jesús. Su hijo Timoteo, y el joven Epafrodito,

que había venido de la iglesia que estaba en Filipos, a mucha distancia, y se había quedado, por amor, con él en la cárcel en Roma.

Si leemos 1ª y 2ª a los Corintios, vemos que el apóstol Pablo revela de alguna manera lo que él padeció. Azotes, ayunos, lo dieron por muerto muchas veces, lo maltrataron; en tristezas, en fríos, en peligros hasta de los de su nación.

Aquí quiero entrar en una de las cosas que obstaculizan que el Señor fluya, que el que mora en nosotros haga las obras. Y quiero verlo en primera persona y en nosotros, que somos hermanos tan cercanos.

Antes de conocer al Señor, muchos de nosotros vivimos muy afligidos por diferentes cosas. Conocimos la pobreza, conocimos la discriminación, las traiciones de nuestros propios seres queridos, conocimos de muy cerca el abandono de los padres. Y muchos de nosotros aún no podemos olvidar. Y por eso la vida del Señor está ahogada, quisiera salir y no puede, permanece estancada a causa de todos esos recuerdos que van y vienen y muchas veces nos entristecen y deprimen.

¿Qué cosas tenemos que olvidar,

o de qué tenemos que vaciarnos? ¿A qué tenemos que renunciar? ¿A quién tenemos que perdonar? Esto está en el mismo contexto de la palabra: Olvidando, renunciando, sacudiéndonos de esto, vaciándonos de aquello que nos estorba en el camino, para que la vida de Aquel que mora en nosotros pueda tener expresión. Sé que hay muchos hermanos aquí que hemos sido maltratados física y psicológicamente. Me incluyo entre aquellos a quienes el padre no les brindó amor, y por mucho tiempo vivimos como resentidos. Me identifico con aquellos discriminados que fueron objeto de mofas porque eran pobres o porque eran de una determinada cultura, y aún tienen resentimiento por ello.

Conozco a un muchacho, que ahora ya no es tan muchacho; han pasado los años. Vivió muchas discriminaciones, porque era mapuche, porque se burlaron y le colocaron sobrenombres, y todavía está allí, de alguna manera, esa espina que pincha. Ese muchacho vivió muy discriminado. Estaba tan acomplejado; le habían ahogado la personalidad. No podía hablar ante tres o cuatro personas; se turbaba por todo, se le trababa la lengua. Cuando le tocaba disertar en el colegio, no lo podía hacer, y se ponía a llorar.

¡Pero un día se encontró con el poderoso y bendito Salvador, Jesucristo! Y éste le transformó la vida, lo revolucionó por dentro; y toda la cultura pagana y todos los complejos cayeron. El Señor se hizo pode-

roso en su vida, y dio gloria a Dios y magnificó su nombre, y hasta este día lo ama, lo bendice y lo adora, porque el Señor fue el único que le transformó la vida. Y toda la discriminación, todo aquello que entristecía su vida, quedó atrás. Ahora encontró a Uno mayor que los problemas, mayor que todas las cosas. ¡Jesús es precioso, Jesús es bendito, Jesús es glorioso! ¡No hay nadie como él!

Olvidando, Vaciando el Corazón

¡Qué bien nos hace olvidar! ¡Qué bien nos hace renunciar a estas cosas! Es bueno poder bendecir a quien nos traicionó, al que nos maldijo y al que nos hirió la mejilla. Qué bien le hace esto al cristiano, porque empieza la vida de Cristo a aflorar desde adentro, y no está ahogada con resentimientos.

Percibo, por el Espíritu Santo, que incluso nuestra manera de ser y nuestra forma de hablar delatan que aún hay raíces de amargura en nosotros y hay resentimiento, y a esta altura, todavía no podemos renunciar y bendecir a aquel que nos hizo mal. Conozco a ese muchacho que, antes de recibir a Cristo, le deseaba la muerte a su padre, y alguna vez se había propuesto quitarle la vida. Pero después de conocer al Señor, hoy día puede llorar en su hombro, y abrazarlo y amarlo con un beso santo, olvidando todas las traiciones.

Hermanos amados, hace bien olvidar. «...*olvidando ciertamente lo que queda atrás*». Las traiciones, las pala-

bras ofensivas, los resentimientos... y también las escasas glorias que de alguna manera hemos vivido. Nos hace muy mal creer que somos algo o alguien, creer que somos más que otros.

«...*olvidando ciertamente lo que queda atrás*». Tenemos dos opciones, amados hermanos. O quedarnos masticando amarguras, o perdonar, vaciándonos de todo peso del pasado. ¡Hoy es el día para sepultar resentimientos, renunciar y echarlos fuera! Porque, si usted no lo hace, va a seguir siendo un cristiano mediocre. Es necesario ser limpiados, vaciarnos de nosotros mismos y de todos estos obstáculos, para que fluya y se exprese la vida de Cristo. ¿Cómo vamos a bendecir, y cómo vamos a encomendar la causa al que juzga justamente, si ni siquiera podemos perdonar?

¿Queremos hacer las obras del que mora en nosotros? Bendito sea el Señor por esa respuesta. Entonces, vaciémonos, renunciemos, olvidemos, bendigamos, y sigamos las pisadas de nuestro bendito Maestro.

La Figura de Manasés y Efraín

Quiero ilustrar esto de otra manera, también, en Génesis 41:50-52. «*Y nacieron a José dos hijos antes que viniese el primer año del hambre, los cuales le dio a luz Asenat, hija de Potifera sacerdote de On. Y llamó José el nombre del primogénito, Manasés; porque dijo: Dios me hizo olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre. Y llamó el nombre del segundo, Efraín; porque dijo:*

Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción».

Tenemos tantos ejemplos en las Escrituras, testimonios preciosos de hombres y de mujeres que cambiaron incluso su cultura, porque se encontraron con Otro mayor. Por ejemplo, Rut, que era moabita, con todas las características de la soberbia y la arrogancia de Moab. Pero un día tuvo visión, de alguna manera se le abrieron los ojos, y se convirtió en israelita. Bendita mujer, porque de ella vino el Cristo, el Mesías. No le importó su cultura, ni los dioses de sus padres; lo cambió todo, todo, por el Dios de Noemí, por el pueblo de Noemí, por los hermanos de Noemí.

Miremos un poquito a José, resumiendo un poco su historia. A temprana edad quedó sin su madre; sólo tenía a su padre y a sus hermanos. Era el preferido de Jacob, y el Señor tenía propósitos con él. Empezó a soñar cosas relacionadas con su vida y con el propósito de Dios. Tenía diecisiete años cuando su padre lo envió a ver a sus hermanos que apacentaban sus rebaños. Desde ese día en adelante, comenzó su aflicción.

José comenzó a vivir un martirio, aflicciones, traiciones, palabras ofensivas. Trece años de aflicciones en un lugar desconocido, lejos de Canaán, donde vivían su padre y su parentela. El hijo regalón, vendido por unas pocas monedas. No puede existir menosprecio y discriminación más grande; vender al de su propia sangre. Pero en Génesis 38, varias veces leemos: «*Y Jehová estaba con él*».

José tenía las promesas. Pero comenzó a ser afligido en gran manera en Egipto. Empezó a ver todas las cosas de nuevo, con una cultura muy diferente. Otras cosas, otros dioses, otra manera de hablar y de pensar. Fue calumniado y encarcelado. Vivió trece años de maltrato psicológico y físico. Fue un esclavo; aquel era realmente un trabajo arduo.

Sin embargo, el nombre de su hijo revela la realidad de su corazón, que es lo mismo de lo cual venimos hablando. «Y llamó José el nombre del primogénito, Manasés...». ¿Saben por qué? *Porque le hizo olvidar*. Se olvidó de todas las traiciones de sus hermanos, de la cárcel, de la mano dura del faraón, de la traición del copero, de todo aquello. Seguía caminando, seguía temiendo al Señor, y Dios se agradaba de él cada día.

Perdón y Fructificación

Entonces, el nombre de su hijo primogénito, revela la realidad que este hombre vivió. A pesar de todas las cosas, revela que él había olvidado todo aquello. Esto nos puede ayudar, porque después de Manasés, después del perdón y del olvido que significa Manasés, viene Efraín, es decir, la fructificación.

Benito sea el Señor, porque tenemos esperanza. El Señor quiere alumbrarnos por su palabra en estos dos nombres y quiere ayudarnos, ilustrándonos así la fructificación de la vida proyectada de Cristo en nosotros. Primero, tiene que nacer en medio de nosotros Manasés. «...ol-

vidando ciertamente lo que queda atrás», vaciándonos, renunciando.

¡No es posible que hermanas de edad tengan que cerrar sus ojos con terribles cadenas de falta de perdón! Eso es inconcebible en un cristiano. Pudiera ser que hoy, si Dios tuviera misericordia de nosotros, se gestara y naciera Manasés en medio nuestro, y podamos decir: 'Olvido y perdono'. Después de aquello, se apresura a venir Efraín. «Fructificación».

Profetizo a todos ustedes: Si llegamos a olvidar, si llegamos a renunciar a lo bueno y a lo malo, pudiera ser que Efraín se haga presente en estos días, y fructifiquemos no sólo al diez, al veinte y al cincuenta, sino al ciento por uno. ¿Qué es el ciento por uno, sino hacer la doble obra del Señor Jesucristo aquí en la tierra? Haciendo las obras, como persona, con el estilo de vida, pero también haciendo milagros y proezas por donde él iba caminando.

Es necesario renunciar, olvidar, para que haya fructificación. «Y llamó el nombre del segundo, Efraín; porque dijo: Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción». Entonces, tenemos esperanza de ser cristianos maduros, con obras. Y tenemos la esperanza de que puedan decir de nosotros: '¡Qué cristiano más hermoso! Se parece al Señor en sus actitudes. Pareciera que éste está siguiendo las pisadas del Maestro'.

Canción de Esperanza

*«Con mi voz clamé a Dios,
a Dios clamé, y él me escuchará.*

*Al Señor busqué en el día de mi angustia;
alzaba a él mis manos de noche, sin des-
canso;*

mi alma rehusaba consuelo.

Me acordaba de Dios, y me conmovía;

me quejaba, y desmayaba mi espíritu.

No me dejabas pegar los ojos;

estaba yo quebrantado, y no hablaba.

*Consideraba los días desde el principio,
los años de los siglos.*

Me acordaba de mis cánticos de noche;

meditaba en mi corazón,

y mi espíritu inquiría:

¿Desechará el Señor para siempre,

Y no volverá más a sernos propicio?

¿Ha cesado para siempre su misericordia?

*¿Se ha acabado perpetuamente su prome-
sa?*

¿Ha olvidado Dios el tener misericordia?

¿Ha encerrado con ira sus piedades?

Dije: Enfermedad mía es esta;

*traeré, pues, a la memoria los años de la
diestra del Altísimo.*

Me acordaré de las obras de JAH;

*sí, haré yo memoria de tus maravillas an-
tiguas.*

Meditaré en todas tus obras,

y hablaré de tus hechos» (Sal. 77:1.12).

¡Aleluya! No ha encerrado el Se-
ñor sus piedades con ira. No, herma-
nos. ¡Hay esperanza! Creemos que
todo lo que dice el Salmo 77 puede

resumirse en esto: «*Enfermedad mía
es esta*». Tenemos un Dios glorioso,
un Dios grande. Y aún más: Hay una
vida poderosa, indestructible, que
está morando en nuestros corazones.
Como dice el Salmo 77, si nos acor-
damos de las noches, de los fracasos
y de todas las cosas que hemos vivi-
do, por supuesto que vamos a estar
estorbados y obstaculizados, trunca-
dos en nuestra carrera.

Pero también este Salmo nos in-
vita a declarar: No más, Señor; esta
es una enfermedad del alma mía.
¡Pero me levanto! Voy a experimen-
tar la vida poderosa del Señor; lo voy
a recibir, lo voy a atesorar, lo voy a
considerar. Y voy a estar consciente,
todos los días de mi vida, que llevo
nada menos que al Hijo del Dios vi-
viente en mi corazón. Y por donde-
quiera que vaya, lo llevo, y él está
dentro de mí, y él hará las obras que
realmente hay que hacer en esta tie-
rra, para la gloria de Dios.

Que el Señor haga prosperar su
palabra en todos nosotros. Amén.

*Síntesis de un mensaje oral
compartido en Temuco en julio de 2010.*

Los problemas que tenemos que sufrir en el curso de un año son comparables a un gran atado de palos, demasiado grande para que podamos levantarlo. Pero Dios no nos exige que carguemos todo de una vez. Él desata el bulto misericordiosamente y nos da un primer palo, que hemos de llevar hoy, luego otro, que hemos de llevar mañana, y así sucesivamente. Nosotros podemos manejar esto fácilmente, si sólo tomamos la carga asignada a cada día, en lugar de aumentar nuestros problemas, escogiendo llevar el palo de ayer otra vez hoy, y agregando el peso de mañana a nuestra carga antes de que se nos exija llevarlo.

John Newton

TEMA DE PORTADA

El perdón como expresión de la vida de Cristo en nosotros.

La gracia de perdonar

Pedro Alarcón



Ciertamente Dios no ha cesado de hablar a su pueblo. Por su gracia podemos comprender hacia dónde quiere llevarnos hoy el Espíritu Santo, luego de hablarnos

de que nada podemos hacer por nosotros mismos, de la misma manera como el Hijo nada hizo por sí mismo. Él se negó absolutamente a decir o a actuar por su propia cuenta.

Todo lo hizo dependiendo completamente del Padre, porque había una intención en el corazón del Hijo cuando vino a este mundo: darnos a conocer completamente al Padre.

En estos días, el Señor nos ha detenido en el capítulo 14 de Juan, para que hagamos conciencia de lo que significa el Padre morando y expresándose a través del Hijo. Esto concuerda con su oración en Juan capítulo 17: *«He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste...»*.

Ahora bien, de la misma manera como el Padre se expresó a través del Hijo, también el Hijo quiere expresarse hoy a través de nosotros. ¡Bendito sea el Señor!

También el Señor, en un momento, dijo: *«Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste»* (Juan 17:23). ¿De qué manera iba a ser manifestada la gloria de Dios ahora, a través de los discípulos? Cuando él estuvo en la tierra, la gloria de Dios fue manifestada libre y ampliamente, sin restricción; el Padre fue dado a conocer, hasta el punto cuando Felipe le dice al Señor: *«Muéstranos el Padre, y nos basta»*. Y el Padre mismo habló a través del Hijo: *«¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?»* (Juan 14:8-9).

Hoy día, el Señor nos está despertando a esa conciencia de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo moran en nosotros (Juan 14: 23). ¡Todo el potencial de la vida divina habiendo en nosotros, hermanos! Estas

palabras confirman el bendito tesoro que ha sido puesto en nuestro espíritu: *«Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder...»* (2ª Ped. 1:3).

Muchos pasajes de las Escrituras confirman esta gloriosa realidad que tenemos. Ya se nos decía que el fracaso nuestro consiste en que no sabemos cómo expresarla, y que también hay obstáculos en nosotros que impiden que la vida divina se exprese libremente. Ayer se mencionaron algunas de aquellas cosas.

Falta de Perdón

Hoy abordaremos de manera específica algo que obstruye penosamente la libre expresión de la vida del Señor en nosotros, y es la *falta de perdón*; es decir, esa falta de capacidad para soportar agravios y sufrir las ofensas. Nos 'atamos' a nosotros mismos, cuando no perdonamos a los que nos ofenden.

Por esta razón es que leímos varias expresiones de las Escrituras, partiendo del ejemplo del Señor mismo. Primero, declarando en el Antiguo Testamento, que Dios nos ha perdonado a nosotros. Él es el que perdonó nuestras iniquidades, nuestros pecados, y cuando Dios perdonó, se olvidó para siempre de ellos. Eso es algo totalmente inherente a Dios, es algo que Dios hace.

Lecturas: Salmo 103:3-4; Lucas 23:33-34; Mateo 6:12, 14; 18:21-22, 34-35; Lucas 6:28, 37; 17:3-4; Efesios 4:32.

¡Bendito es el Señor! Él perdonó nuestras iniquidades, y también es el que ha sanado nuestras enfermedades. Él no se preocupa sólo de perdonarnos, sino también de sanarnos; porque, si estamos sanos, entonces, la vida de Dios se manifestará libremente a través de nosotros. Y la sanidad de que habla esa palabra no es sólo la sanidad del cuerpo, sino la sanidad del alma.

Cuando el Señor Jesús sufría el escarnio de la cruz, en el momento del mayor desprecio y abandono, él pudo exclamar: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34). Admirable perdón en beneficio de sus enemigos, y de quienes, en ignorancia, le hirieron.

El estaba ignorando absolutamente todas aquellas cosas. En contraste con el odio de la soldadesca infame y violenta, en el corazón del Señor sólo había bien y bendición. Él padeció, y cuando lo maldecían, no respondía con maldición. ¡Bendito es el Señor! Eso es algo inherente a él. El hombre no puede hacer eso. La naturaleza del hombre le impide amar, perdonar las ofensas, bendecir a los enemigos y a quienes le maldecen. El hombre, por sí mismo, no puede hacer estas cosas; si no lo hace el Señor, por su Espíritu, a través de nosotros, es imposible que nosotros podamos llenar esa medida.

Perdón Inmediato

Entonces, hermanos, desde el punto de vista humano, cada vez que recibimos una herida, cada vez que

recibimos una ofensa, nosotros, por causa de la Palabra, pronunciamos un 'perdón inmediato'. Queremos ser obedientes al Señor, por cuanto él nos dice que, si no perdonamos a los que nos ofenden, tampoco nuestro Padre celestial nos perdonará. Entonces, estamos puestos en estrecho: el Espíritu Santo nos señala que debemos perdonar.

Y así, no podemos menos que perdonar a los que nos han ofendido. Como resultado de eso, nosotros pronunciamos un perdón 'oficial'. Y, después de forcejear un poco con el Señor, finalmente decimos: 'Señor, no tengo otra salida; así como tú me perdonaste, yo perdono a tal persona que me ofendió'. Y lo declaramos.

¡Como nos gustaría que con esa sola declaración, todo estuviese ya solucionado. Pero lamentablemente, por la condición de nuestra alma, el perdón, para nosotros, se transforma en un proceso. No es algo automático.

Nuestra alma suele llenarse de argumentos cuando tenemos que perdonar a alguien que nos ha ofendido, y se nos dificulta grandemente cumplir con estas demandas de nuestro Señor.

Y así, una vez mas, olvidamos completamente que esto no es algo que podamos hacer en nuestras fuerzas. Hermanos, absolutamente nada podemos hacer separados del Señor. Como toda expresión práctica de la genuina fe, no podemos vivirla separados de Cristo. Tiene que ser él en nosotros.

Cristo en Nosotros

Cristo en nosotros es la esperanza de gloria. No sólo para cuando estemos en su presencia, sino ahora mismo, él es nuestra vida. Y a tal vida, eterna, poderosa, somos llamados a echar mano (1ª Tim. 6:12). A él tenemos que volvernos, ¡y no tenemos que ir a buscarlo fuera de nosotros! ¡Gloria al Señor por su preciosa obra dentro de nosotros!

Este desafío está firmemente basado en la obra de nuestro Dios: ya vino desde el cielo el Salvador del mundo, ya murió por nosotros en la cruz. La Roca fue herida, y brotó agua, vida abundante, para todos nosotros, para que echemos mano de ella en cada momento y en cada necesidad.

Entonces, no tenemos que ir arriba o ir abajo para buscar al Señor. Tenemos que volvernos hacia nuestro interior, donde el Señor ha venido a habitar por el Espíritu Santo. Tenemos que echar mano de la vida eterna. ¿Y dónde está la vida eterna morando ahora? En nuestro espíritu. Echamos mano a lo que está adentro, del buen tesoro del corazón, como el hombre sabio. 'Señor, yo no puedo perdonar; yo no puedo hacerlo. Es tan duro para mí esto; es tan grave, me ha afectado tanto. Señor, no puedo'. Y entonces, el Señor viene en nuestro auxilio, en nuestra defensa. ¡Gracias Señor!

Un Proceso Negativo

Hay cosas que ocurren cuando estamos en ese proceso de no poder perdonar, o cuando simplemente somos heridos o afectados de alguna manera. Un proceso negativo está en curso y comienza con la falta de perdón. El corazón se comienza a endurecer; esperamos que se nos haga justicia a causa del daño recibido. Pero, hermanos, ¿qué produce eso en nosotros? A esa falta de perdón se suma el rencor y así, sin darnos cuenta, terminamos con heridas emocionales. Estas nos afectan a nosotros mismos en nuestro fuero más íntimo, no nos dejan relacionarnos correctamente con los demás, y terminamos aislados. Lo que ocurre es como toda una escala descendente.

Finalmente, estas heridas y estos dolores del alma, se infectan, y so-

Desatando y dejando ir a aquel que te ofendió, tú mismo serás libre y dejarás despejado el camino para que el ofensor sea perdonado y aun bendecido por el Señor.

breviene la amargura. Y la Escritura nos habla claramente acerca de las raíces de amargura: «...*Mirad bien, no sea que... brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados...*» (Heb. 12: 15).

«Mirad, hermanos, que no haya en

ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad...» (Heb. 3:12). Fijese que, con la falta de perdón, se puede caer en la incredulidad; con la falta de perdón, podemos abandonar la fe o debilitarnos en la fe. ¡Cuán tremendo es, hermanos, no perdonar a los que nos ofenden! Las raíces de amargura estorban, pueden contaminar a toda la iglesia, pueden afectar todas las relaciones entre hermanos y llegar a contaminar el servicio en la casa de Dios.

Tenacidad versus Cordura

Leamos Proverbios 18:19 y luego Proverbios 19:11. Aquí hay un contraste muy grande, dos actitudes que podemos tomar en un momento determinado, y también las consecuencias de ello.

«El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte, y las contiendas de los hermanos son como cerrojos de alcázar». ¡Mire qué tremenda es la advertencia, hermano! ¿Qué nos dice ella? Que, cuando una persona está ofendida, puede cerrar a tal punto su corazón, puede ser tan tenaz en persistir en no querer perdonar la ofensa, que puede llegar a ser como una ciudad fuerte, una ciudad amurallada, llegar a ser como los cerrojos de las puertas de esa ciudad. Así suele ser el corazón de uno que ha sido ofendido.

Pero veamos la otra parte. *«La cordura del hombre detiene su furor, y su honra es pasar por alto la ofensa»* (Prov. 19:11). Nosotros podemos escoger cerrar el corazón y llegar a ser

como una ciudad amurallada; podemos negarnos absolutamente a perdonar, y recordar una y otra vez la ofensa, y mantenernos ahí, con el cerrojo puesto. Pero, por otro lado, aferrándonos del Señor, echando mano a la vida eterna, tenemos la gran bendición de decidir en nuestro corazón: ‘Señor, yo quiero perdonar la ofensa, no importa de qué grado haya sido; primero, porque tú me perdonaste, y segundo, porque si yo no perdono, tampoco tú perdonarás mis ofensas’. Entonces, al triunfar la vida de Cristo en mí, puedo tomar esta determinación, y vivir la honra de pasar por alto la ofensa.

El apóstol Pablo también hablaba de esto: *«¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?»* (1ª Cor. 6:7). Ahora, ¿cuál es la razón? Lo complicada que es nuestra alma. En el perdón, en el proceso del perdón, está involucrada toda nuestra alma: la mente, los sentimientos y la voluntad. Todo resulta convulsionado a causa de esta falta de perdón. Pero también, en el ejercitar el perdón, todo nuestro ser debe participar. No sólo mentalmente, sino también en las emociones y finalmente en la actitud resuelta, la voluntad de perdonar.

El Fruto del Perdón

Ahora, veamos los resultados, el fruto del perdón. Hechos capítulo 7. Al mencionar este pasaje, ustedes ya recordarán a Esteban: *«Oyendo estas cosas, se enfurecían en sus corazones, y*

crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes voces, se taparon los oídos, y arremetieron a una contra él. Y echándole fuera de la ciudad, le apedrearon; y los testigos pusieron sus ropas a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió» (Hech. 7:54-60).

¿Será posible, hermanos, para un discípulo del Señor, tener esta honra, esta gloria que tuvo Esteban, semejante a la actitud santa que tuvo el Señor, de perdonar a quienes le menospreciaron, le vituperaron y finalmente le mataron? ¿Podremos nosotros participar de esta honra, como decía Proverbios 19:11? El Señor quiere hacernos partícipes de esto, hermanos. ¡Gloria al Señor! Porque de esta manera, nosotros, perdonando, somos beneficiados.

El primero en ser bendecido es el que pronuncia el perdón. Somos nosotros mismos. Luego, Dios mismo es glorificado cuando nosotros perdonamos a los que nos ofenden. En esto, como en todas las expresiones de la vida del Señor en nosotros, es glorificado el Padre. Cada vez que el Hijo actúa en nosotros, que alguno de los rasgos de Cristo se hacen

manifiestos en ti y en mí, el Padre es glorificado.

Pero la mayor bendición al perdonar es para nosotros mismos, porque son desatadas las cadenas, somos libres de la amargura, vuelve el gozo al corazón, vuelve la alegría de servir; podemos servir libremente al Señor, y nuestro caminar se hace liviano.

La Necesidad de Perdonar

Pero, ¿por qué estamos comparando estas palabras, hermanos? Porque creemos que una de las cosas que más fácilmente puede ocurrir en la iglesia, en la relación entre hermanos, es que nos ofendamos unos a otros, y por eso necesitamos, constantemente, perdonarnos y sanarnos también unos a otros.

«*Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió*». Ahora, notemos que la única manera de que nosotros podamos poner en práctica esto, vivir esto, es que estemos llenos del Espíritu Santo. Esteban estaba lleno del Espíritu. ¿Y qué significa un creyente lleno del Espíritu Santo? Significa que todo Cristo está siendo manifestado a través de él, que ese cristiano ha aprendido a negarse por completo. Su alma se restringe, de tal manera que lo que predomina en él es la vida del Espíritu.

¿Cómo podemos nosotros, entonces, perdonar, o poner en práctica

esto, hermanos? No por la fuerza o la vida del alma; no por las características del alma, que siempre, como veíamos, pedirá respuestas, exigirá explicaciones, y por la dureza de nuestra alma vamos a vivir un largo y fatigoso proceso.

Hermanos, creo que redundar más acerca de estas cosas no es necesario. Creo que el mensaje ha sido completamente entendido. Este mensaje es una enseñanza; pero, hermano, qué bendición hay si nosotros nos dejamos ministrar por el Señor. Quizás haya alguno leyendo este mensaje, que ha estado trabado por años, y esta palabra es una ayuda de parte del Señor, es como lo que el Señor hizo con Lázaro.

El Señor resucitó a Lázaro, le dio vida. A nosotros, también el Señor nos ha dado vida. Nosotros somos nuevas criaturas; hemos nacido de nuevo. Lázaro es una ilustración de que el Señor ya nos sacó del punto donde estábamos, muertos en delitos y pecados, y nos ha dado vida.

Pero, recuerden que cuando resucitó a Lázaro, no hizo el Señor todo el trabajo. ¡Mire qué extraño suena esto! Dejó una parte para que nosotros la ejerciéramos, porque él quería manifestar su gloria a través de los discípulos. Él hizo el milagro. Pero después, cuando llamó a Lázaro, ¿qué les dijo a los discípulos? «Desatadle, y dejadle ir» (Juan 11:44).

¿Qué nos está diciendo el Señor hoy día? Si hay alguien que tiene atado a algún hermano; si no has podi-

do perdonar, si hasta el día de hoy guardas rencor en tu corazón, y has ido bajando en esa deprimente escala, hay una solución para ti. Tú puedes salir de ese hoyo, puedes salir de ese problema. Desatando y dejando ir a aquel que te ofendió, tú mismo serás libre y dejarás despejado el camino para que el ofensor sea perdonado y aun bendecido por el Señor. El Señor sabe cómo tratar con cada uno; es él quien trata con sus siervos.

El Perdonado Debe Perdonar

También mencionamos unos versículos en Mateo capítulo 18, cuando el Señor pone el ejemplo de un siervo que le debía diez mil talentos a su señor. ¿Recuerdan? Entonces, él le dice que no tiene cómo pagarle, y su señor ordena venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces, él le ruega a su señor, y éste movido a misericordia, le perdonó la deuda y lo dejó libre.

Ese siervo al que el señor le perdonó mucho, salió afuera. Se encontró con otro siervo que le debía cien denarios. Ahí está la enseñanza del Señor, también, cuando Pedro le pregunta: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mateo 18:21-22). Setenta veces siete; eso significa siempre.

Los diez mil talentos significan que ni la vida entera alcanza para pagar. Tal es el perdón que el Señor

ha ofrecido a cada uno de nosotros. Entonces, aquel siervo encontró al que le debía cien denarios, y lo tomó del cuello: «Págame lo que me debes». No fue capaz de perdonar a su hermano, y el comentario llegó a oídos de su amo, quien a su vez lo entregó a los verdugos. Vino el juicio, advertencia para nosotros, a causa de su falta de perdón.

Que el Señor nos socorra y nos libre a nosotros, para no caer en esa disciplina, en esos juicios de su

mano; porque si nosotros no perdonamos, caeremos en las manos del Señor, y allí las cosas son de otra manera. Comencemos declarando perdón de corazón para aquellos que nos han ofendido, y confiemos que, por el poder del Espíritu Santo, este proceso se va a completar. Va a llegar el día en que te sentirás completa y absolutamente libre y sano para servir al Señor. Amén.

*Síntesis de un mensaje oral
compartido en Temuco en julio de 2010.*

Sólo la gracia de Dios llenando el corazón con Cristo, nos permite renunciar a nuestro ego y sus ídolos. Cuanto más llenos estemos de él, su gracia y su verdad, más fácil y enteramente podremos rendir todo lo que su ojo condena.

Porque sólo cuando somos conducidos por el Dios de la gracia podemos en verdad humillarnos, ser realmente nada, o admitir todos sus reproches y la falsedad de todo lo que no proviene de su gracia. Cuando Cristo entra, entonces saldrá todo lo que no puede vivir en su compañía.

Puede que sea lentamente –con poca disposición a rendir la posesión–pero la afluencia de bendición, a través del conocimiento y el poder de Cristo, debe limpiar el corazón mientras lo va llenando.

Esto es, en realidad, un proceso, y no algo hecho en seguida, de una vez por todas. Hay conflicto. A menudo hay ventajas dolorosas obtenidas por el enemigo. Pero, así como Cristo entra y hace morada en el corazón por medio de la fe, también las muchas sugerencias del enemigo son arrojadas fuera, y mantenidas fuera.

Sí, tan plena puede ser la bendición, que el enemigo puede ser ahuyentado de la puerta. El diablo huye de nosotros, porque no sólo no tiene cabida dentro, sino porque es resistido en el poder de Cristo y por la causa de Cristo. Entonces, hay paz y gozo alrededor, así como en nuestro interior. Que nuestra debilidad nos haga humildes y nos arroje sobre Dios; pero que no nos induzca a la incredulidad y así nos ponga contra Dios.

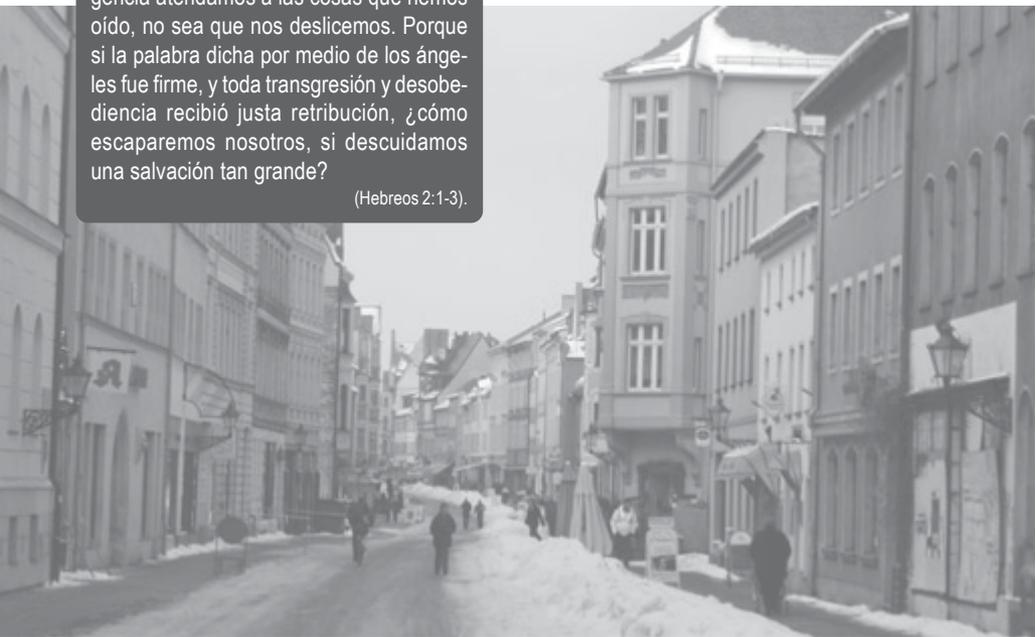
*"Crums for the Lord's little ones"
("Migajas para los pequeñitos del Señor").*

Una salvación tan grande

Mario Contreras

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?

(Hebreos 2:1-3).



El libro de Hebreos es muy especial. Comienza hablando de la grandeza de nuestro Señor Jesucristo, de lo sublime que es él, y de cómo él se humanó, se hizo un

poco menor que los ángeles, para venir a redimirnos. Pero también declara en el primer capítulo que hoy día él está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, exaltado a lo

sumo. ¡Qué precioso Señor tenemos! ¡Qué grande, qué magnífico es él! Es incomparable el Señor Jesucristo, el autor y consumidor de nuestra fe, de nuestra salvación.

El autor de Hebreos, después de presentarnos al Señor, hace una especie de paréntesis, para continuar, más adelante, hablándonos del Señor Jesucristo en su función de Apóstol y Sumo Sacerdote. Luego otro paréntesis, y entrega una exhortación a la iglesia. Hebreos tiene varias exhortaciones. La exhortación, por un lado, es una luz roja, una señal de advertencia, acerca de un peligro. Pero, al mismo tiempo, a la vez de dar esta voz de alerta, la exhortación nos suople con las armas para poder enfrentar el peligro.

«Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2:1-3). He aquí, entonces, la advertencia acerca de esta salvación tan grande.

«Por tanto...», como consecuencia de lo que se ha dicho antes, que el Señor Jesucristo se despojó de su condición divina; siendo el resplandor de la gloria de Dios, siendo la imagen misma de su sustancia, se hizo un poco menor que los ángeles. ¡Cuán tremendo es lo que él hizo por nosotros! ¡Cuán digno de tenerlo siempre en consideración!

Él se humilló, se hizo siervo, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Esto es lo que debemos considerar. *«Por tanto... –se nos exhorta– ...es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído...»*.

¿Qué hemos oído? Hemos oído cosas prodigiosas, tremendas. ¡Bendito sea el Señor! Porque la fe viene por el oír, y nosotros hemos oído, hemos visto, hemos gustado, y hemos conocido al que es verdadero.

«...es necesario que con más diligencia...». Que pongamos más diligencia todavía, más empeño. *«Esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús»* (2ª Tim. 2:1). No es en nosotros mismos. Que nos esforcemos, que tengamos diligencia, que no menospreciemos estas cosas. Es verdad que hemos oído ya. Sin embargo, la palabra dice que todavía *«...es necesario que con más diligencia atendamos...»*.

Santiago 1:25 también dice: *«Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra...»*. Aquí estamos viendo: No sólo oír, sino hacer. *«...éste será bienaventurado en lo que hace»*. Hay bienaventuranza para los creyentes, cuando no sólo son oidores de la palabra, sino hacedores de ella. Es necesario que fijemos cuidadosamente nuestra atención en aquello que hemos oído y dispongamos nuestro corazón para que esto también se haga real en nosotros.

Peligro de deslizarse

Y ahora viene la señal de alarma: «...es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, **no sea que nos deslicemos**». Este es el peligro, la acechanza que tenemos a diario. «*El que piensa estar firme, mire que no caiga*» (1ª Cor. 10:12).

Estemos atentos a la palabra de exhortación del Señor. Hay una posibilidad de que nos deslicemos. Está a las puertas, siempre. Hay una probabilidad de que, sin darnos cuenta, nos vayamos distanciando del Señor. Esto casi ni se nota. No es lo mismo deslizarse que caer. La caída es algo brusco; el deslizarse va lentamente, imperceptiblemente. El corazón se va engrosando, y vamos perdiendo la comunión con el Señor. Por eso, debemos estar atentos.

«*Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?*». Es decir, este deslizarse del creyente puede llegar, sin que él se dé cuenta a transformarse, en una transgresión, porque dice acá: «*Toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución*». Podemos caer en la transgresión, y luego en la desobediencia. Y finalmente, esto es lo más grave, el transgresor recibirá una justa retribución a su pecado. Si toda transgresión recibió justa retribución, en tiempos de la ley, ¿cuánto más nosotros ahora?

Entonces, la advertencia es: «*¿Cómo escaparemos nosotros* –del jus-

to castigo de Dios– *si descuidamos una salvación tan grande?*». ¿Cómo escaparemos? La respuesta es la provisión de Dios en Cristo. Hay una provisión de Dios para esto. ¡Bendito sea su nombre! Todo está provisto en Cristo; no hay nada que no haya sido provisto en el Señor Jesucristo, por el Padre.

Tenemos que atender con más diligencia a las cosas que hemos oído, es decir, permaneciendo en todo aquello que ya se nos ha enseñado a través de la palabra de Dios. El mismo Señor Jesús dice: «*Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando*» (Juan 15:14). Nosotros somos sus amigos *si hacemos* Su voluntad. Hay una condición – hacer la voluntad de Dios.

Pero, lo que hoy quiero compartir, más específicamente, está en Hebreos 2:3, en la expresión: «*Una salvación tan grande*». Muchas veces, los creyentes no entendemos el alcance que tiene esta salvación tan grande.

Nuestra Salvación

Tenemos una salvación muy grande. Esto es indiscutible. Nosotros cantamos y nos alegramos en el Dios de nuestra salvación. ¡Bendito sea el Dios de nuestra salvación! «*Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*» (Rom. 10:8-9). ¡Somos salvos, hermanos! Este es un hecho de Dios, indiscutible. Jesús es el autor de nuestra eterna salvación.

También dice la Escritura: «*Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa*» (Hech. 16:31). Nosotros hemos creído esto. Somos salvos; no podemos negar nuestra salvación. ¡Bendito es Jesús, el Hijo de Dios, nuestro Salvador!

Somos salvos por la gracia de Dios. Nosotros hemos creído, y testificamos que Jesús es nuestro Salvador. Ese es nuestro gozo, esa es nuestra gloria, esa es nuestra bienaventuranza. Sin embargo, ¿entendemos realmente el significado completo de lo que es esta salvación? Yo creo que no. Creo que, a medida que va pasando el tiempo y vamos conociendo más al Señor, esto se nos va ampliando. Tendremos toda la eternidad por delante para ver esto, y todavía no vamos a alcanzar a entenderlo.

Cuando el Señor Jesús entregaba su vida allí en la cruz del Calvario, dijo dos palabras: «*Consumado es*». Es el momento culminante de nuestra historia. Allí se consumó nuestra eterna salvación. La salvación de nuestro espíritu, de nuestra alma, y también de nuestro cuerpo, es una salvación completa. Por eso dice: «*Consumado es*». Él lo hizo, él lo consumó. Nosotros nada podemos agregar a lo que ya el Señor hizo. El es «*el autor y consumidor de nuestra fe*» (Heb. 12:2).

Nuestra salvación es eterna. Hemos alcanzado eterna salvación. Nuestra salvación es completa. No quedó nada al margen; somos completamente salvos. Nuestra salvación

es perfecta. «*(Jesús), habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen*» (Heb. 5:9).

Tenemos esta certeza: Nuestra salvación es un hecho consumado. Pablo dice: «*El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios*» (Rom. 8:16). Porque ya hemos renacido, somos nuevas criaturas, estamos en Cristo. «*Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*» (Rom. 8:1). La Palabra, por todas partes, nos está confirmando esta verdad preciosa.

El Hombre, un Ser Tripartito

¿Por qué hablamos de una salvación completa y perfecta? Porque el hombre es un ser tripartito, constituido de tres partes. Como criaturas de Dios, como creación, somos un ser tripartito. Y estas tres partes son, desde adentro hacia afuera, el espíritu, el alma y el cuerpo.

Esto es importante que lo veamos, hermanos, y que lo confirmemos, que lo pongamos en nuestro corazón como un sello; porque hoy día muchos teólogos hablan de que el ser humano es un ser doble – cuerpo y alma. Y lo espiritual, lo del espíritu, ellos lo incluyen dentro de lo que es del alma. Pero es un error. Dice 1ª Tesalonicenses 5:23: «*...todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo*». Ahí tenemos, hermanos, la confirmación de las Escrituras. Nosotros lo sabemos.

Veamos brevemente cada una de

estas partes, para que entendamos en qué consiste esta salvación triple, esta salvación tan grande.

Nosotros tenemos un espíritu - el espíritu del hombre (*espíritu*, con minúscula). El espíritu del hombre es la morada, la habitación del Espíritu Santo. Podríamos compararlo con el Lugar Santísimo en el tabernáculo, el lugar más recóndito, el lugar más escondido, donde solamente una persona podía entrar una vez al año. El Lugar Santísimo, la morada de Dios. El espíritu es lo mismo; pero ahora nosotros somos un tabernáculo de carne. Y en lo más profundo de nuestro ser, que no está visible para nadie más, sino para Dios, tenemos este espíritu.

Este espíritu nuestro, como morada del Espíritu Santo, es el que nos permite tener comunión con Dios. El Señor Jesús, como hombre perfecto, tiene un espíritu humano, al hacerse igual a nosotros, tiene espíritu, alma y cuerpo.

¿Dónde podemos ver esto? Vayamos conociendo mejor al Señor Jesús, en su humanidad; él se hizo, en todo, semejante a nosotros. Dice Marcos 2:8: «...conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos». Aquí está en función su espíritu. Este pasaje no está aludiendo a que el Espíritu Santo le mostraba lo que los hombres cavilaban en sus corazones.

También dice en Juan 13:21: «...se

conmovió en espíritu». No dice que el Espíritu Santo se conmovió dentro de él, sino que el Señor Jesús, como hombre, se conmovió en su espíritu. Y luego, en Mateo 27:50, dice: «...entregó el espíritu». En todo se hizo semejante a sus hermanos. ¡Qué precioso!

Nuestra alma

Después tenemos, más hacia afuera, más visible, a través de nuestra conducta o de nuestro quehacer, tenemos nuestra alma. Nuestra alma

No es lo mismo deslizarse que caer. La caída es algo brusco; el deslizarse va lentamente, imperceptiblemente.

es nuestro yo, el asiento de nuestra mente, nuestros sentimientos y nuestra voluntad.

La mente se refiere a lo que nosotros pensamos; también tiene que ver con lo que conocemos de las cosas, nuestros conocimientos; nuestro raciocinio, cómo razonamos; nuestra capacidad de juzgar; la conciencia, la inteligencia humana, la memoria.

Luego tenemos los sentimientos. Allí están las emociones, los afectos, los temores, los odios, la falta de perdón - como se compartía en estos días.

Y, luego, también dentro del alma, tenemos nuestra voluntad. Aquí es donde más necesitamos el

trabajo del Espíritu y la obra de la cruz – sobre la voluntad tan tremenda que tenemos. La voluntad es la facultad de decidir y de hacer cosas. Todo el hacer del hombre está movido por su voluntad. Yo decido hacer esto, yo quiero hacer esto, yo hago esto otro.

Y veamos también en algunos versículos, algo acerca del alma de nuestro Señor. Dice: «*Mi alma está muy triste, hasta la muerte*» (Mat. 26:38). Ese es un sentimiento de su alma, una tristeza tremenda, una angustia, una congoja indescriptible. Y él la expresa, para darnos a conocer que él también tiene un alma, muy sensible. Y el versículo más breve de la Biblia, ¿cómo dice?: «*Jesús lloró*» (Juan 11:35). Y nos muestra también, en ese llanto, el alma sensible de nuestro Señor Jesucristo.

Nuestro cuerpo

Por último, tenemos este ‘envoltorio desechable’, nuestro cuerpo, la parte visible de nuestro ser, que nos permite, a través de los sentidos, interactuar con el medio que nos rodea.

El espíritu y el alma son eternos. Eclesiastés 3:11, dice que Dios «...*ha puesto eternidad en el corazón de ellos*». Esto se está refiriendo a nuestro espíritu y a nuestra alma. El cuerpo, en cambio, es temporal; se deteriora, envejece, se enferma, y por último perece. Sin embargo, en la resurrección, tendremos un cuerpo semejante al cuerpo de la gloria suya (Filip. 3:21).

Pareciera que el cuerpo es la parte más vil de nuestro ser; sin embargo, no olvidemos que la Escritura nos dice: «*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?*» (1^a Cor. 6:19). Es importante nuestro cuerpo: en el tiempo presente, pues es el tabernáculo del Espíritu Santo, el templo, la morada del Espíritu Santo.

El Señor mismo, el Verbo de Dios, se manifestó en un cuerpo de carne. Ya vimos antes su espíritu y también su alma. Siendo el Dios eterno, siendo el resplandor de la gloria de Dios, vino y se cobijó en una envoltura de carne, hermanos, tal como nosotros, sujeto a todas las limitaciones nuestras, del tiempo y del espacio, al hambre, al frío, al cansancio, al sueño. Muchas veces vemos al Señor, cansado, como cuando dormía allí en la barca. ¡Qué bendito es el Señor! Cómo compartió nuestra misma naturaleza, nuestras debilidades. Y aun más: Fue tentado en todo, pero sin pecado.

En esto consiste, entonces, la «*salvación tan grande*», de la cual habla Hebreos 2: la salvación de nuestro espíritu, de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Son tres etapas, en tres tiempos distintos – pasado, la salvación de nuestro espíritu; futuro, la salvación de nuestro cuerpo (porque eso todavía no lo vemos, la redención de nuestros cuerpos); y en el presente, hoy día, estamos viviendo el proceso de la salvación de nuestra alma.

La Salvación del espíritu – Regeneración o Nuevo Nacimiento

Nuestro espíritu fue salvado. ¡Gloria al Señor! Dice: *«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios»* (Juan 1:12-13). Engendrados... Regenerados... Nacidos de nuevo. A eso se refiere la regeneración. Nosotros ya hemos sido regenerados; somos nuevas criaturas, somos una nueva creación.

Nicodemo no podía entender esto. *«¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»* (Juan 3:3-6). Nosotros somos nacidos del Espíritu, por eso nuestro espíritu hoy día está vivo.

«De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2ª Cor. 5:17). Esto nos habla de la regeneración, del nuevo nacimiento. Los que hemos recibido al Hijo de Dios en nuestro corazón, los que hemos creído en su nombre, somos hijos de Dios. Hemos nacido a una nueva creación. Somos nacidos del Espíritu. Esta es una nueva condición, una nueva naturaleza. Los hermanos nuevos conozcan, sepan esto,

grábenlo en su corazón. ¡Bendito sea el nombre del Señor! ¡Qué salvación tan grande es esta, hermanos!

La Salvación del Cuerpo – Glorificación

Luego, la salvación del cuerpo. Voy a saltar del espíritu al cuerpo, porque lo otro es la parte más extensa. Veamos: Hay un día futuro en la historia, el cual nosotros anhelamos, contemplamos desde aquí y saludamos: el día de la venida de nuestro Salvador Jesucristo, como Rey de reyes y Señor de señores. ¿Qué sucederá con los creyentes en aquel día?

«Porque sabemos que toda la creación gime a una...». Aquí están los dolores de la creación. Vemos esto como las contracciones de la mujer que está pronta a dar a luz, cuando escuchamos esas noticias de terremotos por todos lados. Nos parece que es esto. *«...y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo»* (Rom. 8:22-23). ¡Gloria al Señor!

La redención de nuestro cuerpo: Seremos transformados. *«Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya...»* (Filipenses 3:20-21). ¡Bendito es el Señor! *«No todos dormiremos;*

pero todos seremos transformados...» (1ª Corintios 15:51).

Ahí hay palabra suficiente para asegurarnos. Esto es seguro, esto está delante de nosotros. ¿Qué podemos hacer para llegar a eso? Esperar, no más; pero, hoy día, permanecer en Cristo. Entonces, esto nos habla de la transformación, de la glorificación de nuestro cuerpo.

La Salvación del Alma – Santificación

Y ahora veamos la parte más importante hoy, que es la salvación del alma. A esto se le llama también santificación. Hoy día estamos siendo santificados.

Volvemos al tiempo presente. Todavía nuestro cuerpo está sujeto a debilidad, a la enfermedad y a la muerte. Sin embargo, a pesar de ello, la palabra de Dios nos habla por medio de Pablo, diciendo: *«Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional»* (Rom. 12:1).

Nos presentamos delante del Señor, voluntariamente. Aunque nuestro cuerpo todavía no va a ser transformado, nosotros nos presentamos íntegramente delante del Señor hoy día, porque él está haciendo un trabajo precioso con nuestra alma; está manifestando la salvación de nuestra alma. Mi alma necesita ser salva cada día.

Nuestro culto racional. Esto es agradable delante de Dios. Romanos

6:19, dice también: *«...que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia»*. Para servir a Cristo. Hemos sido comprados por precio. No nos pertenecemos a nosotros mismos. *«Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna»* (Rom. 6:22).

La santificación se refiere a la salvación de nuestra alma. En la cruz del Calvario, el Señor también proveyó esta salvación perfecta. Toda la provisión de Cristo, la provisión de la cruz está a favor nuestro, para la salvación de nuestra alma, hoy día.

Sin embargo, esta salvación de nuestra alma es un proceso bastante extenso, y dura todo lo que dura la vida de un creyente, todo nuestro caminar. El alma necesita ser purificada, perfeccionada, y este es un largo proceso en el cual vemos el obrar de la cruz en nosotros. Para eso tenemos que presentarnos voluntariamente, para que el Señor pueda obrar en nosotros.

Hay unos versículos que me llaman la atención. Uno dice: *«Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas»* (Luc. 21:19). ¿Cómo? ¿Acaso el Señor no nos salvó completamente? Pero no se refiere a que nosotros seamos ahora responsables de salvar nuestras almas, sino de presentarnos delante de él, para que él vaya obrando. Entonces, la salvación de nues-

tras almas es un proceso que está en desarrollo hoy día.

«...obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas» (1ª Ped. 1:9). Lo reitera el Señor. Y luego dice también: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu...» (1ª Ped. 1:22). Y todavía habla más acerca de nuestra alma: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía» (Apoc. 22:11). En esto queremos permanecer. El que es santo, santifíquese todavía, preséntese delante del Señor todavía, permanezca en el Señor todavía.

Todas estas expresiones nos hablan de una disposición voluntaria del corazón del creyente. El Señor no nos fuerza a hacer las cosas. Él nos da un camino, y nosotros tenemos libertad de elegir lo que conviene, lo que agrada a Dios. Pero muchas veces los creyentes se van por otro camino. Esta disposición no necesariamente está en todos los creyentes. «Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición...» (Fil. 3:18-19).

Hermanos, aquí no está hablando de incrédulos, no está hablando del mundo; está hablando de creyentes que andaban con Pablo y que se apartaron, que fueron enemigos de la cruz de Cristo, amantes más de los deleites de este mundo. Muchos se

volvieron al mundo. Ese es un peligro grande que también está delante del creyente. Por tanto, permanezcamos en el Señor, firmes en la fe. «Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente» (Josué 1:9).

Cristo, nuestra provisión

En Cristo, hay provisión para la salvación de nuestra alma. Esto se refiere a ser perfeccionados para reinar con Cristo en su segunda venida. Este es el galardón puesto delante de nosotros; este es el supremo llamamiento para los vencedores, para los que permanezcan en Cristo hasta el fin. «Al que venciere», le será dado reinar con Cristo. Este es el significado de la salvación de nuestra alma: ser vencedores. Tal es el desafío que hoy día nos plantea el Señor.

Y la advertencia para el que se aparta del Dios vivo, el que abandona la carrera, el que apostata de la fe, el que reniega de la fe es esta: «Y al siervo inútil...». Este es un siervo, es un hijo de Dios. «...echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (Mat. 25:30).

¿Qué son «las tinieblas de afuera»? Esta expresión del Nuevo Testamento siempre está asociada con el Reino. Habla del reino y de las tinieblas de afuera; o sea, fuera del reino, hay unas tinieblas. El Reino, que es el reino de aquel que dice «Yo soy la luz del mundo», es un reino de luz. Y allí reinan con él aquellos de los cuales el Señor dice también: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mat. 5:14). Pode-

mos inferir entonces, que las tinieblas de afuera corresponden a aquello que es opuesto al reino. Es otro lugar. Por tanto, estar en las tinieblas de afuera significa estar ausentes del Señor, estar impedidos de reinar con Cristo durante el milenio.

Si a nosotros nos quitan a Cristo, si lo quitan de nuestra presencia y no lo podemos ver, todo para nosotros se vuelve tinieblas. Pero, estando Cristo, sea cual sea el lugar donde estemos, habrá luz. Si pudiéramos descender al infierno y estar allí, estando el Señor presente, el infierno sería el cielo, porque el Señor está con nosotros, y el Señor es la luz. Así que estas tinieblas de afuera significan estar fuera del reino, sin posibilidad de ver a Cristo.

También dice: *«Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego»* (1ª Cor. 3:15). Aquí habla de una salvación como complicada - *«...como por fuego»*. También se refiere a lo mismo. *«...las tinieblas de afuera»*. ¡Cuán terrible será esto, hermanos! Saber que se tuvo la opción de reinar con Cristo, y haberla desechado, haberse vuelto atrás, haber dejado al Señor, y estar en aquel lugar tenebroso, privado de la presencia del Señor.

Que el Señor nos haga meditar sobre estas cosas, hermanos, para que podamos andar y servir en su casa con temor y temblor. Esta es una advertencia que el Señor nos hace en este día - andar en santidad. Cuán terrible será estar privado de la pre-

sencia del Señor, y sufriendo segundo a segundo esta angustia. ¿Alguno de ustedes ha tenido angustia un día? Yo creo que sí. ¿Alguno ha padecido angustia una semana? Es posible que sí, también. ¿Alguno ha estado angustiado durante un mes? ¿Ha estado alguien angustiado durante un año? Imagínense lo que significa estar angustiado, estar en esas tinieblas, mil años, segundo a segundo. ¡El Señor nos libre, hermanos!

Por eso, la palabra nos exhorta; por eso, dice allí que no descuidemos una salvación tan grande, tan completa, tan perfecta, tan preciosa. Que el Señor nos socorra, hermanos, para que todos nosotros podamos llegar a la meta, podamos ver al Amado y podamos reinar con él.

a) La Santificación de Nuestra Mente

Dice 1ª Corintios 2:7: *«Mas hablamos sabiduría de Dios...»*. *«El principio de la sabiduría es el temor de Jehová»* (Prov. 1:7). En nuestra mente natural, tenemos otro tipo de sabiduría. Hay una sabiduría que necesitamos para desenvolvemos aquí en el mundo. Pero, a veces, tenemos también una sabiduría propia, nuestra, y queremos hacer prevalecer ese conocimiento frente al conocimiento de Dios.

La santificación de nuestra mente se refiere a ir adquiriendo esa sabiduría que proviene de Dios. *«...el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la*

mente de Cristo» (1ª Cor. 2:15-16). «Mas nosotros tenemos la mente de Cristo». Esto es lo que queremos que se vea; esto es lo que el Señor quiere que se exprese a través de nosotros. La mente de Cristo. Lo mío no sirve. Así va siendo santificada esa parte de la mente que tiene que ver con el conocimiento.

b) Nuestros Sentimientos

También nuestra alma va siendo salvada en relación a los sentimientos.

Veamos Filipenses 2:1-2, 5. Aquí habla de los sentimientos del alma, pero sujetos a Cristo, diferentes, no nuestro hombre natural. «Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil 2:1-2, 5).

Estos son los sentimientos que nos conviene cultivar en este día. «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil. 4:13). No es en nosotros mismos. No es que, hoy día, vamos a decir: 'Voy a poner todo mi empeño en asumir todas estas cosas'. ¡Imposible! Es imposible para nosotros, pero es posible para Dios. Aquí habla de muchos sentimientos, muchas cosas preciosas, que no son propias de nuestra naturaleza carnal, sino que vienen del Señor: «...consolación... consuelo de amor... comunión del

Espíritu... afecto entrañable... misericordia...». Son esas obras del Señor Jesucristo, obras que hacía el Padre en él, y que hoy día quiere hacer Cristo en nosotros.

«...gozo... sintiendo una misma cosa...». Sentimientos. Estos son sentimientos del alma, pero, en Cristo, perfectos, preciosos. «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil 2:1-2, 5). El Señor quiere que también nosotros asumamos esto. Que él haga esto en nosotros, este obrar de Cristo en nuestro corazón.

Para que esto sea real, necesitamos –como bien se nos compartía en estos días – vaciarnos de nosotros mismos. «Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante» (Heb. 12:1). En estos días, se nos invitaba a esto, y el Señor ha traído salud a su pueblo. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Él nos invitaba a olvidar lo que queda atrás, a extendernos adelante; nos invitaba a perdonar, a ser sanados de toda herida del pasado –y lo está haciendo el Señor–, toda raíz de amargura que entorpece nuestro caminar y que nos impide servir con eficacia en la casa de Dios.

c) Nuestra Voluntad

Decíamos que nuestra voluntad es el querer hacer cosas, planear y ejecutar cosas. Nosotros somos buenos para eso; estamos siempre llenos de proyectos y cosas que hacer.

Pero qué precioso es lo que nos

dice aquí el Señor. Nuestra voluntad tiene una mejor aplicación en otro sentido, en la fe: «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras...». He aquí el camino para la iglesia: Nosotros somos hechura de Dios, «creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Efesios 2:10).

No es que ahora vamos a ponernos de acuerdo en qué obras vamos a hacer. Antes de la fundación del mundo, Dios preparó unas obras. Y el Señor es muy minucioso en cada detalle; ustedes pueden verlo allí cuando se dieron las instrucciones para el tabernáculo. A ti, hermano, hermana, te esperan unas obras que están diseñadas para ti, exclusivamente, por Dios, y para eso te llamó, antes de la fundación del mundo, para que en este día tú camines en esas obras. ¡Gloria al Señor!

Entonces, tenemos que preguntarle al Señor, tenemos que presentarnos delante de él, para que él vaya poniendo en tu corazón

cuáles son esas obras que Dios espera de ti, y que Cristo hará a través de ti. Y no vas a tener motivo de jactancia, porque será Cristo, actuando a través de sus siervos y siervas. No son nuestras obras; son las obras de Dios, que él quiere hacer hoy día por intermedio de nosotros. Y este es el tiempo para que estas obras sean manifestadas.

«Por tanto –volvemos al principio –, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído...». En estas obras es necesario que andemos hoy. No nuestra voluntad, sino la de nuestro Padre. «No yo, sino Cristo». En esto consiste, hermanos, la salvación de nuestra alma. Esto tiene que ver con nuestra voluntad, con nuestro hacer. Nuestro Señor Jesús dice: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mat. 7:21). «La voluntad de mi Padre», son estas obras que él preparó para que yo ande en ellas. 'Padre, yo quiero andar en esas obras; Padre, yo quiero hacer tu voluntad'. El Señor nos ayude, hermanos.

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos...».

Necesitamos aceptar la cruz de Cristo; tomar su cruz cada día y seguirle. Entonces volverá el espíritu a prevalecer sobre el alma.

Hay una advertencia también en esta palabra. Nuestra alma es egoísta, nuestra alma es rebelde; sólo busca lo suyo propio. El drama de Adán después de la caída es que el alma tomó el control. El Señor nos libre de ser gobernados por el alma, de que seamos creyentes alámáticos; porque el creyente que se deja guiar por su alma en todo, es un creyente carnal.

Sólo la operación de la cruz puede volver las cosas a su cauce normal.

La cruz

Necesitamos aceptar la cruz de Cristo; tomar su cruz cada día y seguirle. Entonces volverá el espíritu a prevalecer sobre el alma. *«Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe»* (Juan 3:30). Esto es válido para nosotros también, hoy día. Si Cristo crece en ti, tu espíritu es vivificado, y el alma es llevada al lugar que le corresponde, en sujeción al espíritu. Esto hace la diferencia entre un cristiano carnal y un hombre espiritual. ¿Quién gobierna nuestra vida: nuestra alma o nuestro espíritu? Podemos preguntarnos eso.

«Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Romanos 8:12-14).

Entonces, he aquí, hermanos, cómo nos alumbró la Palabra del Señor, cómo nos exhorta y también cómo nos alienta, cómo nos da la salida, cómo nos muestra el camino para llevar una vida victoriosa, para alegrar el corazón del Señor, y para no descuidar ésta, *«una salvación tan grande»*. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Síntesis de un mensaje oral compartido en Temuco en julio de 2010.

Un Cristo pleno es para un pecador vacío, y un pecador vacío para un Cristo pleno. Ellos se ajustan moralmente el uno al otro; y cuanto más experimento la vaciedad, más disfrutaré la llenura. Cuando estoy más lleno de confianza en MI moralidad, MI bondad, MI amabilidad, MI religiosidad, MI justicia, no tengo ningún espacio para Cristo.

Todas estas cosas deben ser arrojadas por la borda, antes de asirnos a un Cristo pleno. No puedo ser en parte yo mismo y en parte Cristo. Es lo uno o lo otro. Una de las razones por la cual muchos son zarandeados arriba y abajo en incierta oscuridad, es porque todavía se apegan a algún pequeño pedazo de sí mismos. Puede ser un trozo muy pequeño. Tal vez, no estén encostrados en algunas obras de justicia que hayan hecho, pero aún hayan retenido algo de confianza en sí mismos. Puede ser el más pequeño átomo posible de la criatura – su estado, sus sentimientos, su modo de apropiarse, sus experiencias, u otro rasgo que permanece de la criatura y está fuera de Cristo. En resumen, debe ser así, porque si se recibió un Cristo pleno, se podría disfrutar de una paz completa; y si no se goza de una paz completa, es sólo porque no se ha recibido un Cristo pleno.

C. H. Mackintosh

La Victoria del Cordero

Apocalipsis es el último libro de la Biblia. Con él se cierra toda la revelación de Dios. Todo lo que comienza en el Génesis y que luego tiene su desarrollo en el resto de la Biblia, alcanza su cumplimiento y culminación en el Apoca-

lipsis. Sin este libro, la Biblia sería una obra inconclusa. La síntesis de su mensaje es el siguiente: Dios, finalmente, después de transcurrido los muchos siglos de la historia humana, prevalecerá a través de la victoria de nuestro Señor Jesucristo, y su propósito eterno se cumplirá.

Una victoria singular

Rubén Chacón

Lectura: Apocalipsis 5:1-10.



La escena de Apocalipsis 5:1-10, tan estremecedora y tan conmovedora, corresponde precisamente al momento en que, en el cielo, se proclama la victoria de nuestro Señor Jesucristo, después de haber pasado éste por la cruz y la resurrección.

Lo sorprendente, sin embargo, es que cuando uno de los 24 ancianos le dice a Juan: «*No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos*», éste mira y ve en pie un Cordero como inmolado, es decir, un cordero que ha sido sacrificado, pero que no obstante, está vivo y de pie en medio del trono. No ve un león, ni un rey; ve un cordero.

Llama la atención el hecho que cuando en el cielo se anuncia, no la muerte de Cristo, sino su victoria, éste sea visto como un cordero, toda vez que acababa de ser presentado como león y rey. Nada más contradictorio y paradójal que escoger la figura de un cordero para representar la victoria de alguien. Muchos otros animales servirían al efecto, pero nunca un cordero inofensivo. Así, por ejemplo, cuando a Daniel se le muestran los cuatro imperios mundiales de la historia, los animales que él ve en la visión son el león, representando a Babilonia (608-538 a.C.); el oso, representando a Media-Persia (538-331 a.C.); el leopardo, representando al imperio griego (331-168 a.C.) y una bestia espantosa y terrible, representando a Roma (168 a.C.-476 d.C.).

Esto tiene lógica, por cuanto es-

tamos hablando de imperios mundiales, que conquistaron naciones y gobernaron al mundo de su época por siglos. Los íconos usados aquí son figuras adecuadas para significar grandes victorias. Pero no ocurre lo mismo con la figura de un cordero. Hablar, por tanto, de la victoria del Cordero parece un contrasentido; algo ilógico.

Seguramente Juan -y también nosotros-, después de la presentación que hiciera el anciano, esperaba ver a un rey imponente y majestuoso o, si un animal, uno que representase autoridad, poder, dignidad, majestad y carácter. Pero no un cordero, que expresa precisamente lo contrario: Debilidad, fragilidad, inocencia, sumisión.

Pero el Espíritu Santo que inspiró las Escrituras no se equivocó. Él quiere indicarnos que Jesucristo venció precisamente en su calidad de cordero. No venció como el León de la tribu de Judá, ni como la raíz de David, sino como el Cordero de Dios. Lo anterior queda confirmado en el resto de Apocalipsis, que es el libro que revela la victoria final y definitiva, cuando llama 28 veces «Cordero», a nuestro Señor Jesucristo.

Pero Jesucristo es un león, el león de la tribu de Judá, y él es la raíz de David, es decir, que él es un rey. Sin embargo, su victoria fue alcanzada en su condición de cordero y no de león. Esto significa que él venció, no por su poder en términos humanos, ni por sus milagros, ni por su autoridad sobre los demonios, sino por su

sumisión y obediencia al Padre. Así alcanzó la victoria el Cordero. El secreto de su triunfo no fue el poder, sino la sujeción; no fue la autoridad que tenía, sino su obediencia. Entendido así, la figura del cordero no sólo es adecuada, sino perfecta.

Por lo tanto, no hay duda que aquí estamos hablando de una victoria singular, única. La figura del cordero indica que estamos en presencia de una revolución absolutamente distinta a todas las otras que conocemos, una revolución que nada tiene que ver con los patrones y parámetros del mundo. Su metodología no es la violencia, ni la venganza, como lo fue, por ejemplo, la revolución del Che Guevara. Su motivación no es la fuerza, el poder ni el dinero. Tampoco lo es el «amor libre» de la revolución de John Lennon, ni siquiera el principio tan destacado y aplaudido de «la no violencia activa» de la revolución de Gandhi. No, aquí estamos hablando de una revolución y de una victoria a la manera de Dios, con patrones y parámetros divinos. Estos parámetros espirituales son tan diametralmente opuestos a los del mundo, que éste no sólo no los reconoce ni los aprecia, sino que definitivamente los considera debilidad, ignorancia, necesidad y tontera.

Así, por ejemplo, lo pensaba el famoso filósofo alemán *Friedrich Nietzsche* (1844-1900). Él consideraba que el cristianismo no era otra cosa que la defensa de los valores de los débiles, cuyos principios levan-

tan como valores supremos, como una forma de sobrevivir en el mundo de los fuertes. No entienden, pensaba Nietzsche, que las ovejas son para los leones, y que ese es su destino. Europa, formada por hombres que son herederos de la cultura cristiana occidental, «son los que hasta hoy día han regido, con su principio (religioso) de la *igualdad ante Dios*, la suerte de Europa hasta el punto que ha sido seleccionada una raza disminuida, casi ridícula, un animal gregario, un ser dócil, enfermizo, mediocre, la Europa de nuestros días».¹

Lo anterior ya lo advertía Pablo en sus días, cuando dijo: «*Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados... Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios*» (1ª Cor. 1: 23-24). ¿Por qué el mensaje de «*Cristo crucificado*» era tropezadero para los judíos? Porque ellos buscaban demostraciones de poder (señales), en circunstancia que el evangelio anunciaba que la señal por excelencia de que Jesús era el Cristo, era precisamente su muerte en la cruz. Pero un «*crucificado*» no es una señal de poder, ni para los judíos ni para nadie; por lo menos no en los términos que el mundo concibe el poder.

Así que hermanos, nuestro desafío no sólo consiste en abrazar la victoria de Jesucristo, que no es otra que la victoria del Cordero, sino además

¹ «Más allá del bien y del mal», citado según versión personal de la edición Grossoktavausgabe, VII, III, 62.

estar dispuestos a sufrir el menosprecio del mundo, porque como dijera Pablo: *«El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura...»* (1ª Cor. 2: 14). Nosotros estamos llamados a sumarnos a la revolución del Cordero, que nada tiene que ver con la fuerza ni con la espada, sino, por el contrario, con negarse a sí mismo; pero, por sobre todo, con estar dispuestos a obedecer a Dios antes que a los hombres, aun a costa de nuestra vida.

La revolución del Cordero no consiste en recibir, sino en dar; no consiste en vengarse, sino en perdonar; no consiste en odiar, sino en amar; ni en «ganar», sino en «perder». La revolución del Cordero no consiste en buscar nuestros intereses, sino el de los demás; no consiste en pensar en nosotros, sino en los otros.

La buena nueva, no obstante la apreciación peyorativa del mundo, es que la revolución del Cordero ya triunfó definitivamente y para siempre. En cambio, los animales que vio Daniel en la visión, representando a los cuatro imperios mundiales, a pesar de su fuerza, ferocidad y del terror que infundían, todos pasaron. Frente a estos signos de poder mundano, siempre representados por animales feroces y aves depredadoras, ¿qué posibilidad de victoria tenía un cordero? Nunca he visto en la naturaleza que un cordero se coma a un león, siempre ocurre al revés. Sin embargo, el hecho asombroso es que el Cordero venció. A los otros se

los llevó el viento y son historia. Pero del Cordero se dice que su reino no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo.

En el mundo, un reino siempre es sucedido por otro, porque siempre aparecerá uno más fuerte que el anterior. Sus victorias, aunque reales, serán, pues, siempre temporales, pasajeras. Pero la revolución del Cordero está ya validada y acreditada, no por los hombres, sino por quien verdaderamente importa – por Dios. Y la victoria de la revolución del Cordero ya ha sido celebrada, no en la tierra ni ante los hombres, sino en el cielo y ante los ángeles:

«Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolido es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos» (Apoc. 5:11-14).

Cómo Venció el Cordero

«Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó

*el ser igual a Dios como cosa a que afe-
rrarse, sino que se despojó a sí mismo,
tomando forma de siervo, hecho seme-
jante a los hombres; y estando en la con-
dición de hombre, se humilló a sí mis-
mo, haciéndose obediente hasta la muer-
te, y muerte de cruz. Por lo cual Dios
también le exaltó hasta lo sumo, y le dio
un nombre que es sobre todo nombre...»
(Filip. 2: 5-9).*

El Cordero venció por medio de la obediencia, haciéndose obediente a su Padre celestial hasta la muerte. Esa es la manera divina de vencer. Este es el verdadero poder. Hacerse a sí mismo, voluntariamente, obediente incondicional del Padre celestial. Satanás que intentó una y otra vez de hacer desobedecer al Señor, nunca pudo lograrlo. Si Satanás tan sólo hubiese podido lograr que Jesús desobedeciese una sola vez al Padre, lo habría vencido. Pero nunca pudo. Es cierto que pudo matarlo, pero como no pudo hacer que desobedeciera, Satanás cavó su propia tumba con ello.

Así se vence en el reino de Dios: no siendo leones, sino siendo ovejas seguidoras del Cordero.

Cuando Jesús estaba reunido con sus discípulos en aquella última noche antes de enfrentar la cruz, les dijo: «*A donde yo voy, vosotros no podéis ir*» (Juan 13: 33). ¿Por qué estas palabras? ¿Por qué sus discípulos no podían seguirlo? Siempre se nos ha dicho que la razón es porque sólo

Cristo podía ser una ofrenda perfecta y, por tanto, aceptable ante Dios. En cambio, nosotros, aunque hubiésemos ido a la cruz, por la realidad del pecado, nuestro sacrificio no tendría valor salvífico ni siquiera para nosotros mismos.

Sin embargo, hay todavía otra razón por la cual los discípulos no podían seguir al Señor a la cruz: Después de aquella cena, él saldría a pelear la batalla de Dios, a resolver el conflicto de los siglos, la batalla de todas las batallas. Sin embargo, él pelearía a la manera de Dios, con armas espirituales, y no como creyó Pedro en un momento, que era con espada. Así lo dejó en claro el mismo Señor Jesucristo, cuando en medio del fragor mismo de la lucha, enfrentado a Pilato, le dijo: «*Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos...*» (Juan 18: 36).

La manera como el Señor pelearía la batalla divina más importante del universo, ya la había anunciado el profeta Isaías: «*Como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca*» (Hech. 8: 32). ¿Te das cuenta hermano? La manera de vencer de él no sería defendiéndose ni rebelándose; no triunfaría con argumentos, ni con quejas, sino sometién-dose voluntariamente a la muerte, confiado solamente en el amor de su Padre celestial. Pero dejarse matar

sin defenderse, sin tratar de evitar la muerte, sino asumiendo incondicionalmente la voluntad de Dios, es harina de otro costal, ¿no es cierto?

Pedro dice en su primera epístola (1: 18-19) que fuimos rescatados con la sangre preciosa de Cristo, como la de un cordero sin mancha y sin contaminación, y en el 2:22-23 Pedro agrega: *«el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente»*. Sufrir una muerte injusta y aun así no defenderse ni quejarse, no sólo parece una travesía titánica, sino definitivamente imposible para nosotros.

Ahora se entiende, pues, por qué ninguno de sus discípulos –ni nosotros– podía seguirlo a la victoria. Nosotros, si nos atacan, inmediatamente reaccionamos, nos defendemos. Peor aún, cuando nos hacen injusticia, no sólo reaccionamos, sino que buscamos la manera de vengarnos o al menos de ser reivindicados. Pero la forma y el camino como Cristo triunfó, fue como «cordero mudo». Pedro estaba dispuesto a morir con él, si era peleando; si la revolución se llevaba a cabo de acuerdo a los parámetros del mundo. Pero cuando se dio cuenta que Jesucristo no se iba a defender, no sólo huyó, sino que se escandalizó de él. Isaías agrega que: *«En su humillación no se le hizo justicia... Porque fue quitada de la tierra su vida»* (Hechos 8: 33). Así venció el Cordero de Dios.

El Camino del Cordero es También Nuestro Camino

¿Pero fue el camino del Cordero un camino sólo para él? ¿Un camino que él transitó por nosotros y que, por tanto, nos eximió de él? ¿Será que el camino de dejarse avasallar, si la voluntad de Dios así lo quiere, fue exclusivamente para el Cordero, y que para nosotros, en cambio, el camino es defendernos y pelear? ¿Será cierto decir que lo que el Cordero vivió, lo hizo para que nosotros nunca jamás viviésemos que vivirlo?

El apóstol Pedro, en su primera epístola (2:18-21) enseñaba: *«Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas»*.

Según Pedro, Cristo padeció por nosotros, *dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas*. ¿Te das cuenta? Su camino es también el camino de sus ovejas. Toda la carta trata del tema de nuestra participación en los padecimientos de Cristo. Dicha participación es tanto en la forma como en el contenido.

Lo que propone Pedro es participar de los padecimientos de Cristo

con gozo, para que también en la revelación de su gloria nos gocemos con gran alegría. Así que, dice Pedro, *«ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello... De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien»* (1ª Pedro 4:13, 15, 17, 19). También agrega que aun cuando debemos estar siempre preparados para presentar defensa (gr. *apología*) ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros, lo debemos hacer con mansedumbre y reverencia (3: 15).

Con respecto a los gobernantes, Pablo, por su parte, manda que los creyentes *«se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra. Que a nadie difamen, que no sean pendencieros, sino amables, mostrando toda mansedumbre para con todos los hombres»* (Tito 3: 1-2). El camino de los creyentes es el mismo camino del Cordero.

No obstante, hay una buena noticia. Jesús dijo a Pedro: *«A donde voy, no me puedes seguir ahora; mas me seguirás después»* (Juan 13: 36). ¿A qué se refería Jesús? ¿Cuándo era ese *«después»*? Cuando Pedro fuera lleno del Espíritu Santo. Jamás en la carne podremos seguir al Cordero. La naturaleza humana nunca podrá actuar así. Nosotros no somos ovejas, somos lobos. Sólo llenos del poder del Espíritu podremos manifes-

tar al Cordero de Dios, en nosotros y por medio de nosotros.

Pero este poder no es primera-mente para hacer milagros o señales como generalmente se ha creído, sino para obedecer incondicionalmente a nuestro bendito Señor Jesucristo. Así se vence en el reino de Dios. No se vence siendo leones, sino siendo ovejas, siendo ovejas seguidoras del Cordero. Para revolucionar en el mundo debemos ir con el espíritu del Cordero. Allá, sin embargo, nos esperan lobos. *«He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos»* (Mat. 10: 16).

¿Qué posibilidad tenemos de sobrevivir si no vamos como leones, como osos o como búfalos? Bueno, de la misma manera como Él lo hizo. Pablo, escribiendo a los romanos (8:37) declara que *«somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó»*. No obstante, el antecedente inmediato de esta declaración es que, en el mundo, por causa del Señor *«somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero»*. Esto significa que si bien somos más que vencedores, esta promesa se cumple sólo si mantenemos nuestra posición de ovejas. Es decir, si nos mantenemos en absoluta obediencia al Cordero. Sólo la obediencia nos mantendrá victoriosos y ningún lobo nos podrá dañar. Aunque resulte paradójal, la única forma de vencer a los lobos es siendo ovejas del Señor y no leones. De lo contrario, apenas nos salgamos del terreno del Cordero, Satanás puede tomar control de nosotros.

El Por Qué de Nuestro Fracaso

Ir al mundo «con ejército o con fuerza» es ir como leones. Ir al mundo «con el Espíritu» es ir como ovejas (Zac. 4:6). Nuestras armas para revolucionar no son, pues, las huelgas, las protestas, la quema de neumáticos, las piedras, sino el perdón, el amor, la paciencia, la misericordia, la solidaridad. No es reclamando nuestros derechos ni defendiendo los derechos humanos que llevaremos a cabo la revolución del Cordero, sino guardando los derechos divinos.

A quien no puede juzgar espiritualmente las cosas le resultará, en cambio, de lo más normal, por ejemplo, la reacción de Marx, cuando en su tesis 11 sobre Feuerbach, en que critica su idealismo, dice: «Hasta ahora los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo; lo que ahora hay que hacer es transformarlo». O la reacción del Che Guevara que toma las armas en contra de la injusticia. Sin embargo, ello es hacer la revolución en términos mundanos que no garantizan en lo absoluto, ni la victoria ni la reivindicación de la injusticia.

Hermanos, el cristianismo en general sigue fracasando hasta el día de hoy, porque muchas veces pretendemos llevar a cabo la revolución del Cordero con métodos del mundo, con armas, pero no espirituales. Nos quejamos, criticamos, desobedecemos, peleamos, discutimos, argumentamos, nos defendemos, nos vengamos, nos dividimos, no perdonamos. Olvidamos que el Cordero

no abrió su boca; era un cordero mudo. En nuestra forma de batallar, en cambio, hay mezcla. La revolución del Cordero exige, pues, que seamos radicales o, de otra manera, seguiremos fracasando en nuestro cometido.

Si nuestra forma de revolucionar no es llevada a cabo absoluta y radicalmente a la manera del Cordero, jamás tendrá garantía de victoria. Apocalipsis 14:1-5 dice de los vencedores que «*éstos son los que siguen al Cordero por dondequiera que va*». Los vencedores no siguen al Cordero sólo una parte del camino; no seleccionan en qué tramos seguirlo. No, los vencedores siguen al Cordero por dondequiera que va. Sólo de esa manera podremos revolucionar con la revolución del Cordero. No hay otra alternativa ni hay otra manera de hacerlo.

La Relatividad de Esta Victoria

Es cierto que esto nos coloca en una posición de máxima fragilidad y vulnerabilidad frente al mundo. Da pie para que seamos abusados y explotados sin tener otro recurso de amparo que «encomendar la causa al que juzga justamente». De hecho no son pocos los que en el pasado, aprovechándose de esta «debilidad», han usado, manipulado y abusado de los creyentes.

Claro ejemplo de esto es lo dicho por Napoleón en una parte del texto del Consejo de Estado del 4 de marzo de 1806: «¿Qué hace que el pobre halle tan normal que humeen diez

chimeneas en mi palacio, mientras él se muere de frío? ¿Que yo tenga diez vestidos en mi guardarropa, mientras él anda desnudo? ¿Que tenga en cada comida sobre mi mesa lo que alimentaría a su familia durante una semana? Es la religión quien le dice que en otra vida yo seré su igual y que incluso tiene probabilidad de ser allá más feliz que yo». Aunque produzcan indignación las palabras de Napoleón, no hay duda que algo de razón tiene.

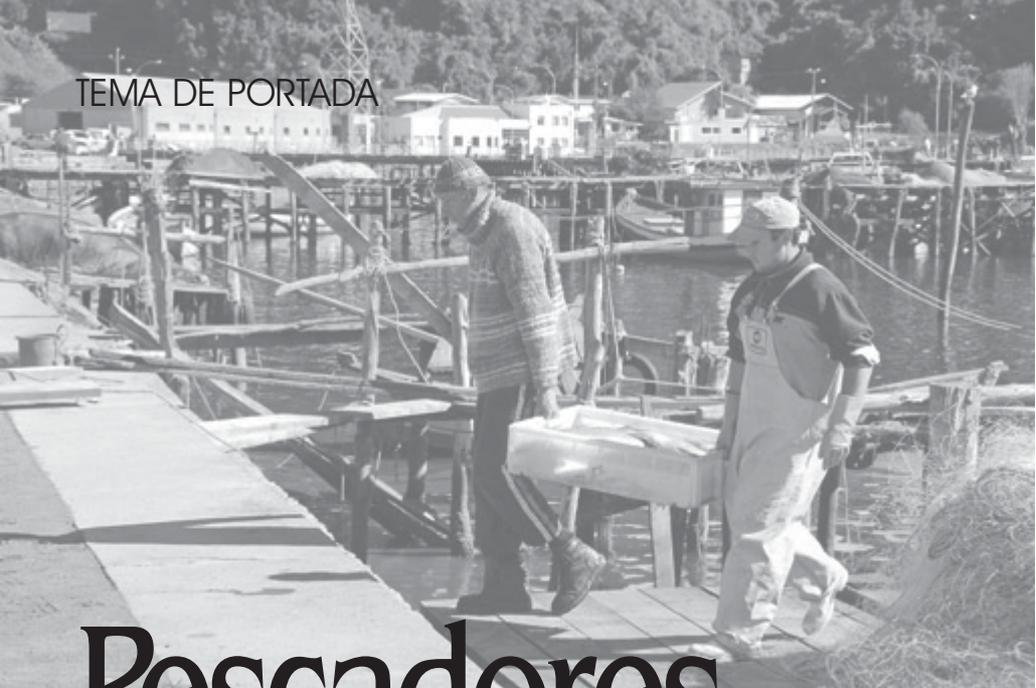
Por lo tanto, a fin de no crearnos falsas expectativas, cabe señalar que cuando hablamos de victoria o de que si nos mantenemos en la posición de ovejas ningún lobo nos podrá dañar, estamos hablando espiritualmente. Nos referimos a una victoria real y verdadera, pero espiritual. En el plano físico o natural los lobos pueden perfectamente llegar a masacrar a las ovejas, como ha quedado demostrado muchas veces en la historia. En el pasado los cristianos han sido devorados literalmente por los leones. Jesucristo mismo venció por medio de la muerte, no siendo excluido o eximido de ella.

Por esta razón el mismo Señor dijo: *«No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar»* (Mat. 10:28). La victoria del Cordero no nos exime, pues, de las posibilidades de cárceles, persecuciones, torturas y muerte. Y si así fuese, Pablo enseña: *«No paguéis a nadie mal por mal... No os venguéis vosotros mismos, amados*

míos, sino dejad lugar a la ira de Dios» (Rom. 12:17, 19). Esta es nuestra gran fragilidad; pero en esta debilidad está nuestra fuerza, poder y victoria: Vencer con el bien el mal. Si cedemos a la tentación de luchar con las armas de los leones, ya habremos sido vencidos por el mal. Mientras nos mantengamos en el espíritu del Cordero a pesar de nuestra vulnerabilidad, todavía seremos más que vencedores. Por lo cual, dijo Pablo, *«estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro»* (Rom. 8:38-39).

Esta es la relatividad de nuestra victoria absoluta. A pesar de ella, Pedro nos invita a gozarnos, porque esta participación en los padecimientos de Cristo, nos permitirá también participar en la revelación de su gloria. Ese será el día de nuestra completa reivindicación. Nuestra victoria es absoluta, pero espiritual; espiritualmente absoluta. Aun así, no es completa. Todavía espera por el regreso del Señor para su total cumplimiento. Entonces se dirá: *«Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos»* (Ap. 7:16-17).

* * *



Pescadores de hombres (2)

Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron.

(Mateo 4:17-20).

Rodrigo Abarca

Lecciones para Pescar Hombres

Un pescador no es algo que se improvisa; no cualquiera es un pescador. Hay que saber pescar. Y el Señor Jesús dijo: «Venid en pos de mí, y **yo** os haré pescadores de hombres». No cualquiera puede pes-

car hombres. De hecho, ninguno de nosotros puede pescar hombres, a menos que el Señor lo haga un pescador de hombres. El amor de Dios es para todos los hombres; él quiere que todos los hombres y mujeres de este mundo sean salvos. «*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres*». Pero observe que aquí el énfasis está en que es *él* mismo quien nos hace pescadores de hombres.

Vamos a ir a un pasaje que nos aclara un poco más esto, en Lucas capítulo 5. Es el mismo relato de Mateo, pero Lucas nos cuenta un poco más en detalle lo que ocurrió. «*Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes*».

Era la hora de la mañana, cuando el Señor llegó allí y comenzó a enseñar. Él ya sabía que allí vivían Pedro, Juan y Santiago, y hasta allí llegó él a enseñar. El Señor, por supuesto, no hace nada improvisado. Él viene aquí a propósito, con una misión específica. Entonces, llega junto a la orilla, y están las dos barcas allí. Y esos pescadores –Juan, Santiago y los demás–, «...*habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes*».

«*Y entrando en una de aquellas barcas...*». Esto es muy interesante, porque la barca es el patrimonio del pescador; un pescador sin barca no es nada. La barca es su capital de trabajo, es su vida. Es decir, usted no puede subir a la barca de un pesca-

dor así no más; porque es algo muy íntimo y privado. Por eso, el Señor se acercó a la barca de Pedro, y le rogó.

Fíjese cómo comienza la relación. En un comienzo, los discípulos iban, estaban un tiempo con el Señor y después regresaban a su oficio. Eso nos habla de una relación real, personal, pero no todavía de total y completa consagración. Entonces, observe que el Señor, cuando se acerca a Pedro, «*le rogó*». Usted va a ver que, después, él no les ruega a sus discípulos; él manda, porque es el Señor. Pero aquí él ruega, porque aún Pedro no le reconoce como su Señor.

Pedro todavía no reconoce en él al Señor de su vida. Y entonces el Señor le ruega, porque así trata él con nosotros. El Señor nunca obtiene nada por la fuerza; él quiere que nosotros, voluntariamente, nos rindamos a él. Nunca nos impone su autoridad, ni su poder; así de delicado es el Señor. Pero él busca esa rendición, esa consagración total.

Entonces, llega a la barca, y ahí está Pedro pescando. Este es el mundo de Pedro; no es el mundo del Señor. Aquí, quien manda, quien sabe, quien tiene todo, es Pedro. Y la barca es de Pedro. Pero el Señor le dice: «*Pedro, ¿me prestas tu barca?*». Y le ruega. Y el Señor entra en la barca, y le ruega que la aparte de tierra un poco, para predicar a la multitud. Hay una lección primera aquí. Él le va a enseñar a Pedro qué significa ser un pescador de hombres. Entonces le dice que aparte un poquito la bar-

ca, «...y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud».

1. El Señor Debe Estar en tu Barca

Primero: ¿Ha entrado el Señor en tu barca? Antes de pescar hombres, por supuesto, tienes que dejar que el Pescador de hombres entre a tu barca. Tú no puedes pescar un solo pez, a menos que él esté en tu barca. Ese es el primer secreto. Si tienes tu barca solitaria, si tú mandas en ella, si no dejas que él entre en tu barca, nunca pescarás un solo pez.

¿Has dejado que el Señor entre en tu barca? Todos nosotros hemos dejado que el Señor entre en la barca; si no, no seríamos hijos de Dios. De manera que la primera lección es que el Señor tiene que estar en la barca. Claramente, si no somos testigos de primera mano, no podemos hablar del Señor. Los que predicán a Cristo tienen que hablar de lo que han visto, lo que han oído, lo que han tocado con sus propias manos. No podremos ser testigos de Cristo para un mundo perdido, a menos que nosotros hayamos sido salvados por el Señor. Primera lección entonces – el Señor tiene que estar en la barca.

2. El Señor Debe Gobernar tu Barca

Segundo: «Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: *Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*» (Luc. 5:4). ¿Recuerda lo primero que hizo el Señor? Rogó. Pero ahora que está dentro de la barca –fíjese cómo cambia el cuadro–, ¿qué hace el Señor? Mandó. Porque cuando usted deja

que el Señor entre en su vida, él entra de la única manera posible – entra como Señor.

Porque él es el Señor, y ahora que está en la barca le dice a Simón: «*Boga mar adentro...*». ¿Y qué más? «...y echad vuestras redes para pescar». Acá hay una segunda lección para Pedro. Ahora el Señor está dando un paso más, y le dice: «Pedro, no sólo tienes que prestarme tu barca; tienes que dármele. No sólo tienes que dejar que yo entre en la barca; ahora tienes que darme el control, tienes que darme el timón de tu barca».

3. Sólo el Señor Sabe Pescar Hombres

Ahora, vea el cuadro que hay aquí y el contexto de la escena. Cómo responde Pedro: «*Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado*». Aquí hay otra lección. Pedro era un pescador de oficio experto. Ya no era un hombre que estaba siendo formado por nadie; era un hombre preparado, un veterano de la pesca. ¿Qué podía el carpintero de Nazaret enseñarle a él sobre pesca?

Si usted quiere ser un pescador de hombres, y colaborar con el Señor en la tarea de pescar hombres, tiene que aprender esta lección fundamental: que nosotros no sabemos pescar hombres. Usted puede ser el mejor pescador de este mundo, capaz, hábil, buen comunicador, inteligente, conocer la Biblia; pero, si no está junto al gran Pescador, no va a pescar nada jamás.

Lección fundamental para Pedro.

Él sabía pescar. Debe haber pensado para sí: 'El Señor no sabe lo que está diciendo; es un carpintero, pero no sabe nada de pesca. Yo sé de pesca'. Y dice: «*Maestro, toda la noche hemos estado trabajando...*». Ese es un argumento muy fuerte; porque un pescador sabe que los peces salen de noche, no de día. Dice Pedro: «...*toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado*».

¿Le ha pasado a usted que ha querido predicar de Cristo, ser testigo de Cristo con uno o con otro, y no ha conseguido nada? Muchas veces dejamos de predicar el evangelio, porque no conseguimos nada. Usted se esfuerza, le habla a uno y a otro, le testimonia a su vecino, a su compañero de trabajo, a su padre, a su madre, a su hermano, a su pariente, y no consigue nada. Porque hay una lección fundamental, que Pedro tuvo que aprender aquí. El Señor deja que pesquemos toda la noche y que fracasemos. El trato de Dios con nosotros consiste muchas veces en simplemente dejarnos fracasar; nos lleva a un punto en que nos damos cuenta que hemos fracasado.

Cuando usted estudia la vida de muchos de los grandes siervos del Señor en la historia, encuentra esta constante. La mayoría de ellos – si no todos – pasaron por un tiempo de esterilidad, porque tenían que aprender esta lección. Es con Cristo

que se hace la obra de Dios. Usted no puede hacer la obra de Dios sin Cristo, tiene que hacerla con él. Cristo está en la barca, pero ahora él tiene que tomar el mando. No es de la manera en que yo creo; no es con mi capacidad, mi fuerza, mi inteligencia o mi habilidad.

Pedro sabía, como buen pescador, dónde estaban los peces, pero pescó toda la noche y no sacó nada. Y ahora vino el Señor. Mediodía, el sol con toda su fuerza en el cielo, los peces en el fondo del lago. Y le dijo a Pedro (esta es la lección), «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar».

¿Usted ya probó obedecer al Señor? ¿Ya sabe lo que significa hacer la obra de Dios en obediencia a la voluntad del Señor? Porque la obra de Dios no se puede hacer sin oír la voz de Dios. La obra del Señor no se puede hacer sino bajo el gobierno del Señor en nuestras vidas. Y entonces

No cualquiera puede pescar hombres. De hecho, ninguno de nosotros puede pescar hombres, a menos que el Señor lo haga un pescador de hombres.

Pedro tiene que aprender esto: 'Tengo que darle el gobierno de mi barca al Señor'.

El Señor, en la barca, dice algo totalmente inesperado para un pesca-

dor, al mediodía: «*Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar*». Y el versículo 6 dice cuál fue el resultado. Pedro pudo pensar: 'Muy bien; tú no sabes nada de pesca, Señor, «...*mas en tu palabra echaré la red*». Eso es un paso de fe. El paso de fe es: 'Yo no puedo, y no sé cómo lo vas a hacer. Pero tú eres responsable de tu palabra'. Y echó la red.

4. Obedecer a Todo lo que Dice el Señor

«*Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía*». Hay otra lección pequeña aquí. El Señor dice: «...*y echad vuestras redes*», en plural. Los pescadores, normalmente, tienen varias redes, y cuando quieren hacer una pesca grande, las juntan y hacen una red doble o triple. El Señor dijo: «*Echad vuestras redes...*», o sea, «*Va a haber una gran pesca*». Pero, como Pedro pensaba que el Señor no sabía mucho de pesca, echó una red. Por si acaso, dijo: «...*en tu palabra echaré la red*»; no *las* redes, sino *la* red, porque Pedro estaba recién entrando en la escuela de Cristo, y era un discípulo no muy aventajado.

Y aquí viene la gran lección. Si usted quiere ver los frutos, tiene que obedecer al Señor de manera absoluta, no a medias. Pedro cumplió la mitad del mandato, echó una red, y ¿qué pasó? Se le rompía la red. Y eso es terrible, pues se escapan los peces.

Primera lección, el Señor tiene que estar en la barca. Segunda lec-

ción, el Señor tiene que estar en el control de la barca. Y tercera lección, las órdenes del capitán de la barca que ahora es el Señor, tienen que ser obedecidas de manera completa. Estamos aprendiendo a pescar con el Señor. Pedro era el pescador, pero el Señor es el gran Pescador. Pedro pescaba peces, el Señor pescaba hombres.

No debemos dejar que nuestra incredulidad detenga la obra de Dios. A veces decimos: '¡Cómo se va a salvar éste!'. ¿Ha visto usted cómo nos falta fe para creer que alguien se puede salvar? Nosotros escogemos los peces. Entonces, como tenemos una visión corta, buscamos sólo los peces chiquitos; porque ¡cómo vamos a pescar un pez grande! ¡Nunca pescaremos un pez grande!

Entonces, Pedro dijo: 'Bueno, a mediodía los peces están escondidos. Voy a tirar una red, por si acaso'. Y cuando la quiso sacar, estaba llena, y se le rompía. Eso pasa cuando no obedecemos completamente la voz del Señor.

Esto ocurre cuando apuntamos hacia cosas pequeñas. La lección es: Cristo está en nuestra barca. Si él está en mi barca, no hay ningún pez que no pueda ser pescado. Recuerda, el Señor está haciendo todo; él está en la barca, le dice a Simón dónde arrojar la red. Pedro no tiene que hacer casi nada; sólo hacer lo que el Señor le dice, y la red se llenará de peces. No hay pez demasiado grande para el gran pescador de hombres que es el Señor Jesucristo.

«Venid en pos de mí...». ¿Quieres ser un pescador de hombres? Tienes que seguir al Pescador de Hombres. Ya entró en tu barca; eso es lo primero. Ya naciste de nuevo, ya tienes al pescador en la barca. Pero eso no es suficiente – tienes que dejarle el control de la barca a él. ¿Es el Señor de tu barca, o tú todavía gobiernas tu barca? Le costó mucho a Pedro, como a todos nosotros, aprender la lección. La primera la aprendió aquí. Él tenía que dejar al Señor en el control de su barca, para pescar hombres.

Lección Repetida

Y la última, antes de que el Señor fuera al cielo, ¿cuál fue la última lección? La misma del principio. «*Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas adonde querías –tú tenías el control de tu barca–; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras*»(Jn. 21:18). Eso es el señorío de Cristo – es que yo extiendo mis manos, como un cautivo, para que otro me ciña, me ate y me lleve a donde no quiero ir.

‘Ah’, dijo Pedro, ‘¿cómo voy a salir al mediodía, a hacer el ridículo?’. Si quieres seguir al Señor y pescar hombres, dale el control de tu barca, y anda por donde no quieres ir. Donde piensas que no se puede ir, ve, obedeciendo al Señor. Y después, arroja la red con fe, creyéndole al gran pescador de hombres.

No depende de nosotros. Nosotros podemos predicar a una persona hasta el día del juicio final, y no

la vamos a convertir, porque el único que tiene poder para salvar es el Señor. Predicar el evangelio es cumplir el mandato, la comisión. No significa que vamos a tratar nosotros de ganar hombres para Cristo. No. El que salva, el que regenera, es el Señor; nosotros simplemente somos sus mensajeros. No puedes pescar sin Cristo; pero bendito sea el Señor, que nos envió a pescar y va con nosotros a pescar.

Al final, la lección se repite. ¡Cuántas veces, el Señor nos repite las lecciones! Así, vamos a aprender. Pedro había negado al Señor, y el Señor apareció a las mujeres y dijo: «Vé, y di a mis discípulos, **y a Pedro**, que vayan delante de mí a Galilea, y yo los veré allí». Y se fueron a Galilea.

Pero, Pedro estaba desanimado, apesadumbrado. Después de negar al Señor, había terminado todo para él. ¿Y qué pasó cuando llegaron otra vez al mar de Galilea? Pedro quiso retomar el oficio de pescador. No obstante, ¿cuál es la lección que el Señor le quiere enseñar? – «...separados de mí, nada podéis hacer».

Pedro está otra vez en el lago. Otra vez quiere ir a pescar, y otra vez va de noche. Sin embargo, el Señor no está allí. Ese es el problema. Puedes usar toda tu sabiduría, todos tus dones, toda tu capacidad, para predicar; pero, si el Señor no está allí, no vas a pescar nada. Y el Señor no estaba allí esa noche.

Ellos tenían que ir a Galilea y encontrarse con el Señor, pero Pedro se fue a pescar. Y, ¿cuántos peces saca-

ron? Ni uno sólo. La lección, otra vez. El Señor ya le había enseñado: «Si yo no estoy en tu barca, no podrás pescar nada». El Señor no está con ellos, y entran a pescar. Y allí están esos hombres de mar, rudos, capaces, pero con ningún resultado. Y dice allí Juan, para recalcar: «Y pescaron toda la noche, y no sacaron nada».

¿Ve como son las lecciones de la vida cristiana? No las aprendemos de una vez; es una y otra, y aún otra más, hasta que quedan aprendidas. Y entonces, gracias al Señor, siempre llega la mañana. Cuando andamos con el Señor, la noche puede ser larga, oscura, terrible, agotadora; pero siempre llega la mañana y sale el sol.

El Señor llegó otra vez, y se paró en la playa. Les preguntó: «¿Hijitos, tenéis algo de comer?». ¡Qué pregunta hace el Señor! Justamente, habían pescado toda la noche, no habían sacado nada, y el Señor se para con esa nota de amor y algo de ironía: «Hijitos, ¿tenéis algo de comer?». Y la lección vuelve. Viene el mandato del Señor. Ahora él gobierna. «Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis».

Cuando él está al mando, todo cambia, porque él es el gran pescador, y sabe dónde pescar. Y otra vez la red se llenó de peces.

Juan dice que eran ciento cincuenta y tres peces. ¿Ha pensado en eso? Si usted no fuera un pescador, no habría notado el número de peces, porque ¿a quién le importa el número de peces sino a los pescadores? Una enorme cantidad de peces, y la red no se rompió. Ahora obedecie-

ron al Señor –habían aprendido un poco más– y la red no se rompió.

No Olvidar de Dónde Vinimos

Volviendo a Lucas, ¿Qué pasó al final? «Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lucas 5:7-8). ¿Qué le pasó a Pedro después que vio todo esto? Se dio cuenta de quién era él: «Soy hombre pecador». ¿Qué eres tú? ¿Qué soy yo? «Soy hombre pecador». Para pescar hombres, tienes que saber que tú eres también un pecador. El que olvida que es un pecador, un pecador salvado, pescado por Cristo, no puede pescar a otros.

Lo que nos pasa a los creyentes, con el tiempo, parece ser lo siguiente: Al principio, usted quiere hablar a todos de Cristo; le habla a todo el mundo, y no le da vergüenza, ¡porque lo que ha ocurrido en su corazón es tan glorioso! Pero, cuando pasa el tiempo, nos empezamos a reunir casi únicamente con hermanos, y nuestra conciencia se despierta.

Empezamos a tener una percepción más aguda del pecado, de lo bueno, de lo malo, y, por alguna razón inexplicable, nos empieza a molestar la compañía de los pecadores, y empezamos a olvidar que nosotros también lo éramos, y nos empezamos a aislar. Y ocurre, muy frecuentemente, que los cristianos, con el

paso del tiempo, ya casi no tenemos contacto con las personas de este mundo.

Recuerden lo que hizo el Señor. A él le decían que era amigo de los publicanos y los pecadores. Él entró en la casa de los publicanos y de los pecadores, conversó con ellos, caminó con ellos. De hecho, se le acusaba constantemente de andar con los pecadores. ¿Por qué? *«Porque de tal manera amó Dios al mundo...»*.

«Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador». Así éramos todos nosotros, y si no fuese por la sangre de Cristo, aún seríamos pecadores perdidos. Aquellos que están a nuestro lado, que no lo conocen, no son más pecadores de lo que éramos nosotros. Apartarse de ellos no es el camino del Señor. No participemos, dice la Escritura, de las obras infructuosas de las tinieblas –es decir, de lo que ellos hacen–, no de ellos mismos.

El hermano Nee decía: «Para que nosotros podamos ser verdaderos siervos de Dios, tiene que gustarnos estar con las personas». Vea al Señor en acción. Él no entraba en casa de un pecador como con desagrado. Al Señor le gustaba estar con la gente, amaba a los hombres; le gustaba conversar con las personas.

Si a usted le molestan las personas, ¿cómo puede predicarles a Cristo? El corazón de Dios está lleno de simpatía, amor y compasión, hacia los hombres. Al Señor le gustaba hablar con ellos; los oía y atendía. Pero, si a nosotros nos molestan los hombres, ¿cómo podremos predicarles a

Cristo? Pidamos al Señor que nos dé su corazón, para hablar a todos sobre él y su salvación; para reconocer que somos pecadores; y para tener compasión por todos los pecadores.

No depende de quién somos nosotros. Aunque seas un pobre pescador, con una pobre barca, en un mar pobre y pequeño como el mar de Galilea, si el Señor entra en tu barca, te llevará a donde tú no sabes, ni te imaginas. Y serás su mensajero, ministro suyo, para otros que nunca oyeron de Cristo. ¿Estás dispuesto? No depende de ti; depende de que el Pescador esté en tu barca, y esté en control de tu barca.

«Venid en pos de mí...». Si estamos oyendo la voz del Señor como la oyeron los discípulos un día, ¿no vendremos, no nos consagraremos al Señor? Hay una tarea inmensa ante nosotros. El evangelio está siendo predicado; muchas personas están viniendo al Señor en todas partes del mundo. Usted dirá: 'No puede ser; es mucho para mí. ¿No estaremos pensando demasiado de nosotros mismos?'. Mas, no es lo que nosotros somos, es lo que el Señor es. Él dijo: *«Edificaré mi iglesia*. Él quiere que su casa pueda reflejar su gloria en todo el mundo. Y para eso, él necesita hombres y mujeres que vayan. Y puedes ser tú. Sin duda, puedes ser tú; es sólo que creas. Deja al Señor entrar, dale tu barca, dale el timón, que él la gobierne. Permite que el gran Pescador te enseñe a pescar y te envíe.

Síntesis de un mensaje compartido en Rucacura 2010.

LEGADO

Cartas sobre la obra de la EVANGELIZACION

C. H. Mackintosh



Querido amigo:

Ha sido de mucho interés y, espero, de mucho provecho en estos últimos tiempos seguir en los Evangelios y en los Hechos las variadas huellas de la obra

de la evangelización; y me ha parecido que no estaría fuera de propósito presentarte –y justamente a ti que estás muy ocupado en la bendita obra– algunos pensamientos que me vienen a la mente. Me sentiría

mucho más a mis anchas al emplear este medio que si escribiera un tratado formal.

Ante todo, me sorprende sobremanera la simplicidad con que se llevaba adelante la obra de evangelizar en los primeros tiempos; algo muy diferente, en gran parte, de lo que prevalece entre nosotros. Me parece que nosotros, hombres modernos, nos dejamos embrollar muchísimo más por reglas convencionales, y encadenar más por las costumbres de la cristiandad. Somos tristemente deficientes en lo que podría llamar «elasticidad espiritual». Somos llevados a pensar que para evangelizar hace falta un don especial, y que, aun allí donde se halla este don especial, hace falta que la maquinaria y la organización humanas tengan mucho que ver. Cuando hablamos de hacer la obra de evangelista (2ª Timoteo 4:5), la mayoría de nosotros tenemos ante los ojos grandes salas públicas y un gran número de gentes, que exigen un don y un poder para hablar considerables.

Ahora bien, tanto tú como yo creemos plenamente que, para predicar el Evangelio en público, hace falta un don especial proveniente de la Cabeza de la Iglesia; y además, creemos, siguiendo Efesios 4:11, que Cristo ha dado y da todavía «evangelistas». Esto está claro, si hemos de ser guiados por la Escritura. Pero en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles encuentro que una buena parte de la tan bendita obra evangelista fue cumplida por personas que

no eran del todo dotadas de una manera especial, sino que tenían un amor ardiente por las almas y un sentimiento profundo del valor de Cristo y de su salvación. Además, encuentro en aquellos que eran especialmente dotados, llamados y establecidos por Cristo para predicar el Evangelio, una simplicidad, libertad y naturalidad tales en su manera de obrar que desearía vivamente para mí y para todos mis hermanos.

Examinemos un poco la Escritura. Tomemos esa hermosa escena de Juan 1:36-45. Juan derrama su corazón como testimonio a Jesús: «*He aquí el Cordero de Dios*». Su alma estaba absorbida por el glorioso Objeto. ¿Cuál fue el resultado? «*Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús*». ¿Y qué sigue? «*Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús*». ¿Y qué hizo? «*Éste halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). Y le trajo a Jesús*». Y también: «*El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme... Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como lo profetas: a Jesús, el hijo de José... Ven y ve*».

He aquí, pues, querido amigo, el estilo, la manera que tan fervientemente deseo; esta obra individual, que consiste en echar mano de la primera persona que se nos cruza por el camino; en encontrar a nuestro propio hermano y llevarlo a Jesús. Siento que nuestros esfuerzos en este

sentido son insuficientes. Nos parece que todo está más que bien al tener reuniones y dirigirse a los que asisten, según la capacidad y la ocasión que Dios da. No escribiría una sola palabra en desmedro del valor de esta línea de trabajo. Procuremos por todos los medios alquilar salas, salones y teatros; distribuyamos tarjetas de invitación para que venga la gente; probemos todos los medios legítimos de propagar el Evangelio. Procuremos llegar a las almas lo mejor que podamos. Lejos esté de mí desalentar a cualquiera que trabaja en la obra de esta manera pública.

Pero, ¿no te resulta llamativo que nos falte más de la obra individual; más de este trato privado, serio y personal con las almas? ¿No crees que si tuviéramos más Felipes, también tendríamos más Natanaeles? ¿Y que si tuviéramos muchos Andrés, también tendríamos muchos Simón? No puedo sino creerlo. Hay un poder admirable en un llamado personal y vehemente. ¿No descubres a menudo que sólo después de la predicación pública más formal, cuando comienza la íntima obra personal, las almas son alcanzadas? ¿A qué se debe, pues, que se vea tan poco este último tipo de actividad? ¿Acaso no sucede a menudo en nuestras predicaciones públicas que, cuando

el discurso finaliza, se canta un himno y se ofrece una oración, todos se dispersan sin que ningún hermano intente acercarse a uno de los oyentes? Yo no hablo aquí, nótao bien, del predicador –que no podría seguramente atender a cada uno en detalle–, sino de las veintenas de cristianos que lo han estado escuchando. Éstos vieron entrar gente nueva en la sala; se han sentado a su lado; han notado tal vez su interés, y hasta vieron que se les escaparon algunas lágrimas; sí, pero, sin embargo, los han dejado pasar sin demostrar el menor esfuerzo de amor por llegar a ellas o por continuar la buena obra.

Sin duda se puede decir: «Es mucho mejor dejar al Espíritu Santo cumplir su obra. Nosotros podríamos hacer más daño que bien. Además, a la gente no le gusta que uno les dirija la palabra; ello les podría parecer una indiscreción y podría ahuyentarlas definitivamente del lugar de reunión». Hay mucho de verdad en todo esto. Lo tengo muy en cuenta, y estoy seguro de que tú también, mi querido amigo. Temo que groseras equivocaciones se cometen por personas poco juiciosas, que se entrometen en la sagrada privacidad de los santos y en los profundos ejercicios del alma. Ello requiere tacto y discernimiento; en re-

Ningún cristiano puede hallarse en buen estado si no busca, de una u otra forma, ganar almas para Cristo.

sumidas cuentas, se requiere ser guiados espiritualmente para ser capaces de tratar con las almas, para saber a quién se va a hablar y qué se va a decir.

Pero al admitir todo esto, como lo hacemos de la manera más plena posible, pienso que coincidirás conmigo en que, por regla general, hay algo que falta en relación con nuestras predicaciones públicas. ¿No hay acaso demasiado poco de este interés afectuoso, profundo y personal por las almas, que podría expresarse de mil maneras diferentes, todas adecuadas para actuar eficazmente sobre el corazón? Confieso que solía estar apenado de lo que he podido observar en nuestras reuniones para predicación. Entra gente nueva y desconocida y se les deja que busquen un asiento como puedan. Nadie parece pensar en ellos. Hay cristianos presentes, pero difícilmente se molestarían para hacerles lugar. Nadie les ofrece una Biblia o un himnario. Y una vez que finaliza la predicación, se les deja ir tal como entraron; ni una palabra de afecto para inquirir si gozaron o no de la verdad anunciada; ni siquiera un gesto de cordialidad que podría ganar la confianza y dar lugar a una conversación. Al contrario, hay una fría reserva que va casi hasta la repulsión.

Todo esto es muy triste; y puede que mi querido amigo me diga que he dibujado un cuadro demasiado colorido. ¡Ay, el cuadro, en realidad, es sólo demasiado verdadero! Y lo

que lo hace más deplorable todavía, es el hecho de que uno sabe que muchas personas frecuentan nuestros lugares de predicación y de lectura, pasando por grandes luchas y profundos ejercicios de alma, deseando abrir sus corazones a cualquiera que les ofrezca algún consejo espiritual; pero, ya por timidez, por reserva o por estado nervioso, ellas rehúyen de tomar iniciativas, y tienen que retirarse solitarios y tristes a sus hogares y recámaras, para derramar sus lágrimas en la soledad, ya que nadie se interesó por sus preciosas almas.

Ahora bien, siento la convicción de que ello podría remediarse en gran parte si los cristianos que escuchan las predicaciones del Evangelio tuviesen más en el corazón la búsqueda de las almas; si ellos no asistieran únicamente para su propio provecho, sino también para ser colaboradores con Dios al procurar traer a las almas a Jesús. Sin duda, es muy refrescante para los cristianos oír el Evangelio predicado plena y fielmente. Pero no sería menos refrescante para ellos interesarse vivamente en la conversión de los pecadores y orar más por este asunto. Además, su gozo y provecho personales no se verían para nada afectados –sino, más bien, todo lo contrario– si cultivasen y manifestasen un vivo y afectuoso interés por aquellos que los rodean, y si al término de la reunión procurasen ayudar a alguno que pudiera tener la necesidad y el deseo de ser ayudado. Un efecto

sorprendente puede ser producido en el predicador, en la predicación y en toda la reunión cuando los cristianos que asisten sienten de veras sus santas y elevadas responsabilidades que desempeñan para con Cristo y las almas. Ello comunica cierto tono y crea cierta atmósfera que debiera ser sentida para ser comprendida; mas, una vez sentida, uno no puede prescindir de la misma.

Pero, ¡lamentablemente, cuán a menudo ocurre lo contrario! ¡Cuán frío, triste y desalentador es ver a menudo a toda la congregación irse tan pronto como termina la predicación! No vemos que haya grupos alrededor de los jóvenes convertidos o de inquiridores ansiosos, que se demoren por amor a estas almas. Viejos cristianos experimentados han estado presentes; pero en lugar de detenerse con la bella esperanza de que Dios los empleará para decir una palabra oportuna a uno que esté abatido, se apresuran por marcharse, como si se tratase de un asunto de vida o muerte el estar en casa a determinada hora.

No supongas que deseo establecer reglas para mis hermanos. Lejos está de mí ese pensamiento. Doy simplemente, en toda libertad, libre curso a los pensamientos de mi corazón, al dirigirme a uno que, durante muchísimos años, ha sido mi compañero de obra en la evangelización. Estoy convencido de que falta algo. Tengo la firme persuasión de que ningún cristiano puede hallarse en

buen estado si no busca, de una u otra forma, ganar almas para Cristo. Y, siguiendo el mismo principio, ninguna asamblea de cristianos está en un buen estado, si no es una asamblea enteramente evangelista. Todos deberíamos estar tras la búsqueda de las almas; y entonces –de ello podemos estar seguros– veríamos, por resultado, almas conmovidas y despertadas. Pero si nos conformamos con ir semana a semana, mes a mes y año tras año, sin que se mueva una sola hoja, sin ver una sola conversión, nuestro estado debe ser verdaderamente lamentable.

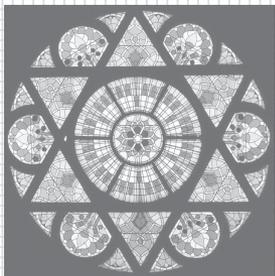
Pero creo que te oí decir: «¿Dónde se hallan, pues, todos los pasajes de la Escritura que debiéramos tener? ¿Dónde están las numerosas citas de los Evangelios y de los Hechos?». Bien, me he puesto a anotar sobre el papel los pensamientos que tanto tiempo ocuparon mi mente; y ahora el espacio no me permite continuar por el momento. Pero si lo deseas, te escribiré una segunda carta sobre el mismo tema. Mientras tanto, ¡quiera el Señor, por su Espíritu, hacernos más celosos por procurar la salvación de las almas inmortales mediante toda acción legítima! ¡Ojalá que nuestros corazones estén llenos de un verdadero amor por estas preciosas almas, y entonces podremos estar seguros de encontrar la forma y los medios de llegar a ellas!

Afectuosamente,

C. H. M.

* * *

El ministerio de la predicación



Mi Señor y Salvador...

...cuyo don de gracia ha sido todo mi equipo y preparación para el Ministerio de la Palabra; y cuyo tierno y paciente amor ha sobrellevado, y rectificado todos mis errores y deficiencias en el ejercicio del mismo. Si en el futuro ejercicio de esta gracia asombrosa, incomprensible, él quiere usar esta mi exposición para ayudar a mis

hermanos más jóvenes en el sagrado ministerio, esto llenará de gozo mi corazón.

Al sentir sobre mí el peso de la Palabra que he de entregar,
de mis ojos se cae la ilusión, la venda, y veo la verdad:
Desierto o multitud, pueblo o ciudad,
todo se funde en un paraíso de aire...

Y a todos veo sólo como almas atadas a las que hay que desatar,

esclavos a los que hay que libertar...
como enjambres pululando atontados...
contentos con la sombra de las cosas...
Entonces siento hervir dentro de mí,
Como un torrente impetuoso, el deseo;
Y todo mi ser vibra al oír la llamada,
La trompeta del ángel que emplaza a la tarea.
Es necesario que las salve, sin falta.
Aunque el intento me cueste a mí la vida.
Mi vida por su vida; iyo la ofrezco por todos!

El servir la Palabra es cumplir la función más elevada de que el hombre es capaz. Que los que han sido llamados a este santo privilegio se detengan con asombro, adoren con reverencia, y sigan adelante con alegre confianza.

G. Campbell Morgan



VISIÓN PANORÁMICA del plan de Dios (2)

Roberto Sáez

Retornando al Origen a Través de la Vida

Y ahora, comiendo de Cristo, el árbol de la vida, podemos retornar al origen, al Génesis, al principio. Y entonces, hermanos, tenemos la posibilidad, al unirnos a Dios

por medio de Cristo, del árbol de la vida, de retornar al origen. Lo que Dios nos ha dado en Cristo es su vida, la vida eterna, la vida de Dios, la vida increada, la vida suprema, la vida más maravillosa, más perfecta, la vida más completa.

No hay vida superior a aquella que Dios nos ha dado en Cristo, la vida eterna de Dios, la vida que los apóstoles contemplaron con sus ojos y palparon con sus manos.

¿Qué es la vida eterna? Es la mismísima vida de Dios, que fue manifestada corporalmente en Jesucristo. «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*» (Juan 17:3). En esto consiste la vida cristiana. Porque, ¿qué es la vida cristiana, sino la vida de Cristo, la vida eterna, la vida que estaba escondida en Dios, y que fue manifestada?

Decir: «*Y esta es la vida eterna*», equivale a decir: 'En esto consiste la vida cristiana'. ¿Qué es la vida cristiana, hermanos? ¿La vida cristiana será la vida que viven los cristianos? ¿Será la vida de la iglesia? ¿Será ésta la vida cristiana? Tenemos que decir que no; tenemos que decir que la vida cristiana –única y exclusivamente– es la vida de Cristo. Porque esta es la vida del cielo, la vida de Dios; esta vida no es terrenal. Esta vida espiritual, celestial, eterna, increada, no es de aquí abajo.

Esta vida del cielo no la hereda la carne y la sangre. Para tener esta vida, para poder participar de esta vida, hay que experimentar una resurrección, hay que solucionar un problema radical. El hombre necesita desesperadamente solucionar el problema más radical que tiene el ser humano, que es la muerte que está dentro de él. El ser humano en sí mismo, en su naturaleza humana, está perdido. El pecado causó un caos. El desajuste fino causó un estrago en toda la raza humana.

¿Y cómo se soluciona esto? Tan sólo creyendo que, en la cruz del Calvario, nuestro Señor Jesucristo terminó con la vieja creación, con la desgracia de Adán, con la muerte de Adán, con la condenación de Adán. Y en esa cruz, Dios hizo un despliegue de su conocimiento, porque en esto consiste la vida cristiana, la vida eterna, «*que te conozcan a ti... y a Jesucristo*», y en donde más conocemos a Dios y a su Hijo Jesucristo es en la cruz del Calvario. Aquí es donde termina la vieja creación y comienza la nueva creación.

Conocer a Dios es un asunto de encontrarse con él. Y no fuimos nosotros los que lo buscamos; porque no-

De este evangelio llegué a ser servidor como regalo que Dios, por su gracia, me dio conforme a su poder eficaz. Aunque soy el más insignificante de todos los santos, recibí esta gracia de predicar a las naciones las incalculables riquezas de Cristo, y de hacer entender a todos la realización del plan de Dios, el misterio que desde los tiempos eternos se mantuvo oculto en Dios, creador de todas las cosas. El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales, conforme a su eterno propósito realizado en Cristo Jesús nuestro Señor. En él, mediante la fe, disfrutamos de libertad y confianza para acercarnos a Dios. Así que les pido que no se desanimen a causa de lo que sufro por ustedes, ya que estos sufrimientos míos son para ustedes un honor.

(Efesios 3:7-13, NVI).

sotros estábamos muertos, y en el reino de las tinieblas nada podíamos hacer por nosotros mismos para encontrarnos con él. Fue él, que descendiendo a las partes más bajas de la tierra, vino a rescatarnos y a trasladarnos de la potestad de las tinieblas al reino de luz del amado Hijo. Y lo consiguió, y el hecho de verlo y creerlo es lo que hace toda la diferencia. Quien lo cree, lo asimila, lo vive y experimenta el traslado tan grande, tan notorio; el antes y el después; lo que éramos sin Cristo y lo que ahora somos con Cristo y en él. Esto marca radicalmente la diferencia. ¡Gloria al Señor!

¿Será que los que han caído en pecados, no han nacido de nuevo? ¿Será que no han conocido en qué consiste la vida cristiana? ¿Cómo es la vida eterna? ¿Cómo es la vida de Dios? ¿Cómo es su comportamiento, su modo de ser? El modo de ser de Dios es que él es una pluralidad de personas, un conjunto. Dios no es un individuo.

La Modalidad de la Vida de Dios

«*En el principio, creó Dios...*». Dios estaba antes de todo lo creado. Dios ya era. ¿Y cómo era? Era Dios que vivía en un conjunto de personas, teniendo comunión, viviendo en mutualidad, dándose el uno al otro, sujetándose el uno al otro, estimando al otro mayor que a sí mismo – una vida rendida a los demás. El Padre vivía así para el Hijo y para el Espíritu, y el Hijo vivía así para el Padre y para el Espíritu; el Espíritu conteniendo al Padre y al Hijo; el Padre y el Hijo reunidos, viviendo en el Espíritu. Ninguno en particular viviendo para sí, sino cada uno viviendo para el conjunto.

«...*que te conozcan a ti*». En esto consiste la vida cristiana, esa vida eterna que descendió en una Persona. El Señor Jesucristo nos mostró que él era la reunión de todas las cosas, que en él estaba el Padre y el Espíritu, que él no estaba solo, que todo lo que hacía lo hacía por el Padre, todo lo que veía era lo que veía del Padre y todo lo que decía era lo que oía del Padre. No una vida independiente, solitaria, individualista, sino la vida corporativa, la vida que la iglesia ha aprendido.

La vida cristiana, entonces, tiene su modelo en la vida de Dios; y por lo tanto, los cristianos son llamados a tener ese modo de vida. Es decir, tenemos que estimar a los demás como superiores a nosotros, tenemos que sujetarnos unos a otros, amarnos unos a otros, perdonarnos unos a otros.

Un Espectáculo a los Ángeles

Cuando este ángel principal y todos los ángeles miran esto, nosotros somos un espectáculo a los ángeles. Y ellos miran cosas que nunca habían visto. Porque es verdad que ahora, como cristianos, no vivimos una vida perfecta. Aun cuando la vida cristiana es perfecta –porque es la vida de Dios, es la vida del cielo–, pero está en vasos de barro, que son imperfectos, que cometemos pecados, que nos equivocamos, que ofendemos, y tenemos que ajustar esta vida terrenal a esa vida celestial. Y allí el conflicto que tenemos permanentemente de ser configurados a la imagen de ese hombre celestial, y desdibujar esta imagen torcida del hombre terrenal que es el primer Adán.

Pero, a pesar de todo, ¿saben us-

tedes lo que ven y aplauden los ángeles de Dios en los cielos? Cuando un pecador se arrepiente. No sólo los pecadores que vienen del mundo y que nunca han conocido a Dios; sino que aquellos que, participando ya de la vida cristiana, de repente actúan como si no fueran cristianos. Los ángeles observan cuando éstos se arrepienten, echando mano a la vida eterna, y se vuelven a Cristo, a la fuente de la vida, para tomar el poder de la vida de Cristo, y ser capaz de doblegar esta naturaleza rebelde que se opone a Dios.

Los ángeles aprenden esas cosas de nosotros. Nunca un ángel se arrepintió. Para los ángeles, dentro del plan de Dios, no hubo redención; pero sí para nosotros. Alabada sea la misericordia del Señor, su gracia para con los hijos de los hombres que, siendo pecadores, aun así, él no desiste de obtener esa iglesia santa, pura y sin mancha, que un día llegará a la estatura del varón perfecto.

Y estas cosas que estamos viviendo, las están sabiendo los ángeles de nosotros. Si la existencia humana no fuese como es, los ángeles de Dios jamás conocerían aspectos de Dios que sólo han sido revelados a causa de esta creación.

Por ejemplo, en la cruz del Calvario, Dios mostró dos aspectos de su carácter – la justicia y el amor. Podríamos decir que estos dos aspectos de la naturaleza divina son dos cualidades extremas. Si Dios es justo, tiene que castigar el pecado, castigar al hombre por su rebelión. Y por otro lado, Dios, que podría castigarnos, ¿cómo puede mostrar su amor al mismo tiempo?

Entonces, él muestra su amor por nosotros en Jesucristo. Es él mismo el que asume el castigo, sufriendo una muerte representativa por toda la humanidad. Por eso, un texto muy curioso dice: «...*la iglesia de Dios, que él adquirió con su propia sangre*» (Hechos 20:28, NVI). ¿Dios tiene sangre? No, él no tiene sangre. Pero Dios manifestado en carne, sí tiene sangre – la sangre de Cristo. Es la sangre de este varón justo que no pecó jamás, y que tiene las cualidades para asumir el castigo de la raza humana.

Por eso, la muerte de Cristo es una muerte representativa – toda la raza de Adán muere castigada en la cruz del Calvario. Dios aceptó el sacrificio del Señor Jesucristo, y por eso, la justicia de Dios quedó saldada. Nosotros hemos recibido el perdón, la salvación, por este acto de justicia de Dios que al mismo tiempo es un acto de amor.

Amados hermanos, los ángeles nunca habrían conocido esto si no hubiera existido la caída del hombre, y Dios no hubiera decidido, de todas maneras, hacerse hombre; aunque, sin caída, él se hubiera hecho hombre igual, pero se hizo hombre también por causa de la caída.

Queridos hermanos, esto es maravilloso. La vida cristiana, la vida eterna, se manifestó en Jesucristo, y en todos estos detalles se nos va mostrando cómo es esa vida que nos vino del cielo. Aquí se nos muestran los extremos del carácter de Dios. Dios había sido conocido parcialmente en los cielos; pero ahora en la tierra, él se ha dado a conocer completamente. ¡Gloria a Dios! Dios se ha revelado a sí mismo; ha revelado en Jesucristo

cómo es su carácter santo, justo, su amor, su justicia, su moralidad.

Podemos decir que conocemos a Dios, aunque aquí le conocemos todavía parcialmente, y aún no hemos conocido todo lo que tenemos que conocer de Dios; pero lo que conocemos es suficiente para adorarlo, para amarle, para servirle, para obedecerle y sujetarnos a él.

Diremos una cosa más de Dios, del modo de ser de Dios, que es lo que

el Hijo y el Espíritu Santo. Existe una cruz, una cruz que está en el centro de las relaciones, una cruz que va dibujando el carácter de cada una de las personas de la Trinidad; una cruz que permite el ajuste de tres, cada uno con una voluntad propia, pero a la vez negada y rendida para el bien común.

¿Cómo es posible que un Dios que es una Trinidad no haya tenido jamás una fisura en las relaciones? La única vez en que el Hijo estuvo separado del

Padre fue cuando estaba redimiéndonos en la cruz del Calvario, cuando él estaba asumiendo el pecado de todos nosotros. Pero nunca, en la eternidad, antes o después de ese hecho, Dios ha estado dividido. En esto consiste la vida eterna, y resumiendo todas las virtudes que hay en-

tre estos dos extremos, diremos que la suma total de las virtudes de Dios es la santidad. Por lo tanto, entendemos que la vida cristiana consiste en conocer cómo es Dios.

Y entonces, la cruz es lo primero que se nos ofrece en el evangelio. No es sólo gracia. Es el evangelio de la gracia manifestado en el Cordero que se dio por nosotros, pero también es el evangelio del reino, donde está Cristo como Rey y Señor, exigiéndonos ser como él es. Vemos que, en nosotros mismos, no podemos imitarlo; pero si sabemos que él hizo todo para trasladarnos de la muerte a la vida, y Dios lo hizo todo en Cristo, para hacernos volver al modelo original.

Amados hermanos, ¿qué es la iglesia? La palabra griega, *ekklesia*, sig-

El ser humano en sí mismo, en su naturaleza humana, está perdido. El pecado causó un caos. El desajuste fino causó un estrago en toda la raza humana.

estamos viendo. Dios se nos muestra viviendo en un conjunto de personas, dándose el uno por el otro. Y entonces, si pudiéramos obtener una fotografía de cómo vive Dios, y nos mostrara aquí en la tierra cómo es Dios, cómo es la vida eterna, cómo es la vida cristiana que fue manifestada, diríamos que se caracteriza por tres cosas.

Amor, Cruz y Donación

Primero, diríamos que esa vida que se vive en pluralidad de personas es una vida que se vive en amor; que Dios es amor. Y que, por amor, el Padre le dio todo al Hijo; y que, por amor, el Hijo le dio todo al Padre. Veríamos en una escena que es la multiplicidad de relaciones entre el Padre,

nifica «los llamados afuera». Ser iglesia significa ser llamados fuera del mundo y fuera de la religión. Pero tal vez nunca hemos enfatizado lo suficiente que, para ser iglesia, el llamado a salir es un llamado a salir de nosotros mismos; salir de la carne, del hombre viejo, del hombre natural, emprender un éxodo hacia el hombre nuevo, hacia el hombre que tiene la vida eterna.

Amados hermanos, nos duele el pecado. El pecado causa confusión, estragos, lágrimas, causa dolor. Pero un día no habrá más muerte, no habrá más llanto, no habrá más dolor; porque estos, que fueron llamados a salir, habrán dejado atrás la muerte y el pecado.

Nuestra Mayor Expectativa

Voy a decir una cosa que tal vez va a causar alguna preocupación. Hay una corriente del cristianismo de la cual nosotros bebemos muchísimo, leemos muchos libros de ellos – la corriente de los Hermanos, la visión de la iglesia, la restauración de la iglesia, la unidad del cuerpo de Cristo, la centralidad de Cristo.

En esta corriente, se espera que el Señor vuelva ya, en estos días, y se trata de entender las profecías bíblicas y ajustarlas a los acontecimientos de hoy como señales de que el Señor ya está a las puertas. Y la mayoría de nosotros así lo creemos, y así lo esperamos. Y en realidad, ojalá que nunca tengamos la venida del Señor por tardanza, porque el sentido de eso es vivir pendientes y permanentemente en la esperanza de que el Señor viene en cualquier momento.

Pero a veces, estas profecías, que

tratan de ajustar la venida del Señor para estos mismos días que estamos viviendo, no contemplan la más importante de todas las profecías – que el Señor viene por una novia perfecta, una novia preparada, ataviada, adornada, lista para el encuentro con su Señor. Y me temo, por la práctica que tenemos de tantos pecados, que no tenemos la madurez ni la estatura, ni el atavío de la novia; que no está la iglesia aún en condiciones de que el Señor venga todavía.

¿Qué pasaría con la generación de jóvenes que hemos formado, si de aquí a veinte, a cincuenta o a cien años el Señor aún no ha venido? ¿Qué dirán de los libros que se han escrito para ajustar profecías que eran señales para este tiempo?

Quisiera llamarles a poner los ojos en la expectativa del cielo respecto de la conducta de la iglesia. El Señor ha estado esperando por dos mil años que la iglesia ponga al enemigo de Cristo por estrado de sus pies.

Los pies de Cristo, hoy día, son los pies de la iglesia. El Señor está sentado en su trono. Él ya venció. Él es el hombre representativo que Dios tiene como prueba de que él ya tiene a aquel Hombre que él siempre quiso tener. Pero lo que falta son aquellos hijos que el Señor también quiere llevar a su gloria, y que él viene a buscar cuando estén preparados para su venida. Los más culpables de que el Señor aún no haya venido –digámoslo llorando– somos nosotros mismos.

Antes de ser encarcelado, el hermano Watchman Nee hizo una reunión con muchos obreros, y les dijo: «Hace diez años que estamos predicando la cruz de Cristo, la obra de la cruz, el

camino de la cruz; hace diez años que nuestro mensaje ha sido, enfáticamente, la cruz. Pero tenemos que decir que aún no vemos los frutos de ese mensaje».

Y nosotros, hermanos, que también, por más de ese tiempo, llevamos predicando la cruz, hemos escrito acerca de la cruz, hemos leído libros sobre la cruz, hemos conversado entre los obreros también, y aunque hemos hablado mucho de la cruz, aún vemos que la cruz no ha hecho los efectos. No porque la cruz sea culpable, sino porque nosotros mismos no hemos estado a la altura de vivir la vida cristiana, esa vida que tiene como sello, en el cielo, la cruz, en todas sus relaciones. Y que, por eso, es capaz negarse; porque esa vida es amor, y el fruto de esa negación es el darse.

¿Qué es Cristo, sino la donación que Dios nos ha hecho de sí mismo? Por eso, bien se habla en la Escritura de la sangre de Dios; porque Dios sufrió la cruz juntamente con Cristo. Por-

que el Cristo que murió en la cruz no estaba solo, no era sólo la parte humana, sino el dolor de Dios, de aquel caos producido desde el principio.

Hermanos, Dios ha hecho todo para recuperarnos, para elevarnos. Y podemos afirmar: Que, ineludiblemente, Dios conseguirá lo que él se ha propuesto. Ya lo logró con su Hijo, pero lo hará también con nosotros.

El llamado del Señor es que nosotros no nos dejemos más gobernar por el pecado. Acuérdate que el pecado, básicamente, es un fino desajuste de tu voluntad con la voluntad de Dios, y que, cuando te desvías, por aquello que tú piensas que no es tan malo, y cuando hallas relatividad en aquello que es absoluto, te equivocas fatalmente, para causar dolor a tu casa, a tu familia, a la iglesia de Dios.

Que llegue ese día, para que también llegue pronto ese día en que veamos venir desde los cielos a nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.

Queridos amigos, necesitamos comprender que hay una gran diferencia entre conocer a Dios de oídas y conocerle habiendo visto.

Job confesó que su conocimiento anterior de Dios había sido de oídas; es decir, de carácter indirecto e informativo, y que, por lo tanto, no fue suficientemente experiencial, íntimo y personal. Era un conocimiento antes mental que espiritual. Tal conocimiento es totalmente insuficiente, ya que envanece a una persona en lugar de llevarla a humillarse.

Conocer a Dios sólo por escuchar te hace ser alguien, pero conocerle por haber visto, te reduce a nadie; a polvo y cenizas. Y esta fue de verdad la experiencia de Job. A través del doloroso trato del Señor, por fin vio a Dios. A través de la aflicción del Señor, entró en una relación muy estrecha y personal con él.

Stephen Kaung



La Epístola
de Judas

Viendo a Cristo a través de la apostasía

Lectura: Judas 1-25.

Stephen Kaung

El libro de Judas, que está entre los menores del Nuevo Testamento, es también uno de los libros menos valorados por el pueblo de Dios. Es probable que algunos her-

manos nunca lo hayan leído; sin embargo, este es un libro muy importante en los días que vivimos, porque nos habla acerca de algunas cosas que ocurrieron en la iglesia del primer si-

glo después de aquel periodo de la vida de la iglesia relatado en el libro de los Hechos.

El libro de los Hechos nos muestra el inicio de la historia de la iglesia, pero esta breve carta de Judas nos revela algo de la historia después de aquel periodo inicial. En cierto modo, esta epístola tipifica lo que ocurrirá al final del periodo de la iglesia. Alguien comparó ambos libros haciendo un juego de palabras, diciendo que, así como el libro de Hechos es llamado «los hechos de los apóstoles», el libro de Judas puede ser llamado «los hechos de los apóstatas». Es a través de la apostasía que el hombre de pecado, el hijo de perdición, se revelará al mundo.

Desde el punto de vista profético, el último periodo de la era de la iglesia es el periodo de Laodicea según los mensajes a las siete iglesias registrados en el libro de Apocalipsis. Laodicea representa a la iglesia en su último estadio, y nosotros estamos viviendo en el final de los últimos días. Por tanto, hablando de un modo general, estamos viviendo en el periodo de Laodicea.

¿Cuáles son las características de Laodicea? Una palabra lo resume todo: *tibieza*. La iglesia es tibia; ni caliente ni fría. Sabemos que la levadura, a fin de leudar la masa, debe estar levemente temperada. La masa necesita ser mantenida tibia para que el fermento actúe. El propio Señor Jesús dijo: «*El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado*» (Mat. 13:33). Y, en verdad, ya al final del periodo apostólico, vemos que el

fermento había sido colocado secretamente en las tres medidas de harina.

Este fermento sigue actuando hasta el periodo de Laodicea. Por este motivo, es vital que sepamos lo que está ocurriendo hoy en la iglesia. Necesitamos reconocer la condición en que se encuentra la iglesia y, por la gracia de Dios, evitar que ese proceso se propague. Debemos apartarnos de tal condición y seguir avanzando en dirección al Señor. Por eso, el libro de Judas es tan importante para nosotros.

Esta carta fue escrita por «*Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo*». Judas era un nombre muy común en aquella época. En el Nuevo Testamento, encontramos cinco personas con ese nombre. En Mateo 10:4, se menciona que uno de los doce apóstoles de nuestro Señor era «*Judas Iscariote, el que también le entregó*». Y aun entre ellos había otro Judas, llamado «*Judas hermano de Jacobo*». Este mismo es citado en Mateo 10 con el nombre de Tadeo. Fue este quien hizo al Señor una pregunta en Juan 14: «*Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?*».

En Hechos capítulo 9, el Señor se aparece a Ananías y le ordena que busque a Pablo, el cual estaba en casa de Judas, en Damasco. Este es el tercer Judas mencionado en el Nuevo Testamento. Luego, en Hechos 15 se alude a una cuarta persona llamada Judas, cuando la iglesia en Jerusalén envía una carta a las iglesias de los gentiles por medio de dos hermanos, uno de ellos llamado «*Judas que te*

nía por sobrenombre Barsabás». Y la quinta persona mencionada con este nombre era uno de los hermanos del Señor Jesús según la carne (Mateo 13 y Marcos 6).

¿Cuál de estos cinco Judas es el autor de esta epístola? De un modo general, todos concuerdan en que el autor es Judas el hermano de sangre de nuestro Señor Jesús. Es importante observar que este Judas se llama a sí mismo «*siervo de Jesucristo*», y no «hermano de Jesucristo». Tal vez él haya hecho eso porque, aun siendo hermano de sangre de Jesús, él no creyó en el Señor mientras él estuvo en la tierra. Sólo después de la resurrección, sus hermanos sanguíneos vinieron a conocerlo como su Señor. Tal vez por eso, Judas no quiso referirse a sí mismo como «hermano de Jesucristo», pues él no se sentía digno.

Sin embargo, yo creo que hay aun otra razón mejor que esa. Él no se refirió a sí mismo como «hermano de Jesucristo» porque nuestra relación con el Señor Jesús es siempre según el Espíritu, nunca según la carne. De tal manera que, aunque Judas fuese hermano carnal de nuestro Señor, no fue esa la relación que prevaleció. La comunión que ahora está en vigor es la comunión en el Espíritu, y de acuerdo con ese relacionamiento espiritual, Judas es un siervo de Jesucristo, sólo un esclavo de Cristo por amor a Él. Creo que eso define perfectamente cuál debe ser nuestra relación con Cristo hoy.

No obstante, Judas desea identificarse en su carta y, por eso, también se refiere a sí mismo como «*hermano de Jacobo*». Jacobo, a su vez, era

conocido por todos en aquella época, porque era uno de los hermanos que ejercía función de autoridad en la iglesia en Jerusalén. Así pues, Judas se refiere a sí mismo como hermano de Jacobo, identificándose de modo que todos puedan saber quién era el Judas que escribía aquella carta.

Aunque Judas no menciona el nombre del destinatario, es bastante probable que él haya enviado su carta a las mismas personas a las cuales escribieron Santiago y Pedro. En lugar de especificarlas, él simplemente dice: «...*a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo*». En cierto modo, esa descripción nos incluye a todos nosotros. Gracias a Dios, nosotros somos los llamados. Dios nos llamó de entre todas las tribus, lenguas, pueblos y naciones; nos llamó en su amado Hijo; nos escogió en Cristo Jesús antes de la fundación del mundo; nos llamó por su misericordia y gloria, por su gracia.

No fuimos nosotros quienes tomamos la iniciativa y nos ofrecimos a Dios espontáneamente. No somos voluntarios, sino que fuimos llamados. Aquel que se ofrece voluntariamente para hacer algo, puede cambiar de idea en cualquier momento y desistir de lo que se había propuesto. Pero nosotros fuimos llamados, y luego fuimos cautivados. Y aún más, no somos sólo aquellos que fueron llamados, sino también los «*santificados en Dios Padre*». Nosotros somos preciosos para nuestro Padre celestial; él nos ama profundamente.

Pero aun esto no lo es todo, pues somos también guardados en él y por

él. Es él quien nos preserva y guarda. Gracias a Dios, no sólo somos llamados, sino también amados y guardados. Estas son las características de las personas a quienes Judas escribió su carta. De tal manera, amados hermanos, que esta epístola está dirigida a nosotros.

Cuando Judas empezó a escribir su epístola, su intención era referirse a nuestra común salvación, esta salvación en Cristo Jesús la cual todos nosotros compartimos, porque este era un asunto muy precioso a su corazón. Sin embargo, al comenzar su escrito, él fue llevado a tocar otro asunto. En lugar de describir nuestra común salvación, el Espíritu Santo lo guió a darnos una exhortación. Judas fue despertado en su espíritu, tras haber visto la condición de la iglesia en aquel tiempo o haber presentado aquello que estaba por venir sobre la iglesia.

Exhortación a la Iglesia

Sabemos que la palabra exhortar significa advertir, avisar, y al mismo tiempo alentar, animar. La exhortación incluye siempre estos dos elementos. Somos advertidos contra algo que no procede de Dios y alentados a avanzar hacia aquello que es de Dios.

«...me ha sido necesario escribirlos exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos» (v. 3). ¿A cuál fe se está refiriendo Judas? Esta fe, que fue entregada de una vez por todas a todos los santos, incluye toda la revelación, toda la verdad dada por Dios a la iglesia por medio de los apóstoles y profetas. Es nuestra herencia, nuestra fe, el fundamento so-

bre el cual edificamos. Es la fe por excelencia.

Toda la verdad de Dios que constituye nuestra fe fue dada una vez para siempre por medio de la palabra de Dios. Toda la verdad revelada nos fue entregada una vez, y hoy podemos encontrarla en las páginas de nuestra Biblia. Así, pues, no necesitamos esperar nuevas verdades o nuevas revelaciones distintas de aquello que está registrado en la Biblia, porque toda la verdad sobre la cual está basada nuestra fe, ya nos ha sido dada por entero.

En seguida, en este mismo versículo 3, somos exhortados a batallar diligentemente. Por el hecho de estar escrito que debemos contender ardientemente por la fe, muchas personas se entusiasman, llenas de celo, y empiezan a disputar y discutir acerca de aquello que ellas creen ser su fe. Algunos, por ejemplo, se pelean con otros por causa de la fe que tienen acerca de la verdad llamada *arrebataamiento*. Ellos van a 'explicar' lo que creen es el arrebatamiento, y después de eso, dicen: 'Esto es lo que creemos sobre este asunto. Si tú no crees lo mismo, estás excluido de nuestra comunión'.

A lo largo de casi dos mil años de cristianismo, el pueblo de Dios ha luchado entre sí, peleando unos con otros a causa de ciertos aspectos de la fe, porque ellos piensan que, si son flexibles en algún punto, o tratan de llegar a un acuerdo acerca de algún tópico de la fe, ellos estarán abandonando su fe. Por tal razón, creen que su obligación es luchar por la fe, hasta la muerte.

Lo que ocurre, en verdad, es que

este versículo es mal utilizado, pues «*contender ardentemente*» no significa que debemos luchar a muerte para imponer una interpretación que nos parece ser verdadera. La palabra *contender*, aquí, significa esforzarse; significa simplemente que somos exhortados a esforzarnos, a poner empeño, por la fe que una vez fue dada a los santos.

Pablo, en 2ª Timoteo 4:7, dice: «*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*». En otras palabras, él nos está mostrando que hay una fe dada a los santos, y esa es la fe que nosotros debemos buscar, es la fe que debemos conquistar. Por esa fe debemos esforzarnos, debemos procurar poseerla, y así no fracasaremos en ninguna de aquellas cosas que ya fueron dadas por Dios a través de la gracia en Cristo Jesús. Por tanto, no debemos usar aquello que acostumbramos a llamar «fe» con el propósito de luchar unos contra otros; sino al contrario, una vez que percibimos esta fe, debemos esforzarnos por asirla, buscándola diligentemente, para no fracasar.

Nosotros vivimos en el tiempo de la apostasía, y por esta razón, tenemos que pelear con fervor por la fe que ya ha sido dada a los santos. De lo contrario, fracasaremos, así como otros fracasaron. No desistas de esa fe; vive de ella, trabaja por ella, esfuérzate por ella, búscala, lucha por alcanzarla, hasta que la conquistes. Empéñate en obtener esta fe hasta el día en que la conquistes, hasta que ella se torne tu herencia, tu

posesión. Este es el significado de la expresión usada por Judas.

Los Apóstatas

El tema de la epístola de Judas es la apostasía. Aunque la palabra *apostasía* no aparece explícita, este tema está presente a lo largo de toda la carta. Apostasía es una palabra de origen griego. *Apo*, significa *de*, y *stasia*, permanecer apartado. Apostasía significa entonces apartarse, desviarse, salir de la posición que estaba siendo ocupada originalmente. La apostasía significa que tú te apartas, pierdes la posición que ocupabas.

En 2ª Tesalonicenses 2:3, está escrito que habrá una apostasía, una deserción, antes que el hombre de pecado, el hijo de perdición, aparezca en la tierra. Este es el anticristo. Antes de que él se manifieste, habrá una deserción general en la iglesia, un abandono general de la fe. El he-

Vivimos en el tiempo de la apostasía, y por esta razón, tenemos que pelear con fervor por la fe que ya ha sido dada a los santos.

cho de que la iglesia se aparte de la posición que ocupaba originalmente, y los hijos de Dios comiencen a perder aquello que poseían en un principio, preparará el camino para la venida del anticristo.

Hermanos, nosotros estamos viviendo el día de la apostasía. Estrictamente hablando, *apóstatas* no se refiere a los *incrédulos*, porque un incrédulo nunca ocupó alguna posición

en la iglesia de Dios. Tú no puedes dejar algo que nunca tuviste. Pero, si poseías algunas cosas y luego empezaste a abandonarlas, eso es apostasía.

En Hebreos capítulo 6, por ejemplo, se describe la condición de un determinado grupo de personas. Ellos poseían «...el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno» (v. 1-2). Sin duda alguna, eran creyentes. Y la Palabra prosigue diciendo que ellos «...fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero» (v. 4-5). Esta descripción no es aplicable a los incrédulos. Ellos eran cristianos, pero se desviaron, se apartaron, apostataron.

Hebreos 10:26 muestra otro ejemplo de la apostasía: «*Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad...*». La expresión «*conocimiento*», aquí, es la traducción de la palabra griega *epignosis*, la cual habla de un conocimiento pleno de la verdad, no sólo un conocimiento superficial. Significa que nosotros llegamos hasta el conocimiento mismo del propósito de Dios en Cristo Jesús. Y, si después de eso, pecamos deliberadamente, esto equivale a pisotear al Hijo de Dios, a profanar la sangre del pacto con la cual fuimos santificados, y a ultrajar al Espíritu de gracia (v. 29).

La apostasía no es algo que ocurre en el mundo; es algo que ocurre en la iglesia. La descripción del pá-

rrafo anterior se refiere a creyentes. Son personas que habían creído en el Señor, conocieron al Señor, recibieron al Señor, y abandonaron la fe. Dejaron la fe que antes poseían. Eso es algo muy, muy serio.

Existen diferentes grados de apostasía. Pero el punto principal en este asunto es que nosotros debemos apegnarnos firmemente a la fe que ya una vez nos fue dada. Tenemos que luchar por ella, buscarla, esforzarnos por ella, para no abandonarla. Esto es algo muy serio. La cristiandad de hoy está muy lejos de aquella fe que una vez fue dada a la iglesia. Estamos viviendo el tiempo de la apostasía.

«*Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo*» (Jud. 4).

Hay una semejanza muy grande entre el libro de Judas y el capítulo 2 de la segunda carta de Pedro. Por eso, algunos estudiosos de la Biblia suponen que uno de los textos fue copiado del otro, aunque no pueden definir quién copió a quién. Hay diversas opiniones al respecto, pero mi convicción personal es que Judas utilizó los escritos de Pedro, porque, en 2ª Pedro 2, está escrito: «...*habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina*». Pedro está diciendo que los falsos maestros vendrán.

Judas, no obstante, dice: «*Porque*

algunos hombres han entrado encubiertamente... que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.». Es decir, Pedro anticipó que los falsos maestros vendrían, en tanto que Judas está afirmando que ellos ya habían llegado. Por tal razón, creo que Judas utilizó los escritos de Pedro.

La Gracia de Dios

¿Quiénes son los apóstatas? Aquellos que transforman la gracia de Dios en libertinaje. Ellos conocen la gracia de Dios. ¿Qué es esta gracia? Es la gracia de Dios manifestada en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. La gracia de Dios es su propio Hijo. Es a través de nuestro Señor Jesús que nosotros recibimos gracia, dones, bendiciones gratuitas, favor inmerecido, vida eterna. Aquellas personas conocen la gracia de Dios, pero la convierten en libertinaje.

Amados hermanos, todos nosotros hemos recibido la gracia de Dios, y necesitamos afirmarnos en ella. No deberíamos desperdiciarla ni transformarla en libertinaje. Hay quienes se atreven a sostener lo siguiente: 'La gracia de Dios para con nosotros es tan abundante, que no importa si nosotros pecamos. No hay problema alguno en pecar. Es tal su gracia, que él finalmente nos perdonará. Podemos vivir nuestra vida según nuestra propia voluntad, porque la gracia de Dios es sobreabundante'. Sin duda, esto es convertir la gracia de Dios en libertinaje.

La gracia de Dios nos es dada para que podamos ser santos. Si no la tuviésemos, ¿cómo podríamos

serlo? ¿Cómo podríamos ser separados y pertenecer a Dios por completo? ¿Cómo podríamos vivir piadosamente y ser como Dios es? ¿Cómo podríamos tener en nosotros el carácter de Dios? ¡Sería imposible! La gracia de Dios nos ha sido mostrada en Cristo Jesús para que podamos ser un pueblo apartado, santificado, a fin de poder servir y glorificar a Dios. Pero, algunos transforman la gracia de Dios en libertinaje, perversión, inmoralidad; transforman la gracia de Dios en una excusa para vivir de acuerdo con su propia voluntad, ¡y eso es apostasía!

Monarca Absoluto

«...y niegan a Jesucristo, nuestro único y Soberano Señor» (v. 4, NVI). Si ellos niegan al Señor, es porque un día lo habían confesado; de lo contrario, no podrían negarlo. Judas se refiere aquí a personas que aún no habían llegado al extremo de negar al Señor Jesús como su Salvador. Negar al Señor como Salvador es el espíritu del anticristo, al cual se refiere Juan en su primera carta. Ellos, por tanto, no habían negado al Señor como Salvador, pero lo negaban como nuestro único Soberano y Señor.

La palabra *soberano* utilizada en este versículo corresponde, en el griego, a una palabra especial que significa *déspota*. Esta palabra tiene hoy una connotación negativa, aludiendo a un monarca absoluto, que hace todas las cosas según su voluntad, aunque puede incluso matar a las personas si así lo desea. A eso llamamos despotismo. Pero la idea original del griego tiene una connotación positiva.

Nuestro Señor Jesucristo, que nos compró por un precio tan alto –su propia sangre– es nuestro monarca absoluto. Esto significa que no nos pertenecemos a nosotros mismos; le pertenecemos a él por entero. Él puede hacer con nosotros lo que bien le parezca. Él es nuestro Déspota, un déspota lleno de bondad. Es nuestro Soberano y Señor, y nosotros somos su propiedad. Nosotros debemos rendirnos a él por completo y obedecerle de modo absoluto.

Judas se refiere a aquellos que negaron a nuestro único Soberano y Señor Jesucristo. Ellos pueden no haber negado el nombre del Señor, pero lo negaron como su monarca absoluto. Ellos querían vivir sus vidas como bien les parecía, querían cuidar de sus propias cosas. No se involucraban con los intereses del Señor, ni querían someterse a la autoridad de Cristo. Eso es apostasía.

Amados hermanos, ¿conducen ustedes en que necesitamos ser exhortados sobre la apostasía, para que no lleguemos, por negligencia, a convertir la gracia de Dios en libertinaje? ¿Creen que nosotros también corremos el riesgo de llegar a negar a nuestro único y Soberano Señor, Jesucristo? ¡Esto es algo muy serio! Esto significaría abandonar la fe que una vez fue dada a los santos.

¡Oh, cómo necesitamos afirmarnos en la gracia de Dios y permitir que ella obre en nuestras vidas de tal manera que podamos ser totalmente santificados por Dios! Necesitamos confesar al Señor Jesús como nuestro Soberano y Señor absoluto, y entregarle nuestras vidas completamente, para que no comencemos de ninguna for-

ma a vivir de acuerdo con nuestra propia voluntad. ¡Cómo necesitamos realmente ser exhortados acerca de estas cosas! ¡Cómo la iglesia ha abandonado la fe!

Andando Según la Carne

«*No obstante, de la misma manera también estos soñadores mancillan la carne, rechazan la autoridad y blasfeman de las potestades superiores*» (v. 8). Hay dos tipos de soñadores. Hay un primer grupo de soñadores legítimos. Nosotros necesitamos tener sueños; pero nuestros sueños deben venir de lo alto, debemos tener visión. Dios nos ha dado visión, ha revelado su mente y corazón a nuestro espíritu.

Sin embargo, hay un segundo grupo de malos soñadores. Sus sueños no se originan en lo alto, sino en su propia concupiscencia, en sus propios deseos carnales. Ellos comienzan a pensar mucho sobre un determinado asunto y empiezan a soñar con respecto a eso. No son personas que recibieron visión celestial, sino personas que construyen sus propios sueños. ¿Cuál es tu sueño? Si sueñas con el Señor, serás como él es; si sueñas con el mundo, te harás semejante al mundo.

Estos soñadores mencionados por Judas andaban según la carne y no según el Espíritu. Ellos despreciaban el gobierno y difamaban a las autoridades superiores. No obedecían, despreciaban la autoridad. Toda autoridad procede del Señor, y si desprecias la autoridad, estás despreciando a Dios. Ellos querían ser sus propios señores, y hablaban mal acerca de cosas que ellos mismos desconocían; distorsionaban la verdad acerca de

hechos que les eran conocidos, y se contaminaban a sí mismos.

«*Estos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho*» (v. 16). Murmuraban constantemente; se quejaban y hablaban palabras impregnadas de orgullo y exageración; mucha palabrería, con el fin de obtener ganancia para sí mismos. Esa es, por tanto, la descripción de los apóstatas.

Cómo Reconocer a los Apóstatas

En nuestros días, hay muchos apóstatas, muchos falsos maestros y falsos profetas en la iglesia. El espíritu del anticristo ya está en la iglesia. Vivimos días de apostasía. ¿Cómo reconocer a los apóstatas? A través de sus caminos, de sus acciones, «...*porque han seguido el camino de Caín*» (v. 11). Eso se refiere al relato de Génesis 4. Caín ofreció en sacrificio a Dios el producto de la tierra. Él creía tener algo bueno en sí mismo; no se consideraba un pecador que necesitaba ser redimido mediante el derramamiento de sangre. Por tal razón, él quiso ofrecer a Dios sus buenas obras, pensando que sería aceptado. Pero fue rechazado, se airó por causa de aquello y asesinó a su hermano Abel. Ese fue el camino de Caín.

Podemos reconocer a los apóstatas a través de sus caminos y de sus hechos. Ellos no siguen el camino del Cordero de Dios; al contrario, desprecian la sangre del Señor Jesús. Están tan llenos de confianza en sí mismos, que creen poseer suficientes méritos para agradar a Dios. Ellos piensan que pueden ser aceptos a Dios por medio

de sus propios méritos. Este es camino de Caín.

En segundo lugar, es posible reconocer a los apóstatas porque ellos caen en el error de Balaam, el cual buscaba recompensa. Eso se refiere al relato de Números capítulos 22 al 24. Balaam, el profeta gentil, fue pagado por Balac el madianita para maldecir al pueblo de Israel, aunque Dios no permitió que Balaam maldijera a Su pueblo, y el Señor transformó esa maldición en bendición.

Por esta razón, Balaam aconsejó a los madianitas enseñándoles a inducir al pueblo de Israel a pecar, para que éstos atrajesen maldición sobre sí mismos. Para su propio provecho, él vendió su don profético. Así, pues, los apóstatas pueden ser reconocidos porque ellos siempre caen en el error de Balaam. Es posible que ellos hayan recibido dones proféticos de Dios; sin embargo, ellos usarán esos dones para obtener beneficio propio, en lugar de anunciar los oráculos de Dios con fidelidad.

En tercer lugar, los apóstatas son caracterizados por Judas por ser como los que «*perecieron en la contradicción de Coré*». Este incidente está relatado en Números capítulo 16. Coré, un hombre de la tribu de Leví, conspiró junto con los líderes de Israel contra Moisés y Aarón, en busca de posición y poder. Ellos comenzaron a difamar a Moisés y a Aarón, y a causa de ello perecieron. Los apóstatas siempre intentan ocupar una posición que Dios no ha designado para ellos. Son ambiciosos y no se satisfacen con lo que Dios les dio; ellos siempre quieren algo más y, finalmente, a causa de ello, perecen.

Las Escrituras usan diferentes expresiones para describir a los apóstatas. «*Estos son manchas en vuestros ágapes*» (v. 12). En la iglesia del primer siglo, los hermanos se reunían a comer juntos; esa reunión se llamaba amor *ágape*. Era una expresión de amor. Pero los apóstatas que estaban allí participaban y eran como rocas inmersas en las fiestas de amor. Una roca sumergida es un peligro para una embarcación, pues, por el hecho de estar bajo el agua, no puede ser vista, y un barco puede chocar con la roca desprevénidamente y naufragar. Así son los apóstatas.

Judas prosigue diciendo que ellos son como pastores que «*se apacientan a sí mismos*», quieren todo para su provecho. Son «*nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos*». Cuando vemos acercarse una nube, pensamos que traerá lluvia; pero los apóstatas, como nubes sin agua, son falsos, hipócritas. «*...árboles otoñales, sin fruto*». No hay frutos, sólo apariencia. Son como «*fieras ondas del mar, que espuman su propia vergüenza; estrellas errantes, para las cuales está reservada eternamente la oscuridad de las tinieblas*». Así son los apóstatas. Su castigo viene sin demora; el Señor vendrá a juzgarlos. Estamos prevenidos contra la apostasía, para que no abandonemos la fe que fue dada a los santos.

Damos gracias a Dios porque la epístola de Judas no terminó en el versículo 19, pues, en tal caso, tendría

una connotación negativa. Judas se sintió impulsado a exhortarnos a contener ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Él no pudo hablar acerca de nuestra común salvación, según había sido su propósito inicial. Pero aun así, nuestra salvación común es un tema que está profundamente arraigado en su corazón. Así, a partir del versículo 20, él se vuelve al aspecto positivo.

«*Pero vosotros, amados...*». Ustedes, hermanos y hermanas, «*llamados en Dios Padre y guardados en Jesucristo*», ¿qué deberán hacer cuando estén viviendo en una época de apostasía? ¿Será que, al ver tanta gente apostatando por doquier, tú también te harás apóstata? ¿Tú también aban-

No te conformes con tu condición espiritual. Corres el peligro de sentirte satisfecho y pensar que ya has alcanzado la meta, que ya lo tienes todo y que ya no hay nada más por lo cual luchar.

donarás la fe? ¡No! Al contrario, el hecho de encontrarte rodeado por la apostasía debe ser un motivo más para que contiendas más que nunca por la fe que ya una vez te fue dada.

Edificándoos...

«*...edificándoos sobre vuestra santísima fe*». Hermano, cuando muchos están perdiendo su fe, abando-

nándola, es el momento en que tú debes edificarse en la fe santísima. Si no estás avanzando, estás retrocediendo; no hay término medio. «*Vamos adelante a la perfección*» (Heb. 6:1). La única forma de no retroceder es avanzar hacia la madurez, es estar siendo edificado. Si tú estás siendo edificado, estás siendo destruido. No hay término medio. No podemos darnos el lujo de quedarnos estancados.

Hermanos, que no haya en nosotros ese conformismo que no es santo. No te quedes conforme con tu condición espiritual. Corres el peligro de sentirte satisfecho y pensar que ya has alcanzado la meta, que ya lo tienes todo y que ya no hay nada más por lo cual luchar. Si esa es tu actitud, ten cuidado de no caer. La única forma de evitar que abandonemos la fe es permanecer edificándonos en la fe santísima. No podemos volvernos flojos ni desanimarnos. Tenemos que continuar avanzando, esforzarnos, empeñarnos, batallar, a fin de poseer la fe santísima y ser edificados en ella.

Hermanos, tenemos que edificarnos en la fe santísima. Esto significa edificarnos de fe en fe, asociando fe con virtud, virtud con conocimiento, conocimiento con dominio propio, dominio propio con perseverancia, perseverancia con piedad, piedad con afecto fraternal, y afecto fraternal con amor (2ª Pedro 1:5-11). Debes estar continuamente edificándote en la fe santísima.

Orando en el Espíritu Santo

La segunda cosa que debemos hacer es orar en el Espíritu Santo (v. 20). Orar en el Espíritu Santo no significa orar sólo en lenguas. Orar en el

Espíritu Santo, ya sea en lenguas o en palabras comprensibles, significa simplemente que, cuando oramos, no lo hacemos de acuerdo con nuestra propia mente ni nuestras propias palabras, sino confiando en el auxilio del Espíritu Santo, para que él nos enseñe a orar y podamos hacerlo de acuerdo con la voluntad de Dios.

¿Por qué razón debemos orar en el Espíritu Santo? Simplemente, porque si tú deseas ser edificado en la fe santísima, descubrirás cuán impotente eres. Si nunca lo has intentado, pensarás que eres capaz; pero si lo intentas, verás que es algo imposible de lograr por nosotros mismos. Comenzarás a percibir tu debilidad; pero, gracias a Dios, el Espíritu Santo está con nosotros para socorrernos en nuestra flaqueza. Cuando oramos, estamos mostrando cuánto dependemos de Dios. Por ese motivo oramos. A medida que el Espíritu Santo revela tu debilidad, tú oras de acuerdo con la mente de Dios.

Guardados en el Amor de Dios

«...*conservaos en el amor de Dios*» (v. 21). ¿Cómo podrás ser guardado en el amor de Dios? Juan 14:23: «*El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará*». Nosotros estamos procurando edificarnos, estamos orando. Por la gracia de Dios, obedecemos, y a medida que obedecemos los mandamientos del Señor y guardamos su palabra, somos guardados en el amor de Dios.

Esperando la Misericordia

«...*esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna*». Nosotros estamos esperan-

do siempre el retorno de nuestro Señor Jesucristo. Cuando él regrese, tendrá misericordia de nosotros. Nosotros nada merecemos. No pienses que tú eres quien realizó algo. Todo es por su gracia, por su misericordia, y también es por misericordia que esperamos su venida. Entonces, es de esa forma que debemos contender por la fe que una vez fue dada a los santos.

«Y a aquel que es poderoso para guardarlos sin caída, y presentarlos sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén» (v. 24-25). Después que

todo haya acabado, tendremos que reconocer que fue Dios quien nos guardó. Amados hermanos, nosotros no podemos guardarnos a nosotros mismos. Gracias a Dios, él es poderoso para guardarnos de tropezos. Y no sólo eso. Él es también poderoso para presentarnos con gozo, sin mancha, ante su gloria. Esa es nuestra bendita esperanza. Nuestra confianza no está en nosotros mismos. No pensemos que somos mejores que los demás. Estamos tan expuestos a caer como cualquiera otra persona. Es sólo por causa de él. Por tanto, a él sea gloria y majestad, honra y poder, para siempre. Amén.

Dondequiera que vayas, lo que sea que hagas, aun cuando tu vida pueda ser solitaria, el Espíritu Santo está contigo y en ti para hacerte consciente de la presencia de Cristo. De esta forma Cristo se te revela a sí mismo; y cada tiempo de conciencia, cada tiempo de evocación, será el resultado directo de la operación del Espíritu Santo en tu mente, llevándote a pensar, a recordar y a responder a la presencia de tu Señor.

Lo que sea que hagas en el negocio, la oficina, la fábrica, la casa, la calle, o mientras viajas, cuando recuerdas a Jesucristo, en medio de estas diversas ocupaciones y sentidos, es el Espíritu Santo quien está capacitándote para hacerlo.

En las circunstancias especiales de tu vida, tú puedes quedar aislado de la comunión cristiana. Pero puedes enfrentar toda esa soledad en la tranquila confianza de que el Espíritu de Dios está siempre dentro de ti para recordarte la presencia de Cristo.

La comunión cristiana es una cosa dichosa y feliz, pero no es lo principal en la vida de un cristiano. Lo primordial es tener a Cristo mismo. Y esa presencia de gracia es ministrada a ti a través de la morada interior del Espíritu Santo, el Consolador.

Así, en cada momento de tentación o dificultad, el Espíritu Santo está listo para revelar a Cristo como la respuesta a todos tus problemas y el Salvador de todas las tentaciones.

J. Russell Howden



El que gana almas es sabio.
(Proverbios 11:30).

Cómo llevar personas a Cristo

Watchman Nee

Miremos el asunto de cómo conducir personas al Señor desde dos ángulos: primero, acercándonos a Dios en favor de los pecadores; y luego, acercándonos a los pecadores de parte de Dios, y la técnica de cómo conducir personas al Señor.

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

ACERCANDONOS A DIOS EN FAVOR DE LOS PECADORES

La Oración es Básica para la Salvación de las Almas

Existe un principio fundamental en la salvación de las almas, y es que, antes de hablar a una persona, debes orar a Dios. Primero ora al Señor y luego podrás hablar. Es absolutamente necesario interceder ante Dios en favor de la persona a quien hablarás más adelante. Si le hablas antes de orar, no lograrás nada.

Por lo tanto, lo primero que debes hacer es pedir a Dios algunas almas. *«Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí...»* (Juan 6.37), dijo el Señor Jesús. Y también recordamos cómo Dios añadía cada día a la iglesia a los que habían de ser salvos (Hechos 2.47). Debemos pedir a Dios por las almas. Necesitamos orar: «Oh Dios, danos almas para el Señor Jesús, agrega personas a la iglesia». Las personas son dadas cuando las pedimos. Los corazones humanos son tan sutiles que no se doblegan con facilidad. Por esto, debemos orar fervientemente por una persona antes de hablarle. La oración es vital. Ora nombrando a aquellas personas a las cuales deseas conducir a Cristo, cree que Dios las salvará, y entonces guíalas al Señor.

El Mayor Obstáculo para Orar es el Pecado

Los nuevos creyentes deben estar especialmente atentos a rechazar todos los pecados conocidos. Debemos aprender a vivir una vida santa delante de Dios. Si alguien es permisivo en lo referente al pecado, su oración será obstaculizada completamente. El pe-

cado es un problema grave. Muchos no pueden orar porque toleran el pecado en sus vidas. El pecado no sólo obstruirá nuestras oraciones, también hará naufragar nuestra conciencia.

Los nuevos creyentes deberían ver que la cuestión del pecado debe ser resuelta si quieren ser diestros en la oración. Por lo tanto, deben tener en cuenta especialmente el valor inapreciable de la sangre. Han vivido en el pecado tanto tiempo que no podrán ser totalmente liberados del pecado si son, aunque sea levemente, indulgentes con él. Necesitan confesar uno a uno sus pecados ante Dios, ponerlos uno a uno bajo la sangre, rechazar cada uno de ellos, y ser libres de ellos. Así su conciencia será restaurada. Por la purificación de la sangre, la conciencia es restaurada de inmediato. Con el lavamiento de la sangre, la conciencia ya no acusa y puedes ver naturalmente el rostro de Dios. Nunca te permitas caer hasta un punto en que te tornes débil ante Dios, porque entonces no podrás interceder en favor de otros. Por lo tanto, esta cuestión del pecado es la primera cosa que debes atender a diario. Trata eficientemente con el pecado; entonces podrás orar sin tropiezos delante de Dios y traer personas a Cristo. Si recuerdas diariamente a las personas ante el Señor con fe, pronto las ganarás para Cristo.

Ora con Fe

Una vez que los creyentes se han ocupado a fondo de sus pecados y han llegado a mantener una limpia conciencia delante de Dios, necesitan ayuda adicional para ver la importancia de la fe.

En realidad, la vida de oración de los nuevos creyentes está involucrada esencialmente con la conciencia y la fe. Aunque la oración es algo profundo, para los nuevos creyentes es sólo una cuestión de conciencia y de fe. Si su conciencia delante de Dios está limpia, su fe se fortalece con facilidad. Y si su fe es suficientemente sólida, su oración será respondida fácilmente. Por lo tanto, es necesario que ellos tengan fe.

¿Qué es la fe? Es no dudar cuanto estás orando. Es Dios quien nos impulsa a orar. Es Dios quien nos asegura que podemos orar a él. Si oramos, él no puede sino darnos una respuesta. Él dice: «*Llamad, y se os abrirá*».

Es absolutamente necesario interceder ante Dios en favor de la persona a quien hablarás más adelante. Si le hablas antes de orar, no lograrás nada.

¿Cómo puedo yo golpear y él negarse a abrir? Él dice: «*Buscad, y hallaréis*». ¿Puedo buscar y no encontrar? Él dice: «*Pedid, y se os dará*». Es absolutamente imposible que pidamos y no se nos dé. ¿Quién pensamos nosotros que es nuestro Dios? Deberíamos ver cuán fieles y confiables son las promesas de Dios.

La fe viene por la palabra de Dios. Porque la palabra de Dios es como dinero en efectivo, que puede ser tomada y ser utilizada. La promesa de Dios es la obra de Dios. La promesa

nos dice cuál es la obra de Dios, y la obra nos manifiesta a nosotros la promesa de Dios. Si creemos la palabra de Dios y no dudamos, habitaremos en la fe y veremos cuán digno de confianza es todo lo que Dios ha dicho. Nuestros ruegos serán respondidos.

ACERCANDONOS A LOS PECADORES DE PARTE DE DIOS

No basta sólo con orar por los pecadores e ir ante Dios en favor de ellos. También debemos acercarnos a ellos en nombre de Dios. Necesitamos decirles cómo es Dios. Muchas personas se atreven a hablar con Dios, pero carecen de valor para hablar a los hombres. Los jóvenes deben ser entrenados para hablar a otros con valentía. No sólo necesitan orar sino también oportunidades de hablar.

Al hablar con la gente, hay algunas cosas que deben ser observadas especialmente.

Nunca Discutas Innecesariamente

Para hablar a las personas, necesitamos un poco de técnica. Ante todo, no debemos entrar en discusiones innecesarias. Esto no significa que nunca debemos discutir, porque en Hechos encontramos varias instancias donde hubo discusión; aun el apóstol Pablo discutió. Si tú tienes que discutir, argumenta con una persona en beneficio de una tercera persona que oye. Pero con aquel a quien deseas ganar para Cristo, general-

mente es preferible no discutir. No discutas con él ni argumentes para que él oiga. ¿Por qué? Porque la discusión puede ahuyentar a la gente en vez de atraerla. Necesitas mostrar un espíritu apacible; de otro modo, ellas huirán de ti.

Muchos piensan que la discusión puede conmovier el corazón de una persona. Pero no es así. La argumentación, a lo más, trae sólo a sujeción la mente de las personas. Por lo tanto, es preferible hablar menos palabras de nuestra mente y en cambio testificar más. Háblales del gozo, la paz y el descanso que has experimentado después que creíste en el Señor Jesús. Estos son hechos que nadie puede rebatir.

Utilizando los Hechos

Otro método para conducir personas al Señor es utilizar hechos, no doctrinas, mientras hablas. No es a causa del carácter razonable de la doctrina que la gente viene a la fe. Muchos ven la lógica de la doctrina pero todavía no creen.

A menudo es el simple quien puede salvar almas. Aquellos que son elocuentes en predicar doctrina pueden corregir las mentes de la gente, pero son incapaces de salvar almas. El objetivo es salvar a las personas, no corregir sus mentes. ¿Cuál es el provecho de tener una mente correcta, si se les deja sin salvación?

Mantén una Actitud Sincera y Seria

Al testificar, nuestra actitud debe ser sincera y seria, no dada a la frivolidad. No debemos discutir, sino sólo dar a conocer los hechos de lo que hemos experimentado ante Dios. Si

permanecemos en esta posición, podremos conducir a muchos al Señor. No trate de tener un gran cerebro; sólo subraye los hechos. Podemos bromear acerca de otros asuntos, pero en esta materia debemos ser sinceros.

Pide a Dios Oportunidades

Debemos rogar a Dios que nos dé oportunidades de hablar con las personas. Si oramos, se nos darán esas oportunidades. Algunas personas parecen ser difíciles de abordar. Pero si tú ruegas por ellos, tendrás ocasión de hablarles y ellos serán cambiados.

Por lo tanto, debemos aprender a orar y también a hablar. Muchos no se atreven a abrir su boca para hablar del Señor Jesús a sus amigos y familiares. Quizás las oportunidades te están aguardando, pero tú las has dejado escapar porque tienes miedo.

Busca a Gente de tu Misma Categoría

Según nuestra experiencia, es preferible que la gente busque y salve a aquellos de su misma categoría. Esta es una regla común. Las enfermeras pueden trabajar entre las enfermeras, los doctores entre doctores, los pacientes entre pacientes, los funcionarios públicos entre funcionarios públicos, los estudiantes entre estudiantes. Trabaja con aquellos que son más cercanos a ti. No necesitas comenzar con reuniones al aire libre, sino con tu familia y conocidos. Es natural para los doctores trabajar con sus pacientes, los profesores con sus estudiantes, los patronos con sus empleados, los amos con sus sirvientes.

No digo que no haya excepciones, pues hay algunas. Nuestro Señor Jesús mismo nos dio algunos ejemplos excepcionales. Sin embargo, esta regla con respecto a las personas de la misma categoría, por lo general, es preferible. Que un minero predique en una universidad, es excepcional. Todavía, aunque el Señor hace a veces cosas excepcionales; con todo, él no puede esperar hacer tales cosas a diario. Por ejemplo, no es muy apropiado para una persona muy culta hablar con los obreros en un muelle. Pero si algunos estibadores son salvados y salen a salvar el resto, me parecen un contacto más adecuado y más fácil.

Trae Personas ante Dios a Diario, a Través de la Oración

Nunca habrá un tiempo en que no haya nadie que ore. Tú puedes orar por tus compañeros de estudio, por tus pares, tus colegas profesionales o compañeros de trabajo. Pide a Dios que ponga especialmente uno o dos de ellos en tu corazón. Cuando él pon-

ga a una persona en tu corazón, escribe su nombre en tu registro y ruega diariamente por ella.

Después de que hayas comenzado a orar por un alma, debes también hablar con aquella persona. Háblale de la gracia del Señor hacia ti. Esto es algo que no podrá resistir u olvidar.

A Tiempo y Fuera de Tiempo

Finalmente, deseo mencionar que no está prohibido hablar a aquellos por los cuales no has orado antes. Habrá algunos a quienes hablarás cuando los encuentres por primera vez. Aprovecha cada oportunidad; habla a tiempo y fuera de tiempo, porque tú no sabes quién se escapará. Debes abrir tu boca a menudo, así como debes orar siempre.

Ruega por aquellos que tienen nombres y ruega por muchos cuyos nombres desconoces. Ora para que el Señor salve pecadores. Cuando te encuentres casualmente con un pecador, si el Espíritu de Dios te mueve, háblale.

He aquí, Señor, un vaso vacío que necesita ser llenado. Mi Señor, llénalo. Soy débil en la fe, fortaléceme. Mi amor es frío; caliéntame y hazme ferviente en amor hacia mi prójimo. No tengo una fe fuerte y firme. A veces dudo y soy incapaz de confiar en ti por completo. Oh Señor, ayúdame. Fortalece mi fe y confianza en ti.

En ti he sellado los tesoros de todo lo que poseo. Soy pobre; tú eres rico, y eres misericordioso con los pobres. Yo soy un pecador; tú eres íntegro. En mí, hay abundancia de pecado; en ti está la plenitud de la justicia. Por lo tanto, permaneceré contigo, de quien puedo recibir pero a quien yo no puedo dar. Amén.

Martín Lutero

FAMILIA

Además de lidiar con sus propias cuestiones, los adolescentes tienen que relacionarse con sus padres que, a su vez, están viviendo sus propias crisis.

Crisis vs. crisis

Marcelo Díaz



La adolescencia es una de las etapas más fascinantes de la vida. En ella, los seres humanos despertamos a un mundo nuevo. El mundo cautivante que se nos abre nos invita a explorar nuevas experiencias.

En ello, los jóvenes aprenden a discriminar entre lo bueno y lo malo. De un momento a otro dejan de ser niños, para ser considerados casi adultos. Los niños sueñan con ser grandes.

Algunos dicen que la adolescencia se llama así justamente porque se adolece de muchas cosas. La personalidad aún está en construcción, envuelta en un cuerpo que se ha desarrollado exteriormente, pero carente de elementos psíquicos que permitan un adecuado intercambio con el medio. Otros dicen que la adolescencia, etimológicamente, significa padecimiento, es decir, dolor, sufrimiento. Se sufre el dolor de crecer. Es el dolor provocado por la transformación de un estado a otro, de ser niño a ser «hombre o mujer». Por eso, a este período se le llama muchas veces: «Crisis de la adolescencia», pues existen en él muchas fuerzas opuestas en juego.

La verdad, es que siendo la adolescencia un mundo fascinante, muchos jóvenes «la pasan muy mal», ya que los cambios que experimentan, tanto fisiológicos como psicológicos, traen como consecuencia alteraciones incomprensibles aún para ellos mismos. Los desequilibrios emotivos, del ánimo, las fantasías de los pensamientos, la imaginación desbordada y el egocentrismo desmedido en su cuerpo, hacen que la vida emergente de un adolescente no sea del todo grata.

Un punto importante, en medio de toda esta situación, es constatar el hecho de que los adolescentes, además de lidiar con sus propias cuestiones, tienen que relacionarse con sus padres que, a su vez, están viviendo sus propias crisis. Por lo general, la crisis de la adolescencia sorprende a los padres en lo que la psicología llama *crisis de la mitad de la vida* o *crisis de los cuarenta* (40 a 50 años).

En la media vida o edad media, al contrario de la adolescencia, los padres sufren por el acto de «decrecer». La línea ascendente del crecimiento comienza a transformarse en la curva de descenso. Ya no hay más cumbre que alcanzar; el hombre y la mujer han llegado a la cúspide de sus energías y todo comienza cuesta abajo. El cambio más evidente es el exterior. El cuerpo, que antes se desarrollaba tan emergentemente, ya no responde con la misma calidad y eficiencia.

En esta edad, se advierten los primeros síntomas de enfermedades y los fármacos comienzan a ser cada vez más frecuentes en la rutina del día. Las mujeres están próximas a los cambios de la menopausia o llegaron a ella. Aparece el temor a las enfermedades, generando actitudes hipocondriacas que se centran en el cuerpo. La tendencia a engordar, las arrugas, las canas y la caída del cabello son parte de una sutil preocupación. El cansancio de las responsabilidades, la desilusión de los proyectos juveniles postergados para mejores tiempos, confabulan para que, tanto hombres como mujeres, asuman desesperadamente conductas o experiencias de riesgo, atrevidas, como cuando se era joven, lo que muchas veces conlleva al cambio en la forma de vestirse, frecuentar nuevas amistades, en respuesta a un inconsciente temor a la vejez, que en muchos casos termina por

Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten.

(Colosenses 3.21).

destruir la fatigada vida matrimonial y también la fe.

En conclusión, los padres también viven sus crisis, y los adolescentes que están en pleno proceso de transformación tienen que soportar sus repercusiones. Ambas tienden a aparecer simultáneamente y se nutren simbióticamente para hacer tanto de adolescentes como de padres, personas amargadas e incomprensidas.

Pero la responsabilidad mayor está en los padres. Son ellos los que han sido puestos por Dios para conducir el proceso de la vida de los más pequeños. Enfrentarse a sus frustraciones y la realidad de la vida es una cuestión que deben saber resolver con Dios.

Una de las equivocaciones más frecuentes de los padres, en este periodo, es proyectarse equivocadamente en los hijos. Los mayores sienten que la vida se les va, y ven en la emergente vida de sus hijos una oportunidad para desarrollar sus aspiraciones.

Exasperar a un hijo es darle un propósito equivocado que nace de la frustración humana más que del corazón de Dios.

Por fin podrán llevar a cabo sus profundos anhelos y frustraciones. Para ello, cuentan con la experiencia que les ha dado la vida, y arbitrariamente con la juventud de sus hijos, en un intento desesperado, proyectan en sus hijos adolescentes lo que ellos no fueron, aquello que ya no podrán ser. Esto

genera un problema que la Biblia advierte cuando dice: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten» (Col. 3:21). «Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor» (Efesios 6:4).

Reflexionando en esto podemos concluir, en parte, que exasperar a un hijo es darle un propósito equivocado que nace de la frustración humana más que del corazón de Dios. La palabra de Dios es clara en enseñarnos que los hijos deben ser criados «en la disciplina y amonestación del Señor» (Ef. 6:4) Es decir, aquella que viene y pertenece al Señor, que trabaja en función del diseño divino en la vida de los hijos.

La epístola a los Hebreos denuncia la disciplina de padres terrenales cuando nos dice: «Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos ... Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía...» (12:9-10).

El término «...como a ellos les parecía», implica un diseño nacido del corazón, la injusticia de una mala formación, no conforme al corazón de Dios. Por esto, los padres creyentes, que han nacido de arriba, deben buscar el diseño celestial para sus hijos. En oración buscar la voluntad de Dios. Ver en sus «crisis», la oportunidad de crecer juntamente con sus hijos.

Obvia y felizmente estas crisis no afectan por igual a todas las perso-

nas. Su efecto dependerá de la situación de cada individuo. Sin embargo cuando esto ocurra, es bueno saber que Dios es actor en el proceso de la vida, quien vigila y sustenta la «crisis» para el crecimiento.

Que alegría es saber que en medio del torbellino de la vida, Dios da su consejo. *«Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino...»* (Job. 38:1; 40:6). Cuando todo está revuelto, y nada parece estar en su lugar, Dios siempre sigue firme en su trono, reinando con su palabra. A los que claman al Señor, él nunca los dejará a sus propias expensas; siempre se reservará el derecho de ser quien es: Jesús, Señor y Salvador.

Por otra parte tenemos el ministerio del Espíritu, que cuida de nosotros. Él asume el rol de Elías, de Juan el Bautista: *«He aquí yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día del Señor, grande y terrible. Él hará vol-*

ver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...» (Mal. 4:5-6).

El Señor está cerca. El Espíritu da testimonio, llama a la restauración, prepara el camino al Señor. El arrepentimiento es el primer paso, y nosotros los padres somos los primeros que debemos responder; debemos ganar el corazón de nuestros hijos para el Señor con nuestra conducta. La indiferencia y rebeldía de un hijo muchas veces es producto del desinterés y distanciamiento del corazón de un padre. Arrepentirnos de nuestras malas obras es el comienzo de una vida nueva llena de frutos para Dios. El corazón arrepentido de un padre necesariamente determinará el arrepentimiento del corazón de un hijo. A su tiempo, Él hará volver el corazón del hijo a su padre.

Que Dios nuestro Padre nos conceda su gracia.

La victoria es el derecho del creyente, tan real como el aire que respira. Sin embargo, este debe entender las condiciones. Debe verse a sí mismo entronizado con Cristo. Debe verse a sí mismo, de acuerdo con la propia Santa Palabra de Dios, como crucificado con el Señor Jesús, muerto, sepultado, levantado y sentado en los lugares celestiales con su Señor y Salvador Jesucristo.

Sin esto, el creyente caerá derrotado a pesar de todos sus esfuerzos y sus oraciones. Asumiendo esta posición es más que vencedor por medio de Aquel que lo amó y se entregó a sí mismo por él.

F. J. Huegel

¡Que nuestro tiempo sea dedicado a Dios en cada momento! El año se compone de minutos. ¡Que éstos sean vistos como dedicados a Dios! Es en la santificación de lo pequeño que aseguramos la santificación de lo grande.

G. Campbell Morgan



El querer y el hacer

Harry Foster

El oboe es un instrumento musical poco común, y difícil de tocar, pero los padres del pequeño León tenían razones muy especiales para desear que él aprendiera a

tocarlo. Estas habían comenzado en un deseo del abuelo, que ellos hicieron suyo con entusiasmo.

León era todavía un niño, pero ya había mostrado signos de vocación

Cuando Dios ha despertado en nosotros el deseo de ser como Cristo, entonces puede obrar en nosotros para convertir en realidad ese anhelo.

musical. El problema era cómo interesarlo lo suficiente para aceptar la disciplina y el esfuerzo necesarios para convertirse en un buen oboísta. Ellos sentían que para serlo, debía primero anhelarlo.

El padre de León era también un músico virtuoso; y de hecho, él dirigía la orquesta en el Teatro de la Opera. Ocurría que en muchas óperas el oboe tenía partes solistas, y fue esto lo que le dio al padre una idea. Meditando sobre el asunto, concibió un plan que, para funcionar, requeriría de su propia orquesta y de la madre de León. Y era así:

Siempre que hubiese un solo de oboe en el programa, el pequeño sería llevado a la ópera. Cuando se tocara la parte del oboe, su madre le haría centrar su atención allí. Al principio él no lo captaba bien, pero paulatinamente llegó a reconocer claramente el instrumento, y cuando lograba identificarlo, se sentía dichoso de poder hacerlo.

Con el paso del tiempo, León mejoró más y más. Finalmente, ya no necesitaba la ayuda de su madre, pues orgullosamente él se lo señalaba en cuanto oía el oboe. Así pasaron meses de constantes visitas a la ópera, no tanto para oír el resto de la música, sino por el oboe, que el muchacho estaba aprendiendo a apreciar y disfrutar. De hecho, el instrumento se estaba volviendo uno de los intereses principales de su vida.

Ahora, pensó su padre, era tiempo de dar el próximo paso. Así, en una ocasión en que se mencionaba el ins-

trumento, le preguntó a León: «¿Te gustaría aprender a tocar el oboe?». ¡Por supuesto! León apenas podía responder por la excitación. ¡Nada le gustaría más! Era tan grande su ale-

Muchos cristianos quieren ser como Cristo, pero no avanzan en las lecciones de la vida diaria que harán posible en ellos tal semejanza.

gría, que ya no podía pensar en otra cosa que no fuese tocar el oboe.

Así que las lecciones empezaron. No fue fácil. Su deseo de aprender requirió dedicación y constante ejercicio. Pero de algún modo el trabajo parece más fácil cuando tú quieres hacerlo. Así que, a su debido tiempo, León no sólo aprendió a tocar, sino que se transformó de hecho en un exitoso oboísta.

Todo llegó a ser posible una vez que él quiso hacerlo, y su padre había obrado con mucha sabiduría para lograr que él lo deseara, antes de trabajar para conseguir que lo hiciera. De esa manera, el anhelo familiar se convirtió en una realidad.

Esta es una historia real, y constituye una buena ilustración para explicar el texto que dice: «*Porque Dios es que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*» (Fil. 2:13). Nuestro Padre celestial tiene un plan para nuestras vidas, tal como el padre de León lo tenía para su muchacho. Y él también empieza despertando en nosotros un deseo de hacer Su voluntad. Él trabaja en nosotros y «produce el querer...».

Es por eso que nosotros como cristianos leemos la Biblia. Allí vemos cómo el Señor Jesús vivió, y cuanto más leemos, más nos vamos identificando con él, apreciándolo y anhelando, finalmente, ser como él es. Cuando Dios ha despertado en nosotros el deseo de ser como Cristo, entonces puede obrar en nosotros para convertir en realidad ese anhelo. Cuando León quiso tocar el oboe, dio el primer paso para conseguirlo. Este primer paso tuvo que ser seguido de

muchos otros, porque no era suficiente con sólo «quererlo»: había que «hacerlo».

Muchos cristianos quieren ser como Cristo, pero no avanzan en las lecciones de la vida diaria que harán posible en ellos tal semejanza. Nuestro Padre celestial anhela enseñarnos estas lecciones y obrará su voluntad en nosotros, si es que realmente queremos que él lo haga.

*Traducido de
«A Witness and A Testimony».*

Muy a menudo, los creyentes cometemos una seria equivocación, imaginando que, mientras la salvación viene a nosotros libremente, la victoria depende de nosotros mismos. Sabemos que no podemos agregar ningún mérito u obra nuestra para obtener la salvación. Simplemente tenemos que venir a la Cruz y aceptar al Señor Jesús como nuestro Salvador. ¡Este es el evangelio! Comprendemos que no podemos ser salvados por obras, aunque razonamos que para la santificación hemos de hacer buenas obras después de ser salvos. Esto equivale a decir que, aunque no puedes ser salvo por obras, necesitas depender de obras para obtener la victoria.

Permíteme decirte que así como no has sido salvo por obras, tampoco puedes vencer por medio de las obras. Dios ha declarado que eres incapaz de hacer el bien. Cristo murió por ti en la Cruz, y ahora él está viviendo para ti, dentro de ti. Lo que es de la carne es carne, y Dios rechaza todo lo que proviene de ella. No obstante, tenemos la tendencia a suponer que, mientras que la salvación depende de la muerte sustitutiva de Cristo en la Cruz, nosotros debemos pensar en hacer el bien, obrar bien y esperar hacer el bien para triunfar en nuestras vidas. Sin embargo, hemos de entender que no podemos hacer nada bueno. ¡La victoria nos es dada por Dios gratuitamente!

G. Campbell Morgan

Es más fácil mantener al enemigo fuera, que expulsarlo después que él ha ganado la entrada.

Autor anónimo

Él es suficiente para nosotros, aunque la senda sea diez mil veces más penosa y difícil.

George V. Wigram

Odisea de un judío tunecino.



Desde el desierto a las aguas vivas

William Raccah

Al sentarme y meditar en lo que estoy a punto de decirles, parece más apropiado empezar por mis inicios hace casi 48 años. Yo soy un judío sefardí. Nací en Túnez,

un bello país ubicado en la costa mediterránea de África del Norte, entre Libia y Argelia. El pueblo tunecino tiene una rica historia y cultura. Allí los fenicios establecieron Cartago, de

donde lanzaron muchas expediciones marítimas y militares. Recordemos al gran general Aníbal, que cruzó los Alpes con elefantes para saquear Roma.

Los judíos se asentaron a lo largo de la costa mediterránea, tal como había ocurrido en Europa. Se establecieron grandes comunidades judías en los centros comerciales de África del Norte, desde Egipto a Marruecos. Durante los siglos, muchos nativos de esas zonas se unieron en matrimonio con los judíos que habían emigrado de Israel. Con el tiempo, ellos se convirtieron a una forma primitiva de Judaísmo.

Los judíos de Túnez se enfrentaron por un lado con las demandas de una iglesia establecida y por otro con un Islam avasallador. Lamentablemente, muchos fueron forzados a convertirse al Islam, y son musulmanes hasta nuestros días. Otros escogieron la muerte en lugar de aceptar la conversión. Sin embargo, otros pudieron sobrevivir y crecer como judíos en medio de las adversidades, escapando de la muerte a manos de los gobernantes religiosos de turno.

Mi familia procede de estos sobrevivientes, que se aferraron a la fe de sus antepasados. Eran gente dedicada al comercio de frutas exóticas, perfumes, aceite y telas finas. De ellos salieron también muchos estudiosos rabínicos que sostuvieron la fe a pesar de los poderes religiosos dominantes. De hecho, mis dos abuelos eran rabinos muy letrados, que deseaban ver perpetuado su amor por la sabiduría en las generaciones futuras.

Sin embargo, mi padre no fue un

rabino. Él encontró su vocación en las artes. Su oficio era tallar con arabescos el respaldo de espejos de oro, plata y cobre. Tenía su propia tienda, donde su talento le aseguraba un buen pasar. Mi madre provenía de una familia más liberal, sobre todo considerando el entorno musulmán en el cual vivían. De algún modo, ella tuvo éxito, llegando a ser abogada, una de las pocas mujeres de su tiempo en lograr semejante suceso.

Así, pues, éste es el contexto en el que yo nací: entre un pueblo rico en historia y cultura; dentro de una familia empapada en religión y educación; y dentro de un país que anhelaba su total emancipación.

La situación política en Túnez a fines de los años '40 y principios de los '50 era incierta, y se preparaba para la independencia y un resurgimiento de la persecución bajo la regla musulmana. Muchos judíos de allí se trasladaron al recientemente creado estado de Israel o a Francia. Algunos de nuestros parientes emigraron a Israel, pero mis padres, que eran gente preparada, fueron enviados como «exploradores» a Francia.

Mis padres se establecieron en París y empezó una nueva vida para mi hermana y yo. Vivimos en un departamento de dos piezas en el cuarto piso de un edificio que parecía a punto de derrumbarse. Compartíamos baños comunes con nuestros vecinos. No había tina de baño ni ducha, y era una verdadera proeza asearse en el fregadero de la cocina.

Tipicamente, mis días se dividían entre la escuela local y el Talmud-Torah, donde se me impartían los fundamentos de la fe judía. Los judíos

norteafricanos en París llegaron a ser una próspera comunidad de exiliados que añoraban tanto el pasado como el futuro. Cazados entre dos mundos, nosotros creamos uno propio. Nuestra música, lenguaje, comidas y costumbres eran reminiscencias de nuestro pasado. Las pequeñas sinagogas se volvieron el punto focal para muchas familias que intentaban conservar su identidad. Dentro de ese contexto, uno podía casi olvidar que había otro mundo a unas pocas estaciones de metro más allá.

Cuando yo tenía 11 años, mi familia se trasladó más al centro de la ciudad. Por primera vez, vivimos entre personas que hablaban, vestían y cocinaban diferente. Fuimos confrontados y rodeados por 'goyim'. ¡Nunca antes yo había visto tanta gente que no era como nosotros! También descubrí la libertad que permitía el metro y el sistema de autobuses.

Mientras mis compañeros de clase 'cristianos' se preparaban para sus confirmaciones religiosas, yo me preparaba para mi Bar Mitzvah. Y cuando me dirigía a mis clases hebreas los jueves y domingos, empecé a cuestionar lo que yo era y lo que suponía ser. Yo sabía que era un judío, pero, ¿qué más había allí para mí? ¿Podría yo disfrutar la vida un poco más?

Mi Bar Mitzvah fue el evento del año en la comunidad tunecina de París. Yo estaba allí para mostrar a todos que la tradición seguía vigente. Yo era uno de los primeros niños tunecinos recientemente llegados en graduarse y asumir un lugar de responsabilidad en la comunidad judía. A cualquier joven le afecta cuando en

un día especial de su vida se hace tanto alboroto, aun cuando él no lo entienda del todo. ¡Y qué sucesos fueron aquéllos! Empezaron con mi ida a la Torah en la grande y vieja sinagoga de la calle de la Victoria. Luego mi familia hizo una recepción inmensa con música en vivo, una gran cena y abundancia de regalos. El recuerdo de esa celebración perduró en la sinagoga un largo tiempo.

Después de que mi gran día hubo pasado, me propuse descubrir quién era yo realmente. Había un mundo grande allá afuera y quise explorarlo. La gente, los países, la comida, la música, la literatura; todo me llamaba. Así, a los 15 años, contra los deseos de mis padres, empaqué lo que pude en una mochila nueva e hice autostop al sur de Francia. Éste fue el primero de muchos viajes de descubrimiento.

Habiendo sobrevivido esa jornada, me aventuré luego un poco más lejos. Me inscribí para ir a Israel por dos meses con un grupo de jóvenes colonos judíos, de una organización pro comunista que iba a establecer un kibbutz (granja comunitaria) en Israel. Mi familia creía que la afiliación política izquierdista estaba reñida con nuestras raíces judías ortodoxas. Pero después de muchos lamentos, lágrimas, promesas y muchos debates, ellos cedieron.

Fue una experiencia increíble. Descubrí otro aspecto de la vida y cultura judía, vi gente que afirmaba su identidad en otra cosa diferente a las oraciones y asistencia a la sinagoga. Estos jóvenes tenían una contagiosa alegría de vivir que me cautivaba. ¿Cómo podría yo regresar a mi mun-

do cerrado? ¿Cómo podría actuar como si lo que vivíamos en casa fuese la única forma de expresar nuestra herencia?

En casa de nuevo, intenté ser el buen muchacho judío que recitaba sus oraciones, iba a la sinagoga y participaba en las variadas celebra-

Con vigor renovado, tomé la Biblia y decidí que si había alguna verdad en las demandas de la cristiandad, yo la encontraría.

ciones. Fuera, yo exploraría diversos ámbitos acerca de la comida, música e ideas de las cuales nunca antes me habría preocupado. Me hice amigo de personas con quienes no tenía nada en común. Viajé por Europa, haciendo autostop la mayor parte del tiempo. Fui a la universidad y tomé cursos en los cuales no tenía interés, sólo para aplacar a mis padres.

Finalmente, llegué a una encrucijada. ¿Quién era yo, realmente? Nacido en Túnez, educado como un judío francés, tratando de definir lo que era y lo que suponía ser, yo tenía que tomar algunas decisiones. ¿Debía aceptar la cultura de mis padres como el refugio seguro que ellos creían tener? ¿Debía asimilarme a la cultura francesa, como tantos judíos habían hecho, y simplemente llegar a ser nominal en mi Judaísmo? ¿Qué hacer?

Yo estaba quebrado entre dos mundos. Exasperado, e incapaz de encontrar respuestas dentro de mi contexto inmediato, anuncié que me

establecería en Israel. Pensé que probablemente era el mejor lugar para descubrir lo que significaba ser un judío.

La Guerra de Yom Kippur había empezado, e Israel estaba en el medio de esta crisis cuando me reuní a un grupo de jóvenes judíos franceses, en un vuelo a Tel Aviv.

Debido a la guerra, nosotros éramos los únicos pasajeros en el avión y la tripulación nos trató regimiento. En el aeropuerto nos asignaron de inmediato la calidad de inmigrantes. Al día siguiente nos trasladamos

al kibbutz que iba a ser nuestro hogar durante los próximos seis meses.

Nuestro contingente francés no era el único grupo inscrito para este turno de seis meses. Había jóvenes de los Estados Unidos, Sudáfrica, Canadá, Suecia, Rusia, Australia y Argentina. ¡Qué mezcla de idiomas! Durante las primeras semanas hablábamos más con nuestras manos que de otra forma (los franceses éramos muy buenos en eso). ¡Y aquí es donde mi historia realmente empieza!

Mientras comíamos en la cafetería común, observé a una chica que miraba fijamente su plato unos momentos antes de comer. Preguntándome si habría una mosca u otra criatura alada en la comida, empecé también a mirar mi plato. No viendo nada sospechoso, procedí a comer. Y así lo hizo ella también.

Sin embargo, en la próxima comida, observé la misma actitud. La comida siguiente, lo mismo de nuevo. ¿Qué estaba pasando aquí? Bien, te-

nía que averiguarlo. Gesticulando como un titere, y usando un poco de hebreo con acento inglés, le pregunté si alguna criatura detestable devoraba nuestra insípida comida. Para sorpresa mía, después de hacer yo el bobo, ella respondió en buen francés. ¡Vaya sorpresa! Ella era de Canadá, donde el francés es uno de los dos idiomas oficiales.

Judit me explicó que no había nada malo con la comida. Realmente, ella la encontraba muy sabrosa. No, lo que yo percibía como su «mirada fija» era simplemente el momento de dar gracias a Dios por los alimentos que él había proporcionado.

Ahora, ¿qué significaba todo eso? ¡Yo estaba en un kibbutz secular, entre judíos seculares de alrededor del mundo, y esta chica estaba orando por su comida!

Su historia era muy sencilla. Ella era un cristiana que había completado su Universidad Bíblica en Canadá. Junto a tres de sus amigos, había viajado a Israel para descubrir la Tierra que ellos habían estudiado durante los tres años anteriores. Debido a la guerra, no pudieron viajar juntos y fueron puestos en diferentes kibbutz. De manera que aquí estaba ella, entre todos estos judíos, pero guardando algún sencillo ritual arraigado profundamente en su fe.

Ella me simpaticizó, ya que podía hablar francés, pero yo no iba a hacer lo que ella hacía. Después de todo, yo había crecido en la sinagoga. El Talmud-Torah era mi segundo hogar. Así que le hice algunas preguntas acerca de sus creencias. Era muy evidente que no hablábamos el mismo idioma. Mientras ella trataba de expli-

carme cosas de la Biblia, yo sólo podía referirme al Talmud. Reconocí los nombres de algunos de los libros que mencionaba; igual sabía los nombres de algunos de los profetas que ella citaba. Pero no estábamos leyendo del mismo texto. Entonces, ella me dijo finalmente que adquiriese una Biblia, preferentemente en francés, para que yo pudiera entender, y empezara a leerla.

Decidido a no dar mi brazo a torcer, tomé el autobús a Haifa y busqué una Biblia francesa completa. Orgulloso de mi nueva adquisición, regresé al kibbutz. En el viaje en autobús empecé a hojear el libro. Todos los nombres y pasajes que ella me había citado se esparcieron ante mí. No queriendo esperar nada, empecé con Génesis 1:1. Me extasié tanto con el texto que yo leía en francés por primera vez, que casi olvidé mi paradero. ¡Y aquí empezó lo bueno! Cuanto más yo leía, más preguntas tenía. Mientras más preguntaba, más satisfactorias era las respuestas que recibía. Las respuestas me incitaban a leer más, a plantear más preguntas, respuestas, etc.

Por ejemplo, yo había aprendido muchas historias rabínicas sobre personajes de la Biblia, ¡pero esas mismas historias talmúdicas no estaban en ella! Yo quería saber por qué la tradición oral con la que había crecido no se registraba en las páginas de la Escritura. Luché con el hecho de que no había una plétora de interpretaciones rabínicas para escoger en las Escrituras, y que en lugar de los personajes que tienen intermediarios en la forma de ángeles u otras creaciones celestiales, Dios regularmente

interactuaba con su creación. Noté que las Escrituras mostraban a Abraham, Moisés y David relacionándose con Dios sin adición de agentes sobrenaturales. Esto me sorprendió, incluso me sobresaltó, y activó la noción de que yo, un joven judío tunecino, podría posiblemente interactuar con mi Dios, y aun tener una relación personal con el Creador.

Al mismo tiempo, se amplió mi comprensión de Jesús, «el gentil». Yo nunca antes había leído el Nuevo Testamento. En sus páginas descubrí a un maestro diferente del que me había sido mostrado por mis padres y los rabinos. Vi a Jesús amando al pueblo judío. Lo reconocí como un rabino con enseñanza propia que hablaba verdad. Él hablaba en un contexto que cualquier judío podía entender, y en cierto modo eso me estaba impactando. Yo le admiré en los relatos del evangelio. Él era un héroe desvalido – pero no vencido; y me simpatizó.

En ese punto, habiendo sido saciado por este estudio de la Biblia, y siendo incapaz de refutar la aplastante evidencia en favor de Jesús, declaré a Judit que estaba dispuesto a ser un creyente en Jesús como Mesías. Su respuesta me sorprendió. «¡Oh, no tan rápidamente! Entre pensar que uno está listo y estar realmente preparado hay un mundo de diferencia», me advirtió.

Mientras muchos cristianos habrían estado felices de aceptar mi decisión, Judit me puso a prueba. Ella quería que yo estuviera seguro de saber lo que estaba haciendo; no quería que yo decidiera sólo emocionalmente, por la experiencia del mo-

mento. Además, ella entendía el tipo de reacción que tendría mi familia judía tunecina a mi fe, y la presión que yo debería enfrentar. Judit supo que aún no era mi tiempo.

Con vigor renovado, tomé la Biblia y decidí que si había alguna verdad en las demandas de la cristiandad, yo la encontraría. Después de más semanas de leer e inquirir, anuncié finalmente que creía en Jesús como el Mesías y me contaba como un creyente suyo. Mi tutora me dijo que yo había dado la respuesta correcta. ¡Finalmente había llegado! No necesité una ceremonia especial o revelación especial, sino que la fe sencilla, en la cual hallé la convicción de pertenecer a Aquel que había muerto para que yo pudiese tener vida eterna, era ahora mía.

Ahora, creer en Jesús en Israel en los años '70 no era fácil. Yo no sabía dónde ir para ser sustentado y crecer en la fe, así que decidí volver a Francia. Pero allí la atmósfera era aún más asfixiante. En París, mis padres reaccionaron muy mal a mi nuevo compromiso. En su concepto, yo los había traicionado a ellos y a una larga tradición sefardí; había defraudado sus esperanzas y aspiraciones para mí. Siendo el primogénito, se esperaba que yo llegase a ser el rabino de la familia, y esto ya nunca sería realidad.

Para crecer en mi fe, yo necesitaba un nuevo comienzo. Recordando que mi guía era de Canadá, decidí empezar allí. En lugar de trasladarme al Montreal de habla francesa, decidí ir a Alberta y renovar contacto con la muchacha que me había conducido a la fe en mi Mesías. El

hecho de que ella era bonita fue un gran incentivo, aunque no mi motivación principal.

Su familia y su iglesia me acogieron, y por primera vez empecé a estudiar sistemáticamente y a crecer en mi fe. Pero la escuela dominical y los estudios de la Biblia no eran suficientes para mí. También, mi relación con Judit había evolucionado y le propuse matrimonio. Lo hice con una condición: que yo empezaría la Universidad Bíblica en la temporada siguiente, para ahondar mi comprensión de la Escritura y mi relación con Jesús. Ella estuvo de acuerdo, y nos casamos el 26 de junio de 1976.

Hubiese querido que mis padres estuviesen allí. Ellos dejaron de ha-

blarme después que me convertí en seguidor de Jesús. Aunque yo les escribía, ellos no se contactaron conmigo durante 11 años. Sin embargo, restablecieron la comunicación cuando nacieron mis hijos, y estoy agradecido por eso.

Desde que entregué mi vida a Jesús, no he vuelto atrás. Actualmente estoy completando estudios sobre el Antiguo Testamento y enseñando en una Universidad en Ontario. Mi jornada no ha terminado. He viajado desde Túnez a París, a Israel y a Canadá, pero lo más importante es haber viajado a Jesús, en quien he hallado respuesta a las preguntas vitales de la vida.

Traducido de: <http://www.jewsforjesus.org>

Llamados a sufrir

Nosotros, los que seguimos al Crucificado, no estamos aquí para hacer de la vida una cosa grata; fuimos llamados a sufrir en aras de un mundo sufriente y pecaminoso. El Señor nos perdone nuestras vergonzosas evasiones y vacilaciones. Su frente fue coronada de espinas, ¿y nosotros buscamos ser coronados con capullos de rosas?

Sus manos fueron horadadas por clavos, ¿y las nuestras adornadas con joyas? Sus pies estaban desnudos y atados, ¿y caminan los nuestros delicadamente? ¿Qué sabemos nosotros de la aflicción? ¿De las lágrimas que queman antes de caer? ¿De la angustia? ¿De ser zaheridos?

Dios nos perdone nuestro amor a lo fácil; nos perdone el que tan a menudo volvamos el rostro de una vida que no es siquiera remotamente como la suya; nos perdone que todos nosotros no amemos sino la comodidad, el deleite de la presencia de los seres queridos, las posesiones y los tesoros en la tierra.

Muy a menudo, está lejos, lejos de nuestras oraciones, algún pensamiento de oración que nos lleve a guiar a alguien a quien amamos a seguir a nuestro Señor al Getsemaní, al Calvario, quizás porque nunca hemos estado allí nosotros mismos.

Amy Carmichael

Cartas

Siembra

La Paz de Dios repose sobre usted y sobre todos los santos en Chile y los que editan la revista. Que la sabiduría de lo alto colme sus vidas para seguir adelante con tan hermoso ministerio de semillas divinas para el crecimiento de la Vida eterna en cada uno de Sus hijos. Que Dios riegue constantemente lo que ustedes han sembrado en nosotros para juntos llegar a ser la Gran Cosecha del fin del siglo que Dios espera ver en sus hijos, hermanos del Primogénito Hijo, Jesús el Cristo, nuestro Señor. Muchas Gracias. Que Dios os supla con sus riquezas en gloria.

*Samuel Silva Sandoval
Malambo, Atlántico (Colombia).*

Ríos

La revista realmente ha sido un correr de ríos de aguas vivas en nuestro corazón, y en el de aquellos a quienes se los he compartido. Es una enorme bendición poder leer lo que otros hermanos (santos de la iglesia) escriben bajo la dirección del Espíritu Santo. Lo que ellos comparten de Dios realmente nos bendice como familia, pues dentro de cada artículo y enseñanza impreso, el tema principal es Cristo Jesús. Mis

queridos hermanos, una vez más gracias a Dios por sus vidas, y porque Él no nos ha dejado ni siquiera por un instante de la hermosa vida que nos ha regalado. Tengo un gozo enorme por saludarlos de nuevo a la distancia en el amor de Cristo.

Gerzon Yáñez Porraz (México).

Gracias

Necesitaba desde hace mucho tiempo darles las gracias por esta bella iniciativa, lamento que algunos no aprecien el hermoso tesoro que guardan sus páginas. La publicación que ustedes reparten me ha instado a buscar más en las Escrituras y por lo tanto les rogaría que no dejen de enviármela.

Abner Bustos Zelada.

Bendición

Gracias a la abundante misericordia de nuestro Señor Jesús, que puso en sus corazones redactar esta revista Aguas Vivas, que ha sido y es de mucha bendición para mi vida y para muchos hermanos que estamos viviendo en otros países. La gracia de nuestro Señor Jesucristo se derrame en abundancia en sus vidas.

Vilma Bellido, Kenilworth, NJ, USA.

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.